

El socialismo raizal y la Gran Colombia bolivariana

Investigación Acción Participativa

ORLANDO FALS BORDA

Caracas, Venezuela 2008

serie
Pensamiento social



©Orlando Fals Borda

© Fundación Editorial el perro y la rana, 2008

Centro Simón Bolívar
Torre Norte, piso 21, El Silencio,
Caracas - Venezuela, 1010.
Teléfonos: 0212-377-2811 / 0212-8084986.

elperroylaranaediciones@gmail.com

<http://www.elperroylarana.gob.ve>

Edición al cuidado de

Milagros Carvajal

Vilma Jaspe

Dileny Jiménez

Jairo Noriega

Arlette Valenotti

Kevin Vargas

Hecho el Depósito de Ley

Depósito legal lf 40220083205256

ISBN 978-980-14-0307-4

Impreso en Venezuela



La Colección Alfredo Maneiro. Política y sociedad publica obras puntuales, urgentes, necesarias, capaces de desentrañar el significado de los procesos sociales que dictaminan el curso del mundo actual. Venezuela integra ese mundo en formación, de allí la importancia del pensamiento, la investigación, la crítica, la reflexión, y por ende, de las soluciones surgidas del análisis y la comprensión de nuestra realidad.

Firmes propósitos animan a esta colección: por una parte, rendir homenaje a la figura de Alfredo Maneiro, uno de los principales protagonistas de los movimientos sociales y políticos que tuvieron lugar en Venezuela durante los duros y conflictivos años sesenta, y por la otra, difundir ediciones de libros en los cuales se abordan temas medulares de nuestro tiempo.

Pensamiento social: es un espacio para el debate teórico en torno al ideario económico, político y social que ha perfilado el devenir histórico latinoamericano y caribeño. Igualmente sirve para la exposición y profundización del espíritu emancipador de nuestro continente.

DEDICATORIA

*Con amor y gratitud, a la memoria
de mi esposa la profesora
MARÍA CRISTINA SALAZAR,
pionera de la sociología humanista*

PRESENTACIÓN

La presente colección de mis escritos elaborados entre 2003 y 2007, tiene propósitos didácticos y políticos. En ella se tratan asuntos de actualidad discutidos públicamente sobre conceptos teórico-prácticos: Socialismo, Democracia y Antiélite; Territorio; Globalización; y Sociología e Investigación Acción Participativa, a los que añadí Vivencias costeñas, enfatizando la defensa del *ethos* como conjunto integrado de valores fundantes. Los materiales más recientes han sido publicados en la revista *CEPA*. Algunos los he vuelto a revisar o ampliar. El primer capítulo es inédito.

Espero que estas reflexiones sean útiles para lo que se ha llamado el “Renacer”, esto es la “organización” de la Nueva República; de allí el empleo del concepto *Kaziyadu* que así lo expresa en idioma huitoto, como continuación del espíritu de mi primer tomo con dicho título, publicado por Desde Abajo en 2001.

Agradezco a los compañeros y compañeras de la Fundación Nueva República, en especial a Jorge Gantiva, Arnulfo Bayona y Mónica Marín, por el apoyo, el estímulo y la hospitalidad que generosamente me han brindado. También agradezco los servicios técnicos y editoriales de Víctor Jiménez y Yeny Orozco.

Bogotá, junio 2007
Orlando Fals Borda

*Profesor Emérito y Honoris Causa de la Universidad Nacional de
Colombia y de la Universidad Central de Venezuela y presidente honorario
del Polo Democrático Alternativo*

PRÓLOGO

La ciencia social crítica latinoamericana reconoce a Orlando Fals Borda —profesor emérito de la Universidad Nacional de Colombia—, como a uno de sus más destacados creadores, internacionalmente reconocido por sus aportes a la Investigación Acción Participativa (IAP) una de las corrientes de pensamiento con amplia aceptación en los movimientos sociales, populares y alternativos en América Latina, África, Oceanía, Europa y Asia. En particular, la obra de Fals Borda se desenvuelve en varios campos del saber: la sociología, la historia, la cultura, la política, la educación y el socialismo. Cabe destacar los estudios sobre la violencia, las revoluciones modernas, la *Historia doble de la Costa*, la vida de los campesinos, la educación popular y la IAP. La relevancia de estos estudios radica en la singularidad de su perspectiva teórica y metodológica centrada en la articulación creadora que conjuga la complejidad de las necesidades y aspiraciones populares, la sabiduría y los conocimientos ancestrales, el protagonismo de las comunidades y de los movimientos sociales alternativos, con una visión solidaria, internacionalista y anticapitalista.

Los trabajos de Orlando Fals Borda constituyen un punto de referencia del pensamiento crítico contemporáneo y ofrecen una base analítica, desde nuestra América acerca de los proyectos de transformación social y política que varios pueblos y movimientos siguen

empeñadas en proyectar y consolidar. De manera significativa, las reflexiones del maestro Fals Borda sobre el socialismo raizal representan un aporte a la comprensión del nuevo socialismo, a la coherencia del “cemento ideológico”, la potencialidad creadora del pueblo, la visión crítica y descolonizadora del conocimiento y la creación de una nueva sociedad sobre las bases fundantes de los pueblos originales.

En general, la obra de Orlando Fals Borda es un esfuerzo teórico sustentado en la experiencia liberadora, el compromiso político, la ética humanista y la lucha por una Nueva República que durante su vida asumió coherentemente con los pobres, los humildes, las mujeres, los trabajadores y los pueblos latinoamericanos. Su insistente lucha por dotar a las grandes mayorías de una visión crítica y transformadora del conocimiento apunta a reafirmar el papel de la ideología, la cultura y la educación. Sus esfuerzos dirigidos a cristalizar la unidad de las izquierdas se sustentaba en la vocación de conquistar el poder popular y la liberación humana. Sus compromisos con los movimientos sociales y políticos de liberación en América Latina son un ejemplo de militancia y dedicación a la causa de los pobres y humildes de nuestra América. En Colombia fue particularmente relevante su participación creativa en el movimiento campesino y cooperativo, así como destacable su entusiasmo e influjo en la unidad de las izquierdas, despeñando un papel proactivo en la creación de la Alianza Democrática M-19, Frente Social y Político y el recién partido Polo Democrático Alternativo (PDA) principal fuerza de la izquierda democrática colombiana.

Fals Borda puede decirse que trabajó, investigó y luchó bajo el espíritu gramsciano del “intelectual orgánico” tendiente a articular el pensamiento, la reflexión crítica y la investigación con el mundo de los movimientos sociales, la práctica política, la visión internacionalista de los pueblos y la creación de las nuevas alternativas políticas. Su firme posición antiimperialista y anti-sistema capitalista se sustentó en una innovadora línea de investigación sobre la realidad latinoamericana y colombiana con originalidad y amplitud de perspectivas que enriqueció campos importantes de las ciencias sociales, la cultura política, la educación popular y el

humanismo liberador. Se trata de un pensador que durante su larga vida creadora vibró con las profundas palpitaciones de América Latina y de los pueblos de Colombia y Venezuela, estrechamente ligadas a la esperanza de la liberación y la solidaridad.

El maestro Fals Borda tuvo a Venezuela en el corazón. La Universidad Central de Venezuela le otorgó el título de doctor honoris causa por sus aportes a la ciencia social crítica latinoamericana. Reconoció la importancia del proceso bolivariano y guardó esperanza para que esta experiencia histórica se consolidara en la perspectiva del "socialismo raizal". Contribuyó a esclarecer la significación del pensamiento grancolombiano mediante la formulación de propuestas y procesos de solidaridad y cooperación. En el movimiento educativo venezolano Fals Borda es un punto de referencia.

Las obras de Orlando Fals Borda están escritas en un lenguaje claro y sencillo, sin opacar su profundidad. Era un hombre sencillo, lleno de afecto y humanidad, un escritor coherente y comprometido, un defensor de la "rebelión justa", un crítico radical de las oligarquías y de las repúblicas señoriales, un estudioso de la cultura popular, un investigador de las formas de la dominación burguesa, una de cuyas expresiones, la violencia, ha ejercido la dominación de las clases dominantes contra los pueblos de nuestra América. Sus investigaciones sobre *La violencia en Colombia* constituyen una obra cumbre de la sociología latinoamericana. Se trata de un intelectual "antiélite" de la rebelión popular que ha visualizado con imaginación la posibilidad del socialismo raizal y la liberación de los pueblos. Solidario y comprometido con la suerte de los pueblos guardó infinita esperanza en la creación del "socialismo indoamericano" y de la creatividad de los pueblos originales.

Su estrecha amistad con el padre Camilo Torres, conocido como el "cura guerrillero", pionero de la teología de la liberación, ha representado un modelo de tolerancia, compromiso y colaboración creadora. Juntos promovieron diversas iniciativas políticas e intelectuales, algunas de las cuales se plasmaron en movimientos sociales, experiencias populares y revolucionarias, docencia universitaria que

quedaron selladas en el Frente Unido y en la creación de la Facultad de Sociología de la Universidad Nacional de Colombia.

En los últimos años, Fals Borda se ocupó de la teoría de los pueblos originarios y del socialismo raizal, indoamericano, autóctono y popular, como aporte a la construcción de una perspectiva de conocimiento basada en la emancipación y la realización de los pueblos. Este enfoque cuestiona las distintas vertientes del pragmatismo y el reduccionismo idealista y neopositivista, sugiere la idea de superar los viejos esquemas de la modernidad capitalista, y propende proyectar el horizonte emancipador en las raíces plurales de la identidad de nuestros pueblos, confrontando las pretensiones arrogantes del “colonialismo intelectual” y los modelos eurocentristas, omnicomprensivos y cientificistas que persisten en reproducir la lógica productivista y la racionalidad instrumental.

Los trabajos que se incluyen en este libro expresan una etapa de reflexión de Orlando Fals Borda en la que —al saborear el reconocimiento internacional— libra batallas importantes por la democracia radical, la unidad de la izquierda anticapitalista, la integración latinoamericana, la solidaridad, la cooperación y la construcción del pensamiento crítico. Desde esta perspectiva, estos ensayos son un aporte a las preocupaciones intelectuales y políticas de la revolución bolivariana que busca enrumbarse hacia el socialismo, superando el modelo patriarcal, eurocentrista y cientificista, perspectiva que Fals Borda confrontó radicalmente. Abrazó la idea de Mariátegui de construir un socialismo asentado en nuestras raíces y con nuestras propias características sociales y culturales, sin perder de vista las experiencias internacionales. Su propósito de rescatar la utopía bolivariana de la Gran Colombia es una potente idea-fuerza que merece estudiarse y profundizarse como proyecto de articulación y esperanza de la nueva comunidad de pueblos y naciones de nuestra América.

La obra de Orlando Fals Borda es una elaboración crítica apoyada en la investigación popular, contextualizada en la cruda y esperanzadora realidad de nuestros países, en particular de Colombia y Venezuela, sin perder de vista su visión internacionalista y solidaria que implica la cooperación y la fraternidad de los pueblos. Agudo crítico

del manejo oligárquico de la política de fronteras y de las divisiones artificiales, puso especial énfasis en la construcción común y la convivencia creadora de los pueblos de Colombia y Venezuela.

Lamentablemente, Orlando Fals Borda falleció a la edad de 84 años, en la ciudad de Bogotá, una madrugada del 12 de agosto de 2008. Las multitudinarias manifestaciones de afecto y solidaridad testimonian la profundidad y el respeto por su obra y pensamiento.

La obra está dividida en seis (6) capítulos. El primer capítulo, contiene las reflexiones adelantadas en reuniones de las bases de las organizaciones sociales y políticas en Bogotá, 2006-2007. Se incluyen los ensayos publicados en la revista *CEPA*, publicación promovida por un grupo de intelectuales socialistas bajo la dirección de Orlando Fals Borda, Bogotá, N° 1 al 4, 2006-2007. El artículo sobre Camilo es un homenaje con motivo de los 40 años de la muerte del sacerdote y sociólogo Camilo Torres Restrepo (15 de febrero de 2006). Conferencia dictada en la Universidad Nacional, auspiciada por las juventudes del Frente Social y Político, y el Polo Democrático Alternativo. Reproducido por *El Tiempo*, Bogotá, febrero de 2006.

El segundo capítulo, incluye la conferencia “Hacia la Gran Colombia bolivariana” que ofreció Fals Borda en el Parlamento Andino, Semana de la Unidad Andina, en Caracas, el 26 de julio de 2004. El siguiente texto “La globalización y nosotros los del Sur”, se presentó en el Foro Social Mundial Temático, en Cartagena, el 19 de junio de 2003.

El tercer capítulo son trabajos presentados con motivo de la entrega de la Gran Cruz de la Orden del Congreso Nacional de Colombia Salón de la Constitución, Capitolio Nacional, Bogotá, 28 de febrero de 2007 y el mensaje enviado por invitación al seminario sobre Autonomía Regional, Gobernación del Valle del Cauca, 15 de abril de 2005.

El cuarto capítulo, incluye los textos de la Red Colombiana de Facultades de Sociología, Universidad Santo Tomás, en Bogotá, 7 de agosto de 2005. Especial para el I Encuentro Internacional de Investigadores en Acción, Universidad Nacional Experimental “Rafael María Baralt”, en Cabimas, Zulia, 22 de junio de 2006. Versión en inglés:

The north – south Convergence: A 30 – Year first – person assessment of PAR, en la revista *Action Research* (Inglaterra), Vol. 4, N° 5, septiembre 2006, 351-358. Extractos de la conferencia de aceptación del doctorado honoris causa en la Universidad de la Salle durante el Simposio Internacional de Investigación Acción Participativa (IAP) en Bogotá, mayo 18, 2007, que contó con la presencia del presidente de la República Dr. Álvaro Uribe Vélez. Entre los ponentes se encontraron los profesores John Elliott (Inglaterra) y Robin McTaggart (Australia), quienes llevaron al simposio la noticia de que el doctor Fals Borda acababa de recibir otros dos premios internacionales de prestigio: el Premio Malinowski (de la Sociedad de Antropología Aplicada) y el Premio Diskin (de la Asociación de Estudios Latino-Americanos), ambos con sedes en Estados Unidos.

En el quinto capítulo se incluyen las intervenciones en el homenaje a Obeso en Bogotá, por la Fundación Candelario Obeso, 24 de marzo de 2005. Publicado en *El Heraldo* de Barranquilla y en la revista *Foro* de Bogotá, 28 de marzo de 2004. Prólogo escrito en mayo de 2005 por invitación del gobernador de Nariño, Dr. Eduardo Zúñiga Erazo, y del director de Ascun, Dr. Galo Burbano, para la reedición de la monografía sobre Nariño de Jorge Zalamea, y de su *Carta de Londres*, de 1933-34.

En el sexto capítulo se presentan el discurso con motivo del otorgamiento del doctorado Honoris Causa en la Universidad Nacional de Colombia, en Bogotá, 9 de diciembre de 2006, y la reflexión sobre el papel del Polo Democrático Alternativo, presentada en el Congreso Nacional de Unidad, Bogotá, 2 de diciembre de 2006.

Con la publicación de la obra del maestro Fals Borda por parte de La Fundación Editorial El Perro y la Rana, editorial del gobierno bolivariano se responde la pregunta que me hacía en sus últimos días: “¿Dónde está mi regalo?” que ponemos en manos de los pueblos de nuestra América.

JORGE GANTIVA SILVA

*Filósofo. Universidad Nacional de Colombia
Cooperante Internacional y asesor en pedagogía crítica y formación de
docentes en la República Bolivariana de Venezuela*

CAPÍTULO I

SOCIALISMO RAIZAL Y DEMOCRACIA RADICAL

- **Elementos y desarrollos del socialismo raizal**
- **Democracia radical: teoría de los pueblos originarios y valores fundantes**
- **Camilo vive: vigencia de su ideario**

Elementos y desarrollos del socialismo raizal

Las contradicciones del capitalismo neoliberal con sus exigencias desorbitadas y las guerras por intereses bastardos, en fin, lo que se ha llamado la “crisis moral y de los valores” han llevado a la humanidad despavorida a buscar alternativas políticas, económicas y culturales que le devuelvan, por lo menos, parte del equilibrio vital colectivo que desde la era neolítica permitió al *Homo sapiens* la creación civilizatoria.

No es que el mundo hubiera estado huérfano de salidas a sus sucesivas crisis porque, en efecto, así lo muestra la historia universal. Las penúltimas crisis originadas por la Revolución Industrial a finales del siglo XVIII constituyeron punto de partida para la posterior problemática situación. Con la Ilustración y la Revolución Liberal en Europa, surgieron en Francia e Inglaterra perspectivas novedosas de reforma y protesta que recibieron diferentes denominaciones, entre ellas la influyente versión de Babeuf, *La conspiración de los iguales* (1797).

Los ensayos comunitarios de Owen y Saint-Simon a comienzos del siglo XIX recibieron el mote de “sociales”, induciendo en sus autores la identificación como “socialistas”. Sólo apareció este mismo adjetivo en 1826 en Gran Bretaña y en 1832 en Francia para identificar a los Owenitas, a quienes más tarde Marx bautizó como “socialistas utópicos” para diferenciarlos de su propia corriente de “socialismo científico”. Casi simultáneamente, hubo un grupo de antropólogos alemanes que dirigieron su atención a los orígenes de sus civilizaciones, y acuñaron el término *Ur-Sozialismus*. Así se amplió la Babel ideológica moderna sobre este tópico.

Destaquemos que lo que viene descrito fue lo ocurrido en la tradición intelectual europea. En sus fuentes ignoraron las evoluciones similares que en el pensamiento hubieran ocurrido, o todavía existieran, en culturas de otros continentes, como las de América aborigen, África y Asia. Está claro que en los otros continentes no habían sufrido los retos de la tecnología industrial y las terribles guerras como en Europa.

Pero, aunque en América a sus habitantes los vieron como seres subhumanos sin alma, fue posible descubrir después que tenían una estructura de valores similares, con capacidad técnica de construir otras sociedades viables y civilizaciones excepcionales. Podían llegar a otras consideraciones ideológicas y valorativas como el *Popol Vuh*, reminiscentes de las europeas en cuanto al socialismo naciente o renaciente, si se aceptan las hipótesis sobre pueblos originarios que más adelante exponemos.

¿Hay convergencias sobre este plano ideológico y valorativo? Júzguelo el lector. De la experiencia europea del siglo XIX, el socialismo como idea fue resumida, con suficiente autoridad, por la *Enciclopedia Británica*, así: “Doctrinas propuestas por escritores que buscan una transformación completa de las bases económicas y morales de la sociedad, para pasar de un control individual a otro colectivo y de fuerzas individualistas por otras sociales en la organización de la vida y del trabajo”.

Hoy sabemos que los dirigentes populares peruanos Mariátegui y Arguedas, sin disponer de aquella Enciclopedia, ni conocer sobre

el *Ur-Sozialismus*; concluyeron que las culturas indígenas oriundas de América, en especial las del inca que estudiaron y observaron personalmente, llegaron muy cerca a la definición inglesa. Sin entrar a la babélica discusión ya creada, conviene que lo que hoy se llama “socialismo” no quede reducido a la definición europea limitada a su propio contexto cultural e histórico, y que se enriquezca con el aporte específico de lo propio americano —y africano y asiático— con sus contextos. Incluyendo la considerable realidad de nuestro exclusivo mundo tropical.

El ejemplo de los dirigentes peruanos nos lleva a examinarnos como americanos y como regionalistas, para determinar nuestros propios orígenes telúricos y fuentes históricas, y rescatar lo que no puede ser otra cosa que la estructura valorativa precapitalista y de respuesta ecológica, con el nodo genético de cosmovisiones actuales de nuestros pueblos de base.

Estos pueblos de base son determinantes en la conformación de nuestras naciones —su cultura y personalidad—, más que los grupos elitistas cuyo norte y patrón ha sido la Europa decimonónica.

Por lo mismo, si examinamos la estructura de nuestros valores sociales y su evolución desde sus orígenes precolombinos, podremos articular con mayor firmeza los elementos constitutivos de nuestro socialismo autóctono, el socialismo que pueda dar respuestas a las crisis del capitalismo actual, como antes lo hicieron en Europa.

De allí nuestra preferencia a identificar nuestro socialismo como “raizal” y “ecológico”, por tomar en cuenta las raíces histórico-culturales y de ambiente natural de nuestros pueblos de base. En esta forma respetamos la regla científica del papel condicionante del contexto que, a su vez, satura el *ethos* de los pueblos. El nuestro es diferente del europeo, y produce un socialismo raizal y tropical que es identificable por las gentes del común, que puede ser, por eso mismo, transformador de ideas en movimientos políticos. En esta forma, la frase “socialismo del siglo XXI” adquiere un sentido más completo, entendible y defendible, que el que ha tenido hasta ahora.

Quedan por definir cuáles son esos pueblos de origen que, en su historia y en el actual momento, viven y defienden valores sociales

fundamentales, que poseen características perdurables y universales. A pesar de la conquista hispánica, todavía se siente el peso y la vitalidad de aquellos valores fundamentales. Estos pueblos son aún visibles e importantes, son aún actores de nuestra historia. Pueden y deben reconocerse como los creadores de nuestra verdadera identidad como Nación.

¿Cuáles son estos pueblos originarios? Como se detalla en estos estudios, hemos destacado cuatro: los indígenas primarios, los negros de los palenques, los campesinos-artesanos pobres antiesfioriales de origen hispánico, y los colonos y patriarcas del interior agrícola. De ellos derivamos, respectivamente, los siguientes valores fundamentales: solidaridad, libertad, dignidad y autonomía, que son indispensables para construir y reconstruir nuestras comunidades hoy maltrechas.

Estos son elementos básicos de nuestro propio socialismo raizal, como consigna de acción política. Por razones éticas y políticas nos hemos referido al socialismo raizal con los términos de “democracia radical” que no sólo es etimológicamente lo mismo, sino que tiene raíces a su vez en extraordinarias experiencias, para el caso colombiano, en el Olimpo Radical, entre 1861 y 1880.

Por estas razones, nuestro socialismo raizal ecológico y tropical, es diferente del socialismo utópico y científico y de las escuelas realistas como las del stalinismo y el maoísmo. Estas escuelas están revaluadas y deben ser superadas en los dilemas que presentan desde la Revolución Rusa de 1917. Se sintió la importancia de esas doctrinas, no sin sectarismo y colonización intelectual.

Finalmente, ¿cómo se dibujan hoy los niveles técnicos y factores socioeconómicos que, según diversas autoridades mundiales, deben tomar en cuenta los socialistas raizales y demócratas radicales? François Houtart, de la Universidad de Lovaina, en su ponencia de Caracas sobre “El socialismo del siglo XXI” (marzo 3 de 2007) corrige el “de” del título de la jornada venezolana, que no tiene sentido, por el más significativo “para el siglo XXI”. Houtart sostiene que el papel principal del socialismo es “humanizar el capitalismo”, deslegitimándolo; corrigiendo la relación con la naturaleza; haciendo que el

valor de uso predomine sobre el valor de cambio; la reconstrucción participativa y directa de la democracia; el respeto y estímulo a la diversidad de las culturas y adelantos de la ciencia; enfatizando la centralidad de la ética.

Boaventura de Souza Santos contribuye en esta búsqueda destacando la importancia de las raíces: "Nuevas identidades regionales, nacionales y locales están emergiendo, construidas en torno a una preeminencia de los derechos a las raíces. Tales localismos se refieren por igual a territorios reales o imaginados y a formas de vida y de sociabilidad fundadas en las relaciones frente a frente, en la proximidad y la interactividad". (Ver *La caída del Angelus Novus*, Bogotá, 2002).

Este importante concepto vincula el ordenamiento territorial bien hecho localmente a la construcción del socialismo raizal y subraya las relaciones sociales primarias, implícitas en las raíces de los pueblos originarios, en un nuevo mapa de Colombia, mejor concebido con base en las realidades locales, que así llegaría a ser más útil que el defectuoso mapa oficial. Sería el mapa de la realidad social y cultural del país, respetada por la administración oficial.

Es tiempo, pues, de retomar nuestra historia y nuestra geografía real, apreciar más nuestras culturas y revivir los valores fundantes de nuestras naciones y comunidades.

Democracia radical: teoría de los pueblos originarios y valores fundantes

Hay tres conceptos que están jugando de manera persistente en los medios políticos para explicar el avance de la izquierda, en el caso de Colombia, agrupada en el Polo Democrático Alternativo (PDA). Estos conceptos, que están teóricamente vinculados por la ideología del socialismo raizal, son: democracia radical, pueblos originarios y valores fundantes. Son también elementos constructivos de Nación.

El presente ensayo es una discusión introductoria de estos conceptos.

Manifestaciones de la democracia radical

La izquierda socialista, impulsada desde las bases regionales con democracia real y participante en sus rangos, puede desde ahora trabajar para alcanzar la consistencia necesaria y defender su potencia. Esta necesidad patente de construcción nos conduce sin miedos al terreno ideológico, de brazos con el socialismo raizal. Sé de resistencias y temores que este tema suscita. Pero invito a trabajarlo con seriedad y dejar atrás algunas posturas y tesis que puedan resultar históricamente determinadas, actuando “sin sectarismos ni ambigüedad” y sin pruritos de personalidad o arrogancia.

Para reforzar esta positiva corriente, quiero empezar planteando aspectos relacionados con la identificación político-ideológica de nuestro principal dirigente*.

¿Cómo “radical”? Esta palabra se ha pervertido en su uso al olvidarse sus orígenes etimológicos (del latín *radix*, raíz). Existe un partido derechista llamado “Cambio Radical”, claro que poco convincente, que será de corta vida. Pero me parece que con el radicalismo bien entendido iríamos por buen camino para estimular la mutua comprensión entre las tendencias del nuevo Polo y en las caudas independientes. Ojalá esto no sea malentendido. Ser radical es tener criterios bien formados para reconocer y sentir las raíces de donde proviene la savia de la propia cultura y de la personalidad. Esta es una tesis clásica de los revolucionarios desde 1789. Pero, a diferencia de la deformada interpretación partidista señalada atrás, o de la reducida interpretación socialdemócrata, en América Latina

* Se trata del presidente del PDA, Dr. Carlos Gaviria Díaz, como muchos de nosotros, es de origen liberal por familia pero ha sido capaz de descargar aquel pesado lastre. Él mismo se ha autocalificado como de izquierda democrática, lo cual es justo, pero parece que no ha sido suficiente. Algunos comentaristas insistieron, durante la campaña presidencial, en calificarlo como “liberal doctrinario” o liberal a secas, como fue con Gerardo Molina, quien en realidad culminó su vida como declarado socialista. Al mismo tiempo otros observadores, en especial enemigos políticos lo pusieron, como “comunista camuflado”. Me parece que, por ahora, y con base en las propias tesis expuestas por Gaviria en la plaza pública y en su programa de gobierno, sería más adecuado reinterpretarlo como “demócrata radical”, tal como lo percibió la revista *Cambio* del 27 de marzo de 2006, en su artículo de portada.

ha surgido una escuela socialista crítica y humanista que busca raíces propias en los antecedentes telúricos de cada cultura y en cada nación, para reconstruir sociedades en crisis, como la nuestra. Esta gran tarea ha correspondido a renovadoras corrientes populares autónomas como las de Chile, Argentina, Uruguay, Bolivia, Brasil, Perú, Ecuador y Venezuela, hasta México, Guatemala y Cuba por claras razones históricas.

En Colombia existe hoy una nueva escuela radical demócrata que sigue los pasos del "radicalismo" de Manuel Murillo Toro, Salvador Camacho Roldán, Aquileo Parra y los Pérez de finales del siglo XIX, dirigentes que llegaron todos a ser presidentes de la República. Pero, a diferencia de los patricios mencionados, que eran demasiado europeizantes hasta el punto de proclamar al Olimpo de los dioses griegos como su faro orientador, y que lloraban leyendo a Lamartine y Víctor Hugo, a diferencia de aquellos, nosotros los radicales como pueblos y naciones, de donde nacieron los criterios que nos guían como socialistas contemporáneos. No es un pensamiento nuevo, viene de Mariátegui y Arguedas, entre otros.

Ya hay algunos tratados al respecto que están circulando y creando opinión, y un grupo de intelectuales estamos listos para promover el radicalismo propio y el socialismo raizal, lo especial de nuestro mundo tropical, como criterios básicos. Tomamos muy en cuenta a nuestros pueblos originarios porque son los que realmente han construido cada una de las naciones, como la colombiana dándole su sabor y sentido particulares. No es la Colombia de las élites extranjerizantes que nos han gobernado de manera tan discutible.

Sólo falta que partidos y movimientos nuevos, como los del Polo, se reconozcan en esta búsqueda autonomista, nacionalista y culturalista, y empleen la democracia radical contemporánea, como elemento de cohesión de las nuevas fuerzas, esto es, como "pegante ideológico" de unificación y acción concertada. Y como ariete de lucha contra los obstáculos del *statu quo* inadmisibles que viene frustrando las justas aspiraciones de nuestros pueblos.

Pueblos originarios y valores fundantes

Para llegar a nuestras metas políticas y gobernar mejor, se deben entender y respetar las especificidades culturales, como se perciben en las once regiones sociogeográficas conocidas, propiciando la participación auténtica de las poblaciones en el diseño de las políticas públicas que las afectan. Así, es más fácil asociar y apropiarse nuevos conceptos y políticas que puedan construirse con la participación activa de la comunidad. Aún más cuando se conocen las raíces telúricas de donde provenimos y las potencialidades que ellas ofrecen, en especial en los aspectos positivos de la convivencia y la continuidad social.

Las raíces ancestrales examinadas vienen representadas en vertientes populares antiguas, por lo regular precapitalistas, aisladas de los centros y muchas veces lejanas, que tienen sistemas propios de sentimiento, conocimiento y reproducción material. Los valores esenciales de estos pueblos se conformaron con tradiciones de ayuda mutua de preferencia a las conflictuales. Estas formas positivas de trabajo y acción son las que permitieron desarrollar nuestras riquezas a la par con nuestra personalidad y cultura, como se mencionó atrás. De entre tales pueblos originarios de base, he escogido cuatro: los indígenas primarios, los negros libres, los campesinos-artesanos pobres, y los pioneros colonos internos. El propósito de esta escogencia es conocer sus formas de organización social, gobierno y control, aprender de ellos y tomar lo necesario para reforzar instituciones contemporáneas en crisis, amenazadas por la globalización y por nuestro secular conflicto, y para reparar el tejido social que hemos perdido.

Aunque parezcan marginales y no gocen de voz con presencia pública reconocida, tales pueblos originarios de base son altamente significativos: entre todos ocupan o disponen de por lo menos las dos terceras partes del territorio nacional, se han sostenido en ellas a pesar de los genocidios sufridos durante los últimos cinco siglos, y afectan la vida urbana a través de la miscegenación, familiares e inmigrantes, y con millares de desplazados mestizos, negros y triétnicos.

Esta búsqueda de identidad propia es todavía más necesaria y urgente en los trópicos. Un mejor futuro para nuestro país en la presente generación y las próximas, obliga a examinar modelos y formas de vida local quizás inéditos, por cuanto se han visto correr vacías las propuestas desarrollistas provenientes de países dominantes que no se han adaptado bien a nuestro medio. Cosa natural, porque fueron concebidas para responder a problemas concretos de las sociedades norteamericanas con su propia historia y cultura.

En Colombia y, en general, en América Latina, no hemos sido suficientemente auténticos u originales al reaccionar ante nuestros propios contextos, lo que nos lleva a plantear las alternativas más apropiadas que he postulado. Una de ellas se basa en retomar la estructura de valores sociales desde su génesis, esto es, desde los constituyentes del *ethos* (carácter dominante de una colectividad) de nuestros pueblos, y tratar de descubrir aquellos valores que sean congruentes con nuestras actuales metas colectivas.

Esta premisa contextual nos lleva al reconocimiento de elementos ideológicos y políticos de naturaleza estructural, ambiental e histórica que pueden servir como vínculos éticos entre los diversos componentes de nuestra sociedad. Destaco la importancia de la diversidad, porque ésta sólo se forma en el tiempo y con el tiempo. No es fenómeno contemporáneo o discreto, sino un proceso constante que es parte de la vida, de allí su fuerza y su mérito. Toda diversidad, si es importante, tiene raíces profundas y antiguas que, por fortuna, no son fáciles de erradicar, porque suministran la necesidad dinámica de la continuidad en las sociedades. Son elementos de sobrevivencia natural.

Aquella diversidad proveniente del equinoccio es lo que nos distingue del resto del mundo, y la que nos da una gran ventaja humana y cultural, reconocida por tirios y troyanos. Fue aquella que descubrió Alejandro de Humboldt en 1799 cuando llegó a Santa Marta y expresó una excitación tal por nuestro trópico, que condicionó todo el resto de su vida y de su trabajo científico, una excitación que un siglo más tarde se repitió con el socialista Eliseo Réclus, en el mismo sitio.

Crear futuro en nuestras circunstancias reales, implica tomar en cuenta la rica diversidad original y profunda de donde partimos desde épocas antediluvianas, y reconocer y valorar un pasado armónico y convergente con las metas del cambio que queremos ahora. Parece que sólo hay que saber traer ese pasado al presente, sin caer en primitivismos, sin ser esquemáticos o ingenuos, y reconociendo la fuerza del cambio contemporáneo, pero sin someterse a éste.

El *ethos* popular constructivo al que me he referido, encuentra una concreción en zonas fronterizas alejadas, que son pluriétnicas y multiculturales, pero también en muchas otras partes que van desde las selvas pluviales hasta los páramos del frailejón. Porque como nos lo enseñó el gran botánico nariñense Luis E. Mora Osejo, aquí ser tropical incluye desde el Amazonas y el Chocó hasta el Caribe, cubriendo todos los Andes con sus mesetas y valles. Además, en este prodigioso universo tropical se ha realizado la mezcla racial más pujante del mundo, a la que Vasconcelos bautizó como “raza cósmica” fuente de mezclas interesantes de genes y ciencia, técnica y cultura que han producido otros tipos de invenciones y descubrimientos que nos ayudan a concebir una mejor sociedad para todos. Así ella esté, por el momento, interferida por las guerras, el narcotráfico y malos gobiernos.

Veamos, pues, en síntesis lo que deseo destacar de los cuatro pueblos originarios de base tropical mencionados, y en especial los valores fundantes característicos. (El análisis siguiente se toma del resumen realizado en el libro *El gobierno en Colombia. Territorio y cfutura*, de Miguel Borja y Angélica Nieto, Bogotá, ESAP, 2005).

Los indígenas primarios

Son la matriz primaria por su propia “ley de origen”, donde se han acomodado los grupos siguientes. Son el producto de una impresionante secuencia formativa que va desde aztecas y mayas, pasando por caribes y muiscas, incas, mapuches y guaraníes, en una secuencia que es en toda forma comparable a la otra secuencia más promocionada, la del mar Mediterráneo y el Cercano Oriente.

Desde esta matriz que incluye 550 resguardos indígenas desde la Guajira hasta el Amazonas, podemos derivar en Colombia, para nuestro *ethos* reconstruido, los valores de la *solidaridad* o el siempre ofrecer. Tienen una cosmogonía que aún caracteriza a sus descendientes cuando no se dejan corromper por los capitalistas malsanos, que abundan en las urbes. En general han sabido resistir los embates y codicias de la civilización occidental, como lo han demostrado en acciones populares auténticas ante los violentos, los abusos del régimen y los de grupos armados. Hay otros principios de estos pueblos que nos pueden servir mucho, como los de la *reciprocidad* o el siempre devolver; la *no acumulación* o el siempre distribuir; y el extraer *recursos* de la naturaleza sin excederse.

Como se sugirió antes, no se trata de volver atrás el reloj de la historia, ni de pensar en que todo está resuelto en la tradición; pero conviene tomar las enseñanzas positivas que aparecen para mejorar nuestra sociedad, que producirían envidia a muchos “civilizados”.

Los negros libres

Los afrodescendientes cimarrones en los increíbles palenques, que empezaron a construirse en nuestro país desde comienzos del siglo XVI con el fabuloso Domingo Bioho en San Basilio —donde nunca permitió la llegada de tropas españolas hasta el Patía—, y cuyos grandes epicentros hemisféricos están en el Brasil con sus quilombos y en las Antillas donde preservaron también su mundo cultural y religioso del África negra.

De estos pueblos podemos rescatar su gran sentido de la libertad erguida y su incansable inventiva en situaciones de resistencia. Cultivaban la tierra en comunidad y aplicaban la ayuda mutua. Se organizaban jerárquicamente en recuerdo de sus reinos africanos con dirigentes elegidos por sus capacidades y carisma, que gobernaban con cabildos propios. Se organizaron de nuevo con comunidades regionales, aprovechando el impulso de la Constitución nacional de 1991, que por primera vez otorgó reconocimiento a la población negra.

Los campesinos - artesanos antiseñoriales

Campesinos hispánicos, pobres pero libres, llamados “payeses”, empezaron a llegar a nuestras tierras junto con artesanos desde finales del siglo XVII. Trajeron de España una valiente tradición antiseñorial basada en la expedición de “fueros populares” y “laudos arbitrales” que debían ser obedecidos por reyes y nobles. Fueron paisanos y paisanas que fundaron nuestros pueblitos, que inventaron cabildos, comunas, municipios y provincias trasplantados aquí junto con su rebeldía. Fueron los que consagraron el principio, muchas veces prudente, de que “la ley se obedece pero no se cumple”.

De estos grupos humildes y productivos, pero fuertes, podemos retomar como valor fundante su alto sentido de la *dignidad* política y personal. En nuestro país asumieron actitudes que las autoridades consideraban díscolas. Más tarde fueron los primeros en protestar contra el mal gobierno, con el estallido de los Comunes en el Socorro en 1781, que siguieron en Antioquia (Guarne), Tumaco, Anserma, Toro y Hato de Lemos, Guaitarilla, Túquerres, Pasto, Jegua y Ayapel que lograron mucho de lo que se propusieron por la acción colectiva propia.

Todos ellos actuaron con juntas comunales que administraban y vigilaban a los elegidos del pueblo, a los playones y pastos comunes. Tenían cofradías, organizaban cabildos abiertos, destituían o ignoraban autoridades formales ineficientes, y eligieron a sus propios funcionarios que eran líderes naturales. Esta rudimentaria democracia participativa sembró semillas libertarias de dignidad eficaz durante el período de La Colonia y Primera República. Más tarde se organizaron en sociedades democráticas que llegaron al poder en 1854 con la revuelta de José María Melo, declarándose socialistas.

Los colonos pioneros internos

Conocidas son las proezas de los pioneros y patriarcas que colonizaron los piedemontes andinos desde Antioquia, Boyacá, Cundinamarca y Santander. Poblaron espontáneamente con familias de inmenso espíritu público, los intersticios dejados en los montes por poblamientos antiguos, reconstruyendo sus formas de vida pacífica

y de autodefensa, y por eso hicieron bien en reorganizarse y huir del paso de los ejércitos bipartidistas enfrentados en guerras civiles.

Como todavía en algunas partes, los colonos pioneros querían ser libres de toda coyunda gubernativa, y de ellos podemos resucitar el valor fundante de la *autonomía* y del autogobierno participativo. Sobre este tópico nos siguen enseñando desde los pueblos islotes de paz como Mogotes y Cimitarra, y muchos otros, hasta en territorios hoy en guerra como Putumayo con los restos de su descendencia. Los poblamientos basados en la economía del café prosperaron hasta el punto de desarrollar, sin gobiernos centrales ni créditos externos, la mejor posicionada clase media rural de América Latina. No hubo duda de que estos campesinos podían gobernarse bien de manera descentralizada y consensuada, sin policías ni gobernadores de fuera, se hizo posible una nueva vida productiva para el campesino.

Persistían las costumbres solidarias, como el cuidado de los enfermos y su transporte en guandas, la construcción colectiva, la cocina de todos y las juntas de caminos y aguas. El bienestar colectivo era evidente.

El siglo XX vivió la gran extensión de la colonización hasta saturar la frontera agrícola. Aquí se fue trasladando la injusticia y corrupción de los gobiernos centrales, con excepción de las mal llamadas “republicuetas” de guerrilleros en Caquetá y Meta, donde hubo buenos gobiernos locales y servicios públicos, hasta buenas bibliotecas. La reacción centralista se hizo presente con bombas y soldados, pero la creatividad de los pueblos era y sigue siendo infinita, como en la Primera Ley del Llano de 1952 que buscaba justicia y paz, importante legislación autógena, realista y práctica que vale la pena retomar, así no se hubiera diseñado y firmado por gente culta en el Capitolio Nacional.

Desafíos

Las izquierdas con la democracia radical, en el proceso de reconstrucción de la nación colombiana que es tarea prioritaria y crítica, puede retomar mucho de las experiencias socialistas propias

de estos cuatro pueblos de base que han sido, en general, olvidados, despreciados y explotados por los bipartidistas oligarcas. Todavía es tiempo de corregir esta situación y enseñar a las élites a respetar el *ethos* nacional popular con el que se han conformado nuestras naciones que viven, trabajan, producen y respiran libertades y adoptan valores y actitudes fundamentales. Parecería lógico y fácil que un mejoramiento de la sociedad actual, y la reparación de su tejido social, podrían beneficiarse del juego conjunto y sucesivo de los valores fundantes que hemos esbozado atrás, y devolver a estos pueblos, al menos, la dignidad, la autonomía, la libertad y el sentido de solidaridad humana y respeto a la vida que las clases dominantes, capitalistas y euroamericanas, les han venido arrebatando.

Algunos dirán que estas son las gentes más pasivas, la retaguardia del cambio social e histórico, pero se equivocan. Porque en todas las revoluciones de entidad que hemos tenido (ejemplo Colombia), estos pueblos originarios han sido vanguardias y apoyos eficaces de las luchas sociales. Así como son pacíficos, una vez hostigados por lo que sienten como injusticia o abuso, pueden articular bien las resistencias. Por lo tanto, concluyo que los indígenas, negros, campesinos, artesanos y colonos pioneros aludidos aquí han sido pobres y explotados sólo en lo económico, mas no como fuerza humana, cultural y política: allí están sus reservas.

Se vuelven entonces grandes actores de la historia real, reproductores del conocimiento práctico sobre nuestro trópico único que todos necesitamos, y transmisores permanentes de valores sociales positivos para la concordia y la comunidad, que deben defenderse y perdurar en el nuevo *ethos* de la utopía posible. Hasta en las ciudades grandes adonde muchísimos compatriotas de estos orígenes se han desplazado para salvar la vida, los pueblos originarios han logrado defender su legado altruista y constructivo. Están esperando su turno en la historia para que se les haga justicia. La izquierda socialista debe ser el canal de sus expectativas y logros.

De modo que el gran papel de la nueva subjetividad revolucionaria, con todo su contingente humano y político, sería recolocar y apoyar las luchas de tales pueblos de base en sus aspiraciones, al

entrar todos juntos a la etapa postcapitalista, postdesarrollista y postmoderna que nos corresponde asumir. Todo ello sin perder las básicas actitudes morales fundantes de la vida humana en general, sin dejarse alienar por la revolución mediática o por los grupos armados y las culturas exógenas, o por los espejismos del desarrollo económico como se ha ejecutado hasta ahora por la oligarquía represora.

Nuestro *ethos* nacional, enriquecido en esta rica forma, y con la democracia radical y con el socialismo raizal de origen como pegante ideológico, llevaría a valorar otra vez la tierra, que sigue siendo nuestra principal vocación de nuestras naciones, no como simple negocio explorador, sino preferiblemente como forma de vida. Sería un conjunto de actitudes que reflejen la realidad vibrante de nuestro país equinoccial, el de las legendarias deidades del pueblo rústico, aquella realidad fabulosa que nos señaló Humboldt como maravilla del universo, El *Kaziyadu* de hoy y de ahora.

Si en la izquierda y en el país somos cuidadosos y originales, con la recuperación de las formas altruistas del conocimiento popular de los grupos fundantes de la nación, la vida alterna y el trabajo productivo para todos, podremos crear futuro desde nuestra propia diversidad y no colonizados por civilizaciones lejanas, y equilibrar la crisis del capitalismo global salvaje que nos está afectando como nación.

Referencias bibliográficas

- Arturo Escobar. *La invención del desarrollo*. Cali, Norma 2000, Cap 6.
- Boaventura de Souza Santos, *La caída del Angelus Novus*. Bogotá, ILSA. 2003, Cap. 2.
- Gerardo Reichel-Dolmatoff. *Desana: simbolismo de los indios Tukano del Vaupès*. Bogotá, Universidad de Los Andes, 1968, Cap. 8.
- Miguel Borja, Angélica Nieto, Orlando Fals Borda. *El gobierno de Colombia: territorio y cultura*, tomo I. Bogotá, ESAP, 2005, Esp. Capítulo 4.
- Orlando Fals Borda. *Ante la crisis del país: Ideas – acción para el cambio*. Bogotá, Ancora, 2003, Esp. Capítulos 1, 4, 5 y 11.
- Orlando Fals Borda, Jorge Gantiva Silva y Ricardo Sánchez Angel. *¿Por qué el socialismo ahora? Retos para la izquierda democrática*. Bogotá, Fundación Nueva República, agosto 2003, Esp. 17 – 18.

Orlando Fals Borda, "Para crear futuro: Reflexiones sobre grupos originarios", *Socialismo y participación*, N° 99. Lima, Perú, marzo 2005, Esp. 29 – 34.

Orlando Fals Borda, "Prólogo a El Nariño de Jorge Zalamea", *Apuntes para una interpretación*. Pasto, Gobernación de Nariño, 2006, Esp. 10 – 14.

Camilo vive: vigencia de su ideario

La plataforma de 1965

Cuando Camilo Torres creó el Frente Unido de los Pueblos (FUP) en marzo de 1965, declaró que éste sería un "movimiento pluralista para la toma del poder". No era un partido político corriente. Era una utópica novedosa que ha corrido hasta nuestros días. Significaba unir fuerzas u organismos civiles diversos para hacerlas mover en la misma dirección hacia objetivos comunes valorados de transformación radical de la sociedad.

La utopía pluralista de Camilo se alimentaba de sus convicciones ecuménicas religiosas y de su entrenamiento sociológico en Lovaina —avanzada del pensamiento católico renovador— que le llevaron a posiciones autonómicas y de independencia hasta la heterodoxa teología de la liberación. Lo religioso lo basó en doctrinas de la patrística sobre la guerra justa, como la de la "contra-violencia" para desalojar a los poderes ilegítimos y/o tiránicos —el "antipueblo" con su doble moral— que ejecutan la violencia sangrienta o absoluta.

Lo sociológico le llevó a buscar bases firmes para un socialismo raizal, con el marco marxista inicial que muchos adoptamos para entender la trascendencia de la Revolución Cubana. Pero pronto combatió el colonialismo intelectual en las ciencias sociales y económicas "prescindiendo de esquemas teóricos importados... para buscar los caminos colombianos". Estas ideas siguen teniendo vigencia aquí y en otras partes.

La revolución resulta así una obligación moral cristiana y sacerdotal para llegar a la democracia participativa. Con este fin propuso,

en su “plataforma para un movimiento de unidad popular” trabajar por la dignidad de los pueblos hoy dominados y explotados y contra el intervencionismo norteamericano; desarrollar una ciencia propia, la nacionalización de empresas del Estado, la educación pública gratuita, la autonomía universitaria, las reformas agraria y urbana, la planeación con acción participativa y comunal, las cooperativas y la participación de obreros en las empresas.

Con estas iniciativas democráticas, que siguen siendo de interés contemporáneo, Camilo articuló su utopía pluralista y puso a trabajar sus caudas en el Frente Unido durante el año siguiente. La meta era adoptar “un sistema orientado por el amor al prójimo”. En esta forma tomó en cuenta algunas tendencias instrumentales del mundo moderno, reiteró ideales socialistas y estimuló la autenticidad regional y nacional. No era una utopía clerical ni menos liberal o conservadora. Buscaba construir una sociedad abierta y justa, metas que todavía se plantean en diversos partidos y movimientos en muchos países. Sin negar sus dificultades, porque en aquellos años difíciles la utopía se decantó y frustró rápidamente.

El legado de Camilo

¿Cuánto queda todavía de interés en la Plataforma de Unidad Popular de 1965? Evidentemente, todo o casi todo. Son elementos de valor que Camilo reiteró en sus otros escritos y conferencias. Su pensamiento activo de entonces siguió latente y vivo. Continúa incidiendo en el mundo actual y, por supuesto, en la sociedad colombiana.

La prematura muerte de Camilo en el monte impidió que el cura guerrillero enriqueciera aún más el avanzado e interesante ideario del ELN. El comandante “Antonio García”, en su homenaje desde La Habana, destacó el carisma de Camilo y la relevancia de su pensamiento en Colombia. En efecto, el elemento utópico mismo, con visos socialistas nuevos y raizales, se ha vuelto a presentar en estos movimientos, como los que surgieron después de la muerte de Camilo: el de Firmes de Gerardo Molina, el de Anapo Socialista, el de Colombia Unida que reunió grupos de todo el país hasta la fusión con el Movimiento 19 de Abril que descendió del monte en

1988, para seguir con la Alianza Democrática M-19 que llegó a la Asamblea Constituyente de 1991 con grandes empeños de transformación. Tuve el privilegio de pertenecer a los cuadros directivos de todos y cada uno de estos movimientos. Luego nació la inspiradora iniciativa política y sindical del Frente Social y Político en el que he militado encabezado entonces por Luis Eduardo Garzón, y el rápido ascenso de éste a posiciones de gobierno en la capital de la República.

Ha ocurrido en regiones donde las izquierdas también gobiernan, como la de la Costa Atlántica del Movimiento Ciudadano, y la región Surcolombiana de Parmenio Cuellar, Guillermo Alfonso Jaramillo y Floro Tunubalá. La ola de redescubrimientos políticos en las izquierdas colombianas, impulsada por los sucesivos éxitos en Chile, Uruguay, Argentina, Brasil, Bolivia, Ecuador y Venezuela, ha estimulado la convergencia de una veintena de organizaciones y partidos diversos hasta culminar en Alternativa Democrática primero, y en la gran alianza del Polo Democrático Alternativo (PDA) después, que está a punto de incidir con fuerza en las cruciales elecciones de este año. La impronta y el recuerdo de Camilo Torres están presentes en estos desarrollos del buen radicalismo político. El proceso ha sido positivo a pesar de todo: en estos duros y peligrosos años hemos ganado un respetable acumulado político, social e ideológico.

El impacto actual más claro del pensamiento camilista en Colombia se expresó, casi sin advertirlo, en la organización y funcionamiento de los Grupos Temáticos y Tertulias Ideológicas organizadas para la campaña presidencial del doctor Carlos Gaviria Díaz, durante el año pasado. Ciento cuarenta profesionales y políticos se organizaron en diecisiete grupos para estudiar los principales problemas del país y plantear propuestas y salidas. Fue un esfuerzo “desde las bases”, como lo reza su publicación inicial. La idea quedó plasmada en ese mismo folleto, donde se lee que vamos “hacia un Frente Unido de los Pueblos”, y que su propósito ha sido iniciar un esquema pluralista de pedagogía política que hubiera agradado mucho a Camilo Torres.

¿Vamos de nuevo hacia aquel Frente Unido que concibió Camilo? Parece posible, si hacemos caso de los últimos acontecimientos sobre el proyecto de unidad de las izquierdas democráticas, que fue insistencia muy valiosa del senador y hoy el mejor candidato presidencial, Carlos Gaviria. Nunca habíamos llegado a esta gran etapa de coordinación política, sin perder de vista el horizonte ni la insistencia profética de la Plataforma de 1965. Por eso me he encontrado tan cómodo con el Ideario de Unidad del PDA —con una que otra adición comprensible—, como me sentí con la confección de los Diez Puntos del Frente Unido. Pero ahora el reto es también interno: cómo llegar a evolucionar para que el Polo se vaya transformando en FUP y así ser congruente con el desarrollo histórico ya señalado y consecuente con las urgencias de los pueblos. Lo principal no es que las estructuras formales perduren, sino que las ideas de unidad y transformación radical se arraiguen y extiendan de manera concienzuda y convincente.

Por fortuna, ha aparecido en Colombia una generación activa y sentipensante, con un gran contingente universitario y pluripartidista nacional y regional, como lo comprobamos en los Grupos Temáticos y en las Tertulias del año pasado. Es una generación que trabaja a gusto con las bases populares, como en los tiempos de Camilo. Hay mayor acercamiento a estas bases, así para acompañarlas como para aprender a investigar la realidad con ellas, con los métodos de la Investigación Acción Participativa (IAP), otro fruto intelectual de Camilo Torres, como empezó a aplicarla en el barrio Tunjuelito de Bogotá. Esta generación activa y sentipensante está mejor preparada y creo que es más capaz que las anteriores, incluida la mía, la de la violencia. Atrás quedaron los Centenaristas de Rafael Uribe Uribe, Los Nuevos de Jorge Zalamea y Carlos Lleras, los del Movimiento Revolucionario Liberal y La Ceja de Alfonso López Michelsen. La rancia cooptación de centro-derecha con la que se ha tentado y corrompido a la izquierda colombiana, se ha quedado sin excusas: ya podemos avanzar sin muletas hacia nuestros valorados objetivos históricos, con el pegante ideológico del socialismo raizal o *Kaziyadu* del despertar, que se siente venir.

Hay por lo tanto ciertas bases para un optimismo sobre el cambio social radical y profundo en Colombia, como lo quería Camilo Torres, el ideal por el cual rindió su vida. Hoy lo recordamos con el dolor de la ausencia, pero también con la alegría y la esperanza del deber cumplido, de la tarea pionera y dedicada que realizó para bien de la nación. Tal es la vigencia de Camilo Torres, el hombre, y tal es la obligación que todavía tenemos que seguir con su legado y hacerlo fructificar sobre la faz de nuestra tierra. Tenemos ya, por fortuna, un liderazgo capaz y los mejores candidatos para asumir el poder. Por ahí va la cosa.

CAPÍTULO II

GLOBALIZACIÓN Y SEGUNDA REPÚBLICA

- **La globalización y nosotros los del Sur**
- **Hacia la Gran Colombia bolivariana**

Hacia la Gran Colombia bolivariana

Bases para enfrentar peligros internacionales

Algunas estrategias de defensa

El asunto que aquí nos congrega está claro, por lo menos para mí: como nuestros países de la tradición bolivariana —Venezuela, Colombia, Ecuador y Panamá— están sujetos a presiones exógenas inconvenientes que provienen de la actual globalización comandada desde el Norte, tenemos que organizar más y mejor nuestras defensas.

De diversas fuentes nos llegan advertencias sobre el cuidado que hemos de tener en nuestras relaciones con los norteamericanos y sus agentes o representantes en cada país. Los últimos desarrollos tienen que ver con propuestas interesadas que nuestros gobiernos han recibido: tratados de libre comercio, modernización de ejércitos, cielos abiertos, guerra al panterrorismo, etc, que llevan al neoliberalismo, el belicismo y de pronto al neofascismo. En general, estas

propuestas ponen en aprieto nuestra viabilidad e independencia como naciones y nuestras identidades como pueblos. No podemos, pues, quedarnos quietos.

Una obvia reacción vital de defensa ha sido la de unir fuerzas, recursos y conocimientos. Por ejemplo, en nuestro caso, hay iniciativas de agrupación regional de índole económica y comercial, como en el Mercosur y otras en la Comunidad Andina de Naciones. Entre los países bolivarianos mencionados se han venido activando programas de integración en campos culturales, universitarios, comerciales, agrícolas, etc. (Fals Borda, 1994) y algunos tratados y acuerdos binacionales, como los realizados entre Venezuela y Colombia desde 1941, han tenido efectos positivos. El caso más reciente lo constituye la reunión presidencial de El Tablazo (Zulia) hace once días, donde con una cordialidad misteriosa y bienvenida que no se veía desde hacía algunos años, se aprobaron grandes proyectos energéticos comunes, aunque éstos invitan al cuidado de las comunidades afectadas, en especial las del litoral Pacífico.

Gracias a estos pasos importantes, pero sectoriales y a veces declamatorios, no nos sentimos aún totalmente inermes. Hemos adelantado en la mecánica del quehacer conjunto, con alianzas tácticas y una integración que algunos han llamado “con hechos”. La hermandad patriótica y las muchas décadas de intercambio familiar, personal, educativo y político entre nuestros pueblos, también han dado frutos. Pero nos falta mucho más en el campo geopolítico y en lo valorativo y cultural para la construcción de un solo y grande ethos vinculante para los cuatro países bolivarianos. Son los retos que en términos generales se pueden designar como los de una antiglobalización endógena y antihegemónica de supervivencia —los procesos de “glocalización” postulados en otras partes— que luchan ante todo por el bienestar y la vida y las expresiones altruistas y democráticas de nuestras gentes del común.

Estas situaciones de estrés y angustias vivenciales me llevaron, desde el año pasado, a revivir públicamente el viejo y clásico tema de la Gran Colombia, como asunto altamente pertinente, por virtud del legado de los libertadores venezolanos, neogranadinos

y quiteños que lucharon juntos por la independencia de nuestros cuatro países.

Inicié las presentaciones precisamente en el marco de la Comunidad Cultural Andina, en su reunión de Lima en noviembre de 2003. Seguí con lo mismo en el presente semestre, en cinco diferentes universidades colombianas, con el estímulo del Frente Social y Político al que pertenezco. Hoy tengo el honor de compartir estas preocupaciones en el prestigioso recinto natural del Parlamento Andino, y con la feliz ocasión de la Semana de la Unidad Andina y el Foro sobre el "Pensamiento Bolivariano". Lo cual a su vez me ha añadido el placer de volver a esta querida ciudad y sentir de nuevo el fervor del pueblo venezolano que ansía dar firmeza a los importantes logros democráticos que ha alcanzado en los últimos tiempos, y ganar un cambio colectivo que no puede verse sino como radical, al cual les deseo todo el éxito posible.

Las periferias se centralizan

Las innovaciones de la globalización han llevado no sólo a la descomposición social en todas partes, incluso en el propio Norte del mundo, sino también a ciertos resultados inesperados. Uno de ellos es el surgimiento de las periferias, en reacción por el tradicional tratamiento que han recibido de los centros dominantes. Los oprimidos y otras víctimas de la historia occidental tienden hoy a sacudirse, dejarse sentir y hacerse oír, lo que es inusitado. En este contexto, las fronteras olvidadas y las zonas marginales en las que se han localizado están adquiriendo un buen peso específico.

Ello ocurre por la drástica y reciente reducción de la dimensión espacio / tiempo y por el aumento en la velocidad de la comunicación. Ahora las fronteras territoriales y sus zonas tienden a extinguirse y están causando efectos lejanos, como el de la mariposa de los teóricos del caos, para desempeñar funciones paralelas a las de los centros, y/o tareas que antes eran monopolizadas por los centros o adscritas sólo a éstos (cf. Fals Borda 2004). Reflejan así con dramatismo y claridad problemas estructurales de las sociedades respectivas, en especial las del Estado-Nación, convirtiéndose en

fraguas de crítica y cambio como laboratorios sociales espontáneos que reflejan las contradicciones de la gran sociedad. Pues bien, este efecto de eco reflector desde lo marginal que llega al Estado-Nación, puede servir también para defender ciertas tradiciones e identidades sustanciales, hoy amenazadas por el desequilibrado desarrollo globalizador.

En este sentido, la aceleración cibernética de la ecuación espacio/ tiempo, lleva a mirar los conocidos contenedores territoriales de los Estados bajo otra luz y más allá. Invito a prestar atención a dimensiones que desbordan a la región administrativa para llegar a las implicaciones de lo suprarregional y lo supranacional: es decir, a la integración funcional entre naciones existentes. Esta tarea debe ayudar a llevarnos a la aurora de la nueva Gran Colombia, la del siglo XXI.

Para alimentar estas posibilidades sumatorias, conviene examinar apoyos valorativos, como son las raíces ancestrales y actitudes que conforman e impulsan el progreso. Son valores definitorios de las gentes de los trópicos y subtrópicos que nos han pertenecido desde que el mundo es mundo. Vale la pena cuidar, regar, abonar y multiplicar esas raíces sobre este mundo espantoso que otros crearon en contextos norteños y mediterráneos, que hemos heredado más como imposición y no como un acto creador propio. En las fronteras, periferias y otros lugares relegados de nuestros países, pueden estar los ejércitos de reserva humana y cultural de nuestras naciones en peligro. Por eso siento que ha llegado el momento de la articulación activa de las márgenes nacionales como parte incitante de la gran ola de vida poscapitalista, posdesarrollista y posmoderna que nos ahorren las catástrofes anunciadas.

Morfología de las fronteras

Para ver la región territorial más allá de sí misma, voy a examinar algunos aspectos morfológicos binacionales concretos, que van desde La Guajira hasta el Orinoco y el Pacífico, para equilibrar la ladeada simetría de las divisiones administrativas actuales. Con estas morfologías binacionales podemos hacer frente a problemas

estructurales que afectan el bien común, especialmente los derivados de la situación internacional.

Recordemos que esta doctrina del bien común — todavía insatisfecha por los gobiernos como tantas otras promesas del Iluminismo liberal del siglo XVIII— fue la que propusieron los libertadores en el Congreso de Angostura al constituir la República de Colombia, la Grande, el 17 de diciembre de 1819. Recordemos también, que en 1863 los constituyentes de Rionegro en Nueva Granada cambiaron el nombre de la república por el de Colombia, con el fin de impulsar la misma idea de integración supranacional, y que el presidente de entonces, Tomás Cipriano de Mosquera, eliminó las visas para los residentes en Venezuela y Ecuador. Estimo que esas viejas metas de integración latinoamericana, total o parcial, tan trascendentales como incumplidas, son recuperables por razones tecnocientíficas que les dan ahora mayor vigencia (Ocampo López, 1981).

Para realizar este gran objetivo de integración entre naciones vecinas y llegar a la meta de una segunda Gran Colombia (no importa el nombre) entre nosotros, es necesario localizar el asunto técnica y conceptualmente en por lo menos dos modalidades de trabajo: una modalidad proviene de la geografía humana, y la otra proviene de las ciencias etnoculturales. Vamos a examinar esta morfología según hechos y condiciones palpables de las actuales zonas fronterizas.

El proyecto geográfico es aquel que enfoca cuencas fluviales como ecosistemas que ocupan porciones de países vecinos —Colombia, Venezuela, Brasil, Perú, Ecuador y Panamá— hoy amenazadas por catástrofes ambientales, guerras intestinas e inseguridades limítrofes (Mendoza, 1992).

Por el lado colombo-venezolano, hay tres cuencas que son total o parcialmente aptas para las políticas de integración a que he aludido: las de Carraipía-Paraguachón, Catatumbo-Zulia y Arauca-Orinoco (Area y Márquez, 1994). Con excepción de la de Carraipía en La Guajira que ha mejorado gracias a un acuerdo binacional de 1989 (Fals Borda, 1994, 196), las otras cuencas compartidas con Venezuela son problemáticas por la contaminación de las aguas, la

guerra y la ocupación desordenada y explotación ilegal de la tierra. Colombia carga con buena parte de la culpa porque todas esas aguas se originan en los Andes colombianos.

No sería difícil pensar en corporaciones ambientales binacionales autónomas en esos sitios. Aunque parezca mentira, esta buena idea tiene 183 años y se debe a Simón Bolívar. El Libertador demostró tener una correcta visión sociogeográfica de las cuencas por encima de las formalidades fronterizas derivadas del *uti possidetis juris* de 1810, cuando en el Araure (Barinas) opinó, en carta del 18 de mayo de 1821, que debía conformarse un cuarto departamento (además de Venezuela, Cundinamarca y Quito) en la nueva república: el de Pamplona-Mérida-Maracaibo. Se trataba quizás de la región más rica del norte de Sur América, gracias a una combinación regional entre la temprana promoción local del cafeto, con la facilidad de exportación por los ríos Catatumbo y Zulia hasta el lago de Maracaibo. La misma idea de esta cuenca compartida fue recogida por Agustín Codazzi en sus estudios zonales de 1842; y por el presidente del Estado Soberano de Santander, el general Vicente Herrera, en 1858 (Pérez López, 2003, 14, 19-20).

Para los otros grandes ríos que he mencionado: el Arauca, el Orinoco, el Amazonas, el Negro, el Putumayo, existen tratados de libre navegación casi olvidados, y poco más, con Venezuela, Brasil y Perú. Y con Panamá existe la zona común con Colombia del Tapón del Darién y ríos y caños de parques compartidos, que pueden continuar y mejorar, a los que hay que defender de megaproyectos peligrosamente concebidos, como el de la carretera Panamá-Puebla, que quiere extenderse a Colombia por motivos exógenos.

Entre Ecuador y Colombia corresponde mirar la situación de las cuencas hermanas de los ríos Patía y Mira-Mataje, que tocan con Nariño hasta el océano Pacífico. Actividades pesqueras, madereras y mineras con comunidades negras, sin mucho estímulo ni guía, nos recuerdan que los nariñenses, junto con los ecuatorianos, son responsables de la defensa de esta parte de la mayor riqueza biológica y ambiental del planeta, que allí se encuentra.

En cuanto al *proyecto etnocultural* de las fronteras, encontramos una ocupación continua, desde tiempos precolombinos, de naciones

indígenas engarzadas unas con otras a todo lo largo de los límites formales, sin respetar a éstos, es decir, con libre desplazamiento a uno y otro lado (Cunill, 1992). Estas comunidades aborígenes pre-estatales brindaron una matriz social original en la que se fueron acomodando y aculturándose otros pueblos inmigrantes, así del uno como del otro lado de las actuales fronteras. Allí ha venido funcionando a todo vapor el crisol racial y cultural “cósmico” (como lo definió José Vasconcelos), y la ocupación y transformación de territorios, a veces en paz, otras con mutua destrucción y conflicto, como ha ocurrido con grupos de mineros, ganaderos, guerrilleros, paramilitares, policías, soldados y hasta misioneros. En todo caso, el proceso ha dado como resultado la formación de una sociedad híbrida, semi-autonómica y muy rica, que llevó al escritor venezolano Arturo Uslar Pietri a definirla como “un tercer país”.

En este “tercer país”, como viene dicho, los indígenas constituyeron un grupo originario receptor de los demás. Son todavía los guardianes y mejores conocedores de la biodiversidad tropical, y se les puede reconocer como ETIS (Entidades Territoriales Indígenas) según leyes orgánicas, y como zonas de paz. Empiezan con la nación wayúu en La Guajira colombiana, la mayor de todas, que se extiende hasta el norte del estado Zulia. Luego vienen la nación motilona en el Perijá por ambas vertientes, y los u’wa en el Sarare; al sureste están los guajibos, curripacos y tukanos, todos binacionales, y por Leticia los tikunas trinacionales (Colombia, Brasil y Perú). Los huitotos e ingas ocupan el sur de Colombia con el Perú. Por el norte, existen las fuertes relaciones ancestrales entre los cunas de islas y costas panameñas y el Darién colombiano: no olvidemos que la nación cuna se extendió durante el siglo XVII hasta las riberas del río Sinú.

En lo que corresponde a la frontera colombo-ecuatoriana, acabo de señalar la cuenca del Mira con el papel de las comunidades afro-descendientes costaneras que se extienden desde Esmeraldas hasta Tumaco en la costa del Pacífico, y más al norte. Al suroriente reside la nación AWA-Cuaiquer desde Ricaurte por las colinas bajas hasta más allá de la frontera ecuatoriana, y en la microrregión

del Gran Cumbal que bordea la misma frontera, se halla la comunidad de Cabildos y grupos de Pastos y Quillacingas. Estas naciones constituyen entes binacionales de características similares a las ya descritas para las fronteras con los otros países (Pantoja, 2001).

Todos estos grupos nativos (junto a los otros llamados “originarios”, son pueblos respetables que nos han enseñado a resistir con dignidad los furiosos embates de la llamada “civilización occidental” que hoy debemos por lo menos cuestionar parcialmente (Mora y Fals, 2000). Entre estos logros, nos han mostrado una alternativa propia de concebir Nación con la fuerza de la cultura y el poder de la solidaridad humana, en contraste con el modelo de Nación-Estado planteado como máquina de guerra, según el Tratado de Westfalia (1618), modelo potencialmente fatal (lo demostró la historia europea posterior) que nos trajeron los españoles.

Entonces, ya sabemos mejor cómo y por qué podemos rechazar, con argumentos justos, la existencia de las fronteras binacionales existentes a partir de aquel descontextualizado modelo norteño, confirmado entre nosotros por el *uti possidetis*. Y también cómo proceder a transformar las incoherencias estructurales de nuestros falentes estados-nacionales.

Sobre el qué hacer: consideraciones políticas

Esta extraordinaria tarea de reconstrucción sociopolítica implica el reclutamiento y preparación idónea en técnicas de investigación-acción participativa de científicos sociales de alta motivación ética y política — en especial geógrafos humanos, economistas con corazón, antropólogos sociales, politólogos, sociólogos de la participación activa (IAP) — capaces de entender y trascender las nacionalidades y los contextos y realidades en que vivimos (Santos 2003). Además, necesitaremos elaborar más las propuestas de integración económica que viabilicen el proyecto general.

Implica igualmente laborar en los frentes de la protesta y de la propuesta en los cuatro países para crear, hasta con la música, la literatura y otras artes, los movimientos sociales y políticos desde abajo y desde las periferias, las redes de trabajo y las

comunicaciones necesarias, con el fin de seguir desplazando a los obsoletos partidos tradicionales y a los gobernantes centralistas, verticales o mesiánicos donde todavía quedan o aspiren a quedarse. Y sigamos afirmando el avance socialista por la vida, la justicia y el progreso humanista que viene desde el Sur con movimientos y gobiernos de nueva estampa en Uruguay, Argentina, Chile, Brasil, Bolivia y Ecuador.

Entre Venezuela, Ecuador, Panamá y Colombia sería relativamente fácil volver a concebir y construir conjuntamente la Gran Colombia de nuestros libertadores. Lo de los límites entre nosotros me parece secundario si examinamos los vaivenes de la historia. Hubo momentos en que las fronteras no existían entre nosotros sino por cortos períodos nunca peleados. Por ejemplo, por convenio con generales caucanos, el Ecuador se extendió hasta Pasto y Buenaventura en 1830; Colombia aceptó en 1848, sin resultados prácticos, que todos los Llanos hasta Villavicencio fueran venezolanos; con una simple carta, el barón de Riobranco quitó a Colombia la entrada hasta el gran puerto de Manaos, en el Amazonas; y por otra nota, Colombia cedió en 1952 a Venezuela los islotes de Los Monjes. Arauca se proclamó independiente por unas semanas en 1917; también Tumaco quiso añadirse al Ecuador en 1988. El Perú era el dueño del Putumayo en los duros años 20 de la Casa Arana. De modo que, con excepción del absurdo miniconflicto por Leticia en el Amazonas, entre nosotros las fronteras no han sido cicatrices de la historia, como en otros continentes. Nuestros mohanes vigilantes en ríos y montes no lo han permitido.

Esa fluidez juguetona y pacífica de fronteras puede retomarse hoy, sin pruritos y de manera general, dejando atrás el modelo westfaliano del Estado-Nación belicista y otras definiciones foráneas de soberanía e identidad nacional ya superadas. El eterno y enredado "diferendo" entre Colombia y Venezuela no debe existir más. Ante todo hay que pensar en el bienestar de los pueblos en sus regiones, así en la tierra como en el mar. Debemos juntarnos en estas formas nuevas de convivencia y resistir las tentaciones guerreristas que a veces se asoman. Por ejemplo, Colombia no puede prestarse a

jugar, por determinaciones extrañas sobre panterrorismo, el papel de esquirol de Sur América, como pasó una vez en la Guerra de las Malvinas. Lo he venido proclamando en todas mis presentaciones de este tema a partir de la de Lima el año pasado: que seguramente ningún colombiano de dignidad o cordura querrá levantar las armas ni dirigir tanques de guerra contra nuestros vecinos, y menos contra Venezuela. Aplauzo que este principio de armonía internacional, tan antiguo y respetado hasta ahora, haya tenido que ser reconocido públicamente por el presidente Álvaro Uribe en El Tablazo.

Entonces, me parece necesario y urgente luchar otra vez por la meta común de la Gran Colombia, o como quiera llamarse ahora, para contraponerla a las inconveniencias políticas hegemónicas y violentas de la globalización neoliberal militarista. Por fortuna, como también se reconoció hace poco por los presidentes Chávez y Uribe en El Tablazo, las fronteras formales entre nosotros son indefinibles y porosas. Siempre lo han sido así, y me temo que así lo seguirán siendo. No necesitamos ni formalizarlas, ni mojonearlas ni derramar sangre por ellas, porque es la misma geografía la que las deniega y borra en nombre de los pueblos habitantes. Respetemos, pues, la autoridad tropical de las selvas pluviales y de las cuencas hidrográficas, así como la voluntad autonómica y libre de nuestros ríos salvajes que se burlan cuando quieren de las dragas oficiales, como ocurre en el Arauca vibrador.

Finalmente, como pasos de transición hacia el nuevo Estado grancolombiano y bolivariano, pueden concretarse a nivel macro dos propuestas geopolíticas existentes, que son antihegemónicas: una es la de la República Regional de Colombia, propuesta desde hace un lustro a raíz de la Constitución de 1991. Los principios del regionalismo unitario fueron recogidos localmente y aplicados desde abajo, desde la entraña popular, por los gobernadores de la Región Surcolombiana del último período, a través de la política pública de las asambleas constituyentes regionales; y los indígenas amazónicos también empezaron a articular sus entidades autónomas, con buenos resultados de fondo, sin formalidades tecnocráticas. Estas son admirables respuestas a la globalización con

adecuadas prácticas de “glocalización”, que deben equilibrar la miopía hipnótica de lo bélico que caracteriza a muchos de nuestros dirigentes.

La otra propuesta geopolítica corriente, junto a la colombiana, es la de la República Bolivariana de Venezuela, consagrada en su actual Constitución que tiene fines convergentes con la colombiana. Confío en que los altos propósitos morales y políticos perseguidos en esta nueva etapa constitucional vayan forjando al fulgurante país que el “bravo pueblo” se merece, uno que combine la alegría caribeña y la resistencia llanera con la ponderación andina, y cuya inmensa riqueza sea en verdad para el beneficio común y de las mayorías necesitadas. América Latina esperaría volver a ver a los venezolanos como ya lo fueron en eventos memorables: como los abanderados históricos de nuestra dignidad y libertad suprarregional.

Si a lo anterior sobre Colombia y Venezuela añadimos la fuerza del movimiento indígena ecuatoriano, que ha llegado varias veces al poder recientemente, y además la de los movimientos panameños derivados del torrijismo reconstructor, más los movimientos de patriotas colombianos desde las regiones, podemos apreciar la potencialidad de la idea bolivariana grancolombiana y libertaria. Estas metas se conseguirían fácilmente si logramos hermanar todas estas fuerzas, movimientos y partidos de los cuatro países, con el mismo pegante ideológico del socialismo ecológico, raizal, humanista y democrático, por las razones históricas, sociales y culturales comunes a todos que he tratado de exponer.

Comprendo también las dificultades de estas posibles transiciones. Han comenzado a verse como peligrosas, de allí la represión que ejercen los reaccionarios de siempre con apoyo de globalizadores, grandes empresarios monopólicos, financieros usureros y otros traidores de ideales. Nuestros esfuerzos vienen siendo atacados por el imperio del Norte, el del Gran Explotador que es cada vez más el Gran Hermano de la profética novela de Orwell, cuya estrella por fortuna parece ir cayendo. Creo que no merecemos la triste suerte de colonos y robots desmentizados que nos tienen reservada.

Para evitar todo ello, entre otras fórmulas, proclamemos con orgullo que aquí todos somos tropicales y aceptemos con alegría, como vivencia lógica y espiritual, este reto crucial. Si también somos cuidadosos, con las formas altruistas del conocimiento popular, la vida alterna y el trabajo productivo para todos que he sugerido, podremos equilibrar las crisis entrópicas del capitalismo global que nos empiezan a afectar. Hay que aprovechar todavía más de aquel singular tesoro vernáculo propio —el del sol radiante—, para que sigamos construyendo, aquí y ahora, un mundo mejor.

Referencias bibliográficas

- Area, Leandro y Pompeyo Márquez (1994). *Venezuela y Colombia: política e integración*. Caracas: Editorial Panapo, Comisión Presidencial para Asuntos Fronterizos.
- Cunill Grau, Pedro (1992). *Política de organización territorial y ocupación del espacio fronterizo occidental venezolano*. Caracas: Comisión Presidencial para Asuntos Fronterizos Colombo-Venezolanos, 18-39.
- Fals Borda, Orlando (1994). *Repercusiones sociales y regionales de la integración regional en zonas de fronteras: la experiencia colombo-venezolana*. Montevideo: Centro de Formación para la Integración-Regional, 191-202.
- (2004). "Hacia la segunda Gran Colombia: función integradora de cuencas y naciones indígenas binacionales". *Revista Foro* (Bogotá), N° 49, 90-96.
- Fals Borda, Orlando, Jorge Gantiva y Ricardo Sánchez (2003). *¿Por qué el socialismo ahora?* Bogotá: Fundación Nueva República.
- Mendoza Morales, Alberto (1992). *El Ordenador*. Bogotá: Universidad Piloto de Colombia.
- Mora Osejo, Luis E. y Orlando Fals Borda (2002). *La superación del eurocentrismo*. Bogotá: Academia Colombiana de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales.
- Norden, Isadora, ed. (2003). *Culturas tradicionales, territorio y región, IV Encuentro para la promoción y difusión del patrimonio inmaterial de los países andinos*". Lima, noviembre de 2003. Bogotá: Multigráficas.

- Ocampo López, Javier (1981). *Historia de las ideas de integración de América Latina*. Tunja: Ed. Bolivariana Internacional y UPTC.
- Pérez López, Jaime (2003). *Colombia-Venezuela, economía, política, sociedad en siglos XIX y XX*. Cúcuta: La Opinión.
- Santos, Boaventura de Sousa (2003). *La caída del Angelus Novus: Ensayos para una nueva teoría social y una nueva práctica política*. Bogotá: ILSA y Universidad Nacional.

La globalización y los pueblos del Sur

Vertientes de la globalización

Cuando se agudizaron las tensiones y conflictos producidos por lo que algunos gobernantes bautizaron como “globalización”, nosotros los del mundo del común —en especial los del Sur—, los del tercero empezamos a descubrir que estábamos arriesgando una parte esencial de nuestra razón de ser: aquella representada por nuestra idiosincrasia y alimentada por la cotidiana diversidad ambiente. El mundo había crecido, mal que bien, sesgado hacia la acomodación y la acumulación, como un gigantesco caleidoscopio móvil cuyas diferentes piezas, jugando libremente unas con otras, producían efectos, imágenes, procesos y objetos diversos de alcances infinitos, a veces bellos y positivos, a veces deformes o perversos, pero que se iban sumando en olas de integración más o menos ordenada.

Fueron necesarios los estallidos iracundos contra fondos y bancos en las calles de Seattle, Davos, Melbourne y otras ciudades desde hace algunos años para que aquellos sordos gobernantes con sus miopes asesores de cabecera empezaran a reconsiderar sus descomponedoras políticas de “apertura”. No podían seguir despreciando lo social, lo cultural y lo humano para reducirlo homogéneamente a lo económico, como lo han querido los neoliberales y los planificadores estatales, sin generar dislocaciones, injusticias y crisis estructurales, cuyos malos efectos se han ido extendiendo a todas partes, afectando especialmente a los pobres y marginales.

La resistencia inicial a lo neoliberal dentro de esta globalización homogenizante fue creciendo hasta arrinconar en parte a los

poderes mundiales. Perseguidos por las masas inconformes, ya para los poderosos no hubo otro sitio adecuado para volver a reunirse que el emirato desértico y feudal de Qatar, lugar simbólicamente significativo del tipo inerte y arenoso de mundo al que nos quieren llevar para que sólo quede la economía monopolizada, la de la violencia de los pocos sobre los más. Fue entonces necesario preguntarse sobre qué clase de globalización se estaba hablando, por las diferencias en sus efectos sobre las sociedades. Por eso es significativo que ahora haya tales resistencias igualmente en sectores insatisfechos y expectantes del primer mundo, como las juventudes y los universitarios. Las revueltas callejeras contra el Fondo Monetario Internacional y los ricos del G-8 en Ginebra y Lausana (donde residen los poderosos gnomos del capitalismo financiero) son síntomas positivos de protesta por el adverso cambio social que sufrimos en el Sur, los que buscamos un mundo mejor, más justo, democrático y participativo. Hoy muy pocos se declaran neoliberales: les da vergüenza. Sin embargo, quizás por inercia, aspectos de su orientación siguen vigentes. De allí la necesidad de seguirlos combatiendo.

¿De dónde provino y cómo y cuándo se fue articulando esta desigual y policefálica doctrina? Todos lo sabemos: provino de las altas esferas del poder y del conocimiento de Europa y Norteamérica, es decir, de los nichos generadores de la civilización occidental. Muchos interpretaron a la globalización como sucesora natural de las ideas de progreso y libre cambio introducidas por los filósofos de la Ilustración. Tiene poco nuevo desde este punto de vista; pero sus adherentes lograron detectar, desde la década de 1970 por lo menos, que la profecía de Carlos Marx sobre las tendencias expansivas universales del capital se estaba cumpliendo. Para aquéllos, alegría por el libre mercado y la acumulación infinita que ya se dibujaban desde la época colonial. Para nosotros los del común y los del Sur, tocaba apretarnos el cinturón y sufrir adicionales penurias. Por fortuna, a la obnubilante doctrina de la globalización se le podía descubrir el talón de Aquiles. Sus limitaciones en cuanto a la pobreza, el desempleo y el hambre, por ejemplo, pronto quedaron al

desnudo y en escándalo de lo insoluble. Ahora, al seguir el examen, sólo necesitamos disparar al talón que toque.

Como enemigo de las formas patológicas que la globalización ha tomado, en especial con las políticas antipopulares, quiero recomendar que avancemos en el estudio de sus características, porque ello, por supuesto, ayuda al necesario contraataque del qué hacer. Es lo que me propongo esbozar ahora.

Tejido analítico-normativo del fenómeno

Para empezar, ya sabemos con mayor certeza que la desenfocada e injusta globalización que hemos conocido, es como un entretejido de dos hilos: uno analítico, para describir sus principales factores intervinientes, que son de naturaleza económica, política y cultural; y otro normativo, para destacar los valores subyacentes a los resultados que persigue en lo económico, lo político y lo cultural. No todos estos resultados son de rechazar: los pueblos en su sabiduría y con el sentido común —como lo han hecho antes— pueden escoger y adoptar algunos de ellos; pero éstos deben ser determinados con cuidado, en especial sobre a quienes benefician o perjudican, en qué monto y a qué costo.

De allí que parezca válido ver a la globalización como una forma polivalente de llegar a la prosperidad o felicidad general, pero si se ejecuta bien. ¿Cuál es su alcance real? Según las políticas públicas que se adopten. Aquellas inspiradas en el neoliberalismo, ya lo hemos visto, han aumentado la miseria y las inequidades del mundo, pero en países desgraciados como Colombia, donde las maldiciones de esta escuela siguen de manera increíble aferradas al poder estatal, las miserias aumentan.

Pongámonos entonces los lentes de la hermenéutica para criticar estos mismos fenómenos. ¿Qué resulta? Podemos interpretar ahora la globalización por lo menos de tres maneras: primero, como una serie de discursos muy diversos, por ejemplo, sobre capital social, tecnología comunicativa, impacto cultural, etc. Segundo, como un proceso inducido por acuerdos o reglas de desarrollo económico, como los del Banco Mundial, el posible ALCA, y la Organización

Mundial del Comercio. Y tercero, como una institución macro o conjunto de instituciones macro, cuyos ejemplos más notables son las corporaciones multinacionales, muchas ONG, los tratados regionales, iglesias universales, y otras entidades y burocracias sin ciudadanía fija. Los interesados pueden concentrar productivamente su atención sobre cualquiera de estas tres modalidades.

Referencias territoriales

Si este tipo de análisis resulta insuficiente, podríamos entrar todavía más a fondo y estudiar las relaciones establecidas entre sociedades concretas y las prácticas que permiten o fomentan la globalización, especialmente desde el punto de vista de las libertades individuales y colectivas. Hay el marco fundamental de este tipo espacial/territorial: el de los Estados-Naciones que han cedido, a nivel supranacional y más o menos voluntariamente, parte de su soberanía.

Desde el punto de vista espacial —muchos lo han dicho—, la globalización es un proceso de doble vía que va y viene desde arriba, en las altas esferas de las sociedades, y de abajo para arriba, desde las localidades y regiones con la gente del común y su cultura ancestral. Los canales de arriba abajo han sido dominantes y vienen condicionados por las oligarquías de la civilización occidental eurocéntrica y euroamericana y por sus contrapartes nacionales debidamente actuando como colonos intelectuales. Aquí confirmamos que la occidental es la civilización de origen que provee el sabor y el cemento para la expansión estructural de la globalización. Es su meollo geopolítico.

Este sabor es tenaz y sumamente contagioso. Se transmite en formas culturales, educativas y hasta subliminales que han usado al máximo las ventajas de la tecnología en los medios de comunicación; estos medios no perdonan diferencias geográficas, raciales o lingüísticas: afectan prácticamente a todo el mundo casi sin diferencias de edad o sexo. Es un efecto de contenido y forma sobre gustos y patrones psíquicos, que se prestan a la manipulación y son, en cierta forma, síntomas de opresión.

Una respuesta: glocalización contra eurocentrismo.

Esta referencia-marco a naciones existentes cubre localidades y regiones específicas. La calidad localista tiene interés para los oponentes, porque abre un portillo de esperanza para combatir los malos efectos parciales de la globalización, determinar sus flancos débiles y enfrentarlos con fuerzas territoriales de resistencia. Estas fuerzas, pocas veces anticipadas y menos aún apreciadas por los economistas que fungen como asesores de gobiernos, son las que, una vez articuladas, dan origen a una realidad política contemporánea con un fuerte sentido crítico, cual es el de la “glocalización”, que cambia la “b” de “bárbaro” por la “c” de “corazón”.

Según Boaventura de Souza Santos en su libro *Hacia un nuevo sentido común* (1995), se trata de “localismos globalizados” y de “globalismos localizados”, que muchas veces van acompañados por movimientos sociales y políticos y otras expresiones de la sociedad civil. Esta es una hipótesis feliz que favorece nuestro enfoque crítico. Coloca bases para nuevas prácticas de ciudadanía global que convergen en lo que hemos bautizado ya como “glocalización”.

Pero en estas mismas formas y medios peligrosos y ambivalentes aparece un factor analítico limitante de gran interés para montar nuestra defensa en el mundo del Sur: este factor es la determinación contextual del eurocentrismo nodal. Tal como fue definido por el colega egipcio Samir Amin en 1986, el eurocentrismo es la expresión culturalista de las tendencias expansivas del capitalismo. Como tal, es componente articulador de la globalización reciente que llega a nuestros campos y ciudades, el que socava nuestras costumbres, idiomas y visiones cósmicas.

Para entender el impacto de este otro fenómeno, es necesario contextualizar los procesos involucrados. El hecho de que nuestro entorno sea el muy especial y maravilloso de los trópicos y subtropicos andinos y amazónicos, condiciona y limita los efectos distorsionadores y perjudiciales de la globalización capitalista. Aprovechemos al máximo esta ventaja diferencial de origen por el saber local, la genética y la historia. Hay multinacionales farmacéuticas engolosinadas con nuestra biodiversidad por viejas razones de

explotación. Hoy, por fortuna, asistimos a una rebelión muy extendida contra las influencias y efectos del eurocentrismo elitista y hegemónico en los campos cultural, económico, científico y técnico. Es una rebeldía por la justicia que se expresa en la glocalización. Ésta ofrece un interesante enfoque alternativo para el qué hacer, que también es mundial; pero desde el lado opuesto en la estructura social y territorial para buscar la emancipación de los pueblos, algo que puede equilibrar las fuerzas monopólicas y opresoras de Occidente.

Sigamos, pues, cambiando dialécticamente la feroz “b” por la esperanzadora “c” de la glocalización. Esto se hace muchas veces con prácticas sencillas pero eficaces. Por ejemplo, en el caso de la Costa Atlántica colombiana, ello requiere reforzar políticas culturales y económicas dirigidas a defender las clases productivas y trabajadoras, los grupos indígenas y afrocolombianos; revivir raíces étnicas, costumbres y lenguas autóctonas; apoyar a los juglares y festivales de la música popular; recuperar la historia campesina, regional y barrial; honrar a los luchadores y soldados del pueblo y no sólo a los generales de los ejércitos; estimular la investigación de los contextos propios y la creatividad científica y técnica; y sobre todo tener autoestima y actitudes de dignidad y respeto por las características esenciales de las regiones territoriales. Todo esto sumado y defendido es imbatible. Además, está pleno de vivencias y satisfacciones incomparables.

Otras alternativas del qué hacer: segundas repúblicas

Como lo he recordado, el conflicto que queremos estudiar y comprender está planteado y va en curso, con erupciones en diversas partes de la tierra. Las alternativas geopolíticas sobre tácticas y estrategias son pocas: o dejamos que se establezca el imperio neoliberal armado y unipolar, que bien estudian Toni Negri y Miguel Hardt en Imperio. O toleramos que se sigan deteriorando las estructuras en crisis de las Naciones-Estados del modelo westfaliano centralista, como es el caso de Colombia y de muchos otros países. O propugnamos por la lucha desde abajo, con

la glocalización cultural, económica y política como punto de referencia y signo de resistencia.

Me parece que esta tercera opción es la que debe ser la de todos nosotros los que estamos auténticamente preocupados por la horrenda situación creada por los defensores del sistema dominante. Si esta opción se desarrolla, parece inevitable que lleve a cambios fundamentales en materias tales como la concepción de la autoridad legítima y la de la política, la corresponsabilidad de gobernados y gobernantes, la veeduría socioeconómica comunal y la economía solidaria; abriría las compuertas para otra gran revolución, evocadora de las del pasado, aunque quizás sin los servicios de partera de la violencia armada tradicional.

Esta otra gran revolución se puede fundamentar en la acumulación organizada de experiencias, luchas y saberes que suministran los diversos frentes de la glocalización. Si el proceso local se reduce no más que a lo local y coyuntural, y no trata de coordinar sus fuerzas regional y nacionalmente, hasta llegar también al nivel mundial — donde reposa el gigante global enemigo —, poco se habrá ganado. Por lo tanto, la consigna resultante puede ser la siguiente: organizarse políticamente y combatir por el dominio del poder estatal en todas partes, para arrancarlo de las manos de quienes hoy lo aprovechan en perjuicio de las mayorías productivas.

Esta consigna, por supuesto, no es nueva: es cíclica, quizás permanente. Para estos grandes propósitos han servido siempre los movimientos sociales y políticos abiertos, pluralistas y participativos, así como los partidos de la izquierda democrática y socialista que, como los de América del Sur con el PT brasilero a la cabeza, nos han dado fructuosas lecciones. A ellos tengo el privilegio de pertenecer, en el Frente Social y Político, hoy integrado al Polo Democrático Alternativo (PDA), de Colombia, que he considerado sucesor de valiosos esfuerzos similares anteriores. Son experiencias sumatorias en las que, en una u otra forma, se ha logrado fraguar el cemento programático o ideológico necesario para conformar organizaciones de masas consecuentes con nuestros ideales. Los amigos de las multinacionales y monopolios, los aperturistas que aprovechan de las privatizaciones de empresas

estatales, también se han organizado en su propia diversidad, creando una aplanadora universal que hay que detener. Nuestro cemento fundante, en mi opinión, no puede provenir de las vertientes dominantes actuales, sino de la renovada ideología del socialismo humanista, libertario y ecológico que es el opositor dialéctico del capitalismo que está llevando al mundo a la destrucción.

Dentro del gran complejo represivo, destaco lo que ha venido ocurriendo con las clases trabajadoras, especialmente en América Latina. Los obreros, campesinos e indígenas están sujetos a una cruel ofensiva que mina sus sindicatos, comunidades y resguardos, recorta sus conquistas e ignora sus derechos. Las prácticas opresoras de los gobiernos en este campo quedan bien ilustradas con el caso de Colombia y lo recientemente decidido aquí, que está erodando peligrosamente el Estado Social de Derecho consagrado por la Constitución Nacional. Estas prácticas opresoras y persecutorias de sindicatos y derechos deben ser corregidas. El monopolio del poder, cuando se expresa unilateral y represivamente como ha ocurrido aquí, viene a ser sinónimo de tiranía. Y la tiranía lleva a la rebelión justa de los pueblos empobrecidos y perseguidos, desempleados, desplazados y explotados.

Este no debe ser el sentido ni la justificación ni el resultado de la tan cacareada globalización. Hay que voltear la torta, y mientras más rápido, mejor. Organización y acción, tal es la necesidad que proviene de la crisis de miseria y hambre, y también de gobernabilidad, que busca paralizar por el terror. La paciencia y la pasividad deben terminarse: por fortuna todavía hay con qué hacerlo, y con quiénes hacerlo.

Estos problemas de gobernabilidad y represión a todo nivel llevan a plantear, finalmente, una fórmula macro que podría sintetizar muchas, si no todas, las metas y aspiraciones políticas que he mencionado. Esa fórmula macro es el establecimiento de nuevas o segundas repúblicas que, inspiradas en pegantes ideológicos alternativos como el socialismo raizal, e impulsadas por éstos, subviertan y suplanten a las estructuras gubernamentales existentes que, por definición y convicción, deben ser transformadas.

Se trata de un proceso más profundo y diferente que los que han llevado a países como Francia y Venezuela a “Quintas Repúblicas”. En Colombia —y en otros países americanos— se empiezan a afirmar pueblos originarios, como son los indígenas, los palenques negros, los campesinos y artesanos antiseñoriales y los colonos-patriarcas internos, al tiempo con valores fundantes y universales como la solidaridad, la libertad, la dignidad y la autonomía. Recobrar y reformar en términos actuales estos valores y los pueblos que los han conservado a pesar de catástrofes seculares, y al repelo del neoliberalismo y la autocracia, puede resultar en la mejor respuesta, de tú a tú, a la globalización capitalista, y con el mejor afianzamiento de los procesos de glocalización.

Todo lo cual puede llevar, a su vez, a replantear alianzas multinacionales en nuestro sur, con la paradigmática República de la Gran Colombia Bolivariana. Serían otras de las grandes respuestas a los retos eurocéntricos aquí revelados.

Conclusión

Redondeando, pues, la argumentación, vemos que para hacer frente con la globalización a los embates de la globalización desafiada, y para defender los espacios populares que dramatizan la historia y cultura de nuestras regiones, naciones y repúblicas, debemos comprometernos activamente con los esfuerzos por reivindicar los valores fundantes que provienen de nuestra diversidad étnica, cultural y natural, en especial los atributos biodiversos de nuestros trópicos. Éste es un gran reto. Aunque pueda haber modernización congruente o armónica con estas políticas, es necesario seguir defendiendo concepciones tradicionales inspiradas en el socialismo humanista y ecológico que ha caracterizado, desde tiempos precolumbinos, a nuestra vida campesina, indígena, silvícola, pesquera y minera. Son otras formas, más humanas, de ser, pensar, crear y producir que los capitalistas no pudieron apreciar, pero que siguen vivas a pesar de todas las hecatombes sufridas desde 1492.

Los elementos afectivos y emotivos de la globalización —los de la vivencia popular y cotidiana y su movilización, que apenas

he esbozado aquí— representan una fuerza antihegemónica que neutraliza la razón instrumental de los procesos de globalización, ese complejo frío y letal que transmiten los expertos eurocéntricos y sus colonos intelectuales, los medios comunicativos y las agencias internacionales. El corazón, tanto o más que la razón, ha sido hasta hoy un eficaz defensor de los espacios de los pueblos que aún quedan en actividad raizal. Tal puede ser nuestra fuerza secreta, aún latente, porque otro mundo es posible. Vale la pena irla desplegando y movilizándolo con toda justicia, contra los poderosos de la tierra que no parecen tener alma.

CAPÍTULO III

ORDEN, TERRITORIO Y POLÍTICA

- **La ley territorial y la crisis política**
- **Autonomía territorial y ubicuidad militar**

La ley territorial y la crisis política

I

Llego a este respetable recinto de la patria colombiana con mucho agradecimiento: ante todo, para los miembros de la Comisión Senatorial de Ordenamiento Territorial, a su presidente el honorable senador Arturo Char, y al secretario ejecutivo de la Comisión, el doctor Gregorio Eljach, por proponer este acto; además para las directivas del Senado de la República por dar nueva vida al estudio y discusión de temas de importancia nacional muy relegados, como los de la descentralización administrativa y fiscal, la regionalización y provincialización de los POT (planes de ordenamiento territorial), y el cuidado de las transferencias, funciones y recursos de las entidades territoriales.

Los dilemas que nos aturden no pueden negarse. Pero aunque existan, también trabajan quienes se esfuerzan por resolverlos. Así, gustoso me asocio a los altos fines de la Articulación

Congreso–Academia (ARCA) que ha mantenido vivo el tema del Ordenamiento. En el acto de hoy se refuerzan los propósitos del ARCA, y espero que reviva su causa. Lo agradecemos los constituyentes de 1991.

Son muchos los aspectos tratados, unos de fondo, otros coyunturales. Éstos se han preferido (son 69 leyes de este tipo) para atender aspectos de reforma agraria, negritudes, uso del suelo urbano, con resultados muy discutibles. Les falta el marco o la visión global. Porque el ordenamiento de los espacios ocupados y no ocupados que corresponden a una Nación es más que un esquema de administración pública interna, sino que incluye cierta exigencia de visión del conjunto, incluso el internacional, y la adopción de una filosofía política para dar sentido y dirección a los desarrollos del ordenamiento como tal. Invito, pues, a retomar lo macro del asunto.

No obstante, hay dos problemas sobre los cuales quisiera llamar la atención. El primero es el tratamiento injusto que nuestros gobiernos han dado al sector rural y a la vida campesina. Es un grave error pensar que este sector veredal y aldeano no es importante. El mundo sigue dependiendo de la comida minifundista, limpia y gustosa, y de los trópicos, para su supervivencia, así no lo crean los neoliberales atrasados. Invito a echar atrás tan contraproducentes políticas.

El segundo problema es el de las trabas que se han venido haciendo a la descentralización administrativa y fiscal. Se ha desobedecido a la Constitución, que buscó un progreso nacional y regional equilibrado. Una meta ha sido la conformación de la República Regional Unitaria de Colombia que refleje mejor nuestras ricas diversidades complementarias.

La política de descentralización debería estar enmarcada en la organización de regiones (se proponen 11) y provincias (se cuentan alrededor de 150), y no en la obsoleta estructura de departamentos y municipios. Hay razones de economía de escala sobre el particular. También razones de geopolítica y gobernabilidad. Al respecto me permito recomendar los trabajos que venimos haciendo con colegas de la Escuela Superior de Administración Pública (ESAP)

—Miguel Borja y Angélica Nieto— sobre gobernabilidad, territorio y cultura. A ellos los remito. Para facilitar la gobernabilidad, he sugerido reformar los artículos 306 y 307 de la Carta para eliminar su subordinación a departamentos y flexibilizar sus límites. Con respeto insistiría en esta medida que se conecta con la aplicación del olvidado artículo 290 sobre revisiones periódicas de límites internos.

De la misma manera, es conveniente abrir el cauce a las etias indígenas sin fomentar la corrupción como hoy ocurre; apoyar las reservas campesinas creadas por ley; y defender a las comunidades colectivas afrocolombianas hoy tomadas por paramilitares que protegen a los capitalistas nacionales y extranjeros de la palma africana. Conviene igualmente defender los vitales reductos ambientales y de aguas, y los parques nacionales y regionales, envenenados hoy por el glifosato.

Por último, en cuanto a la visión macro del ordenamiento del territorio, he invitado a construir un nuevo mapa de Colombia, con divisiones internas racional y socioeconómicamente demarcadas entre regiones, provincias, municipios y distritos, en cumplimiento del artículo 290 ya citado. Hay 19 puntos de conflicto entre departamentos y 98 entre municipios a causa de límites mal trazados o concebidos, que muchas veces han sido ensangrentados.

Comprendo las resistencias que ello ha tenido en el Congreso, porque se trata de circunscripciones electorales. Pero apelo al sentido común y al patriotismo de los parlamentarios para que comprendan que no se les quita el poder político, sino que se reorganiza de manera más amplia, para satisfacer los intereses de los pueblos de base que son, en últimas, las fuentes genuinas del poder estatal.

En cuanto a los aspectos internacionales del ordenamiento del territorio, conviene ir examinando nuestras fronteras con los países vecinos de manera más flexible. No existen murallas chinas entre nosotros. Se ha creado allí lo que un colega venezolano ha llamado “el tercer país”, constituido por comunidades que se acaballan sobre los límites entre los países, que comparten suelo, cultura e intereses

económicos. Campesinos, colonos e indígenas han demostrado su conveniencia en la práctica. Así también se fomenta la integración y conciencia grancolombiana y bolivariana. El mar también debería incluirse como elemento del ordenamiento territorial nacional e internacional, y por eso se puede designar a San Andrés y Provincia como región insular. Así lo esperan los isleños.

II

Como podrá apreciarse, son muchas las cargas que el Congreso Nacional no ha resuelto todavía sobre el estratégico tópico del ordenamiento territorial. Por supuesto, el ARCA será de gran ayuda. Ya vimos que sin este ordenamiento no son posibles ni el país con el que soñamos ni su nuevo mapa. No que el Congreso sea flojo (recordemos que van 19 frustraciones de la ley orgánica), pero no se le puede castigar, a él solo, por la negligencia. Por eso me opongo al cierre del Parlamento como algunos han pedido, porque hay que ampliar, nunca reducir, los espacios de la democracia, así sea tan defectuosa o en ciernes como la nuestra.

Al ampliar la percepción, otras instituciones quedan comprendidas hasta ver a todo el régimen político conspirando internamente para defender reducidos intereses, quedando así culpable de ilegitimidad. El régimen no sólo es culpable de que el ordenamiento territorial no se haya desarrollado como en tantos otros países, sino que también es el teatro donde se aprecian las fallas más prominentes.

Entre las observables, la más dolorosa es la de las faltas contra la ética pública y también la personal. Hay una crisis moral de gran entidad, denunciada ya desde hace medio siglo por Gaitán, tan notoria que sorprende el silencio que al respecto han tenido las instituciones de guarda, como son la iglesia católica y las iglesias evangélicas. Ni cardenales ni pastores han hablado con convicción al respecto, y poco han hecho en la práctica con excepciones notables, por ejemplo el padre Camilo Torres y los sacerdotes de Golconda.

No es necesario recapitularlo todo, tarea que otros han hecho, porque todos lo hemos sufrido en una forma u otra: van desde fraudes electorales gigantescos, como los de “Jorge 40” en la Costa Caribe —en realidad inaugurados con el famoso Registro de Padilla de 1903 que abrió el portón del palacio presidencial a Rafael Reyes—, compra de votos, coerción armada, intimidación al ciudadano, que culminan en la desanimante alta abstención. Queda en el ambiente un vago pero fuerte olor a inseguridad con podredumbre que el historiador Marco Palacios ha llamado “legitimidad elusiva”, esto es, la que no puede decir su nombre ni mostrar su cara toda, porque se esconde de la investigación neutral. Lo más subterráneo de este proceso es una triste decadencia de valores y actitudes que Leopoldo Múnera ha bautizado como “mutación de valores”, aquel proceso que permite ir tolerando fallas, faltas y crímenes para asimilarlos al sistema social, de allí el llamativo fenómeno que fue San Pablo Escobar en Antioquia.

Toda esta parafernalia conocida ha venido pasando del control de la élite o clase dominante tradicional, más bien pacata aunque dura de alma y férrea de estómago y bolsillo, orientada hacia los países del Norte, control que pasa a otra agrupación dominante más bien ruda y sin escrúpulos, afianzada en riquezas mal habidas, al principio estrambóticas, pero que con la mutación de valores se fueron haciendo más y más aceptables: las del tráfico de armas y de drogas, bases concretas de lo que hoy se denomina “la parapolítica” como fenómeno de decadencia general de la sociedad y del Estado colombianos.

El proceso no habría tenido mayores repercusiones que la de la prohibición norteamericana del alcohol, o la del contrabando europeo durante La Colonia, si no se hubieran abierto las fauces de la ambición acumulativa y la libido imperandi. Con la excusa de combatir la subversión guerrillera y fomentar el “desarrollo económico”, ahora podían plantearse tesis políticas y buscar modelos ideológicos competentes. La mutación fue rindiendo frutos hasta culminar en gobiernos locales y nacionales tomados por la clase emergente, y en su evangelio seglar, el Pacto de Ralito de 2001, en el

que los nuevos ricos, empresarios, políticos y genocidas se embriagaron con la idea de “refundar la patria”, claro que de acuerdo a los propósitos acumulativos y heterodoxos ya ensayados y comprobados en las regiones.

Pero la parapolítica ya había nacido y su cuna se mecía muy oronda en el propio palacio de los presidentes como antes se había hecho con “chulavitas” y “pájaros” en presidencias anteriores de triste recuerdo para la “seguridad democrática”. Así se fundó y ha seguido funcionando para nuestra vergüenza nacional el criollo “Reino de Tánatos”, el de la muerte.

¿Podrá ser éste el destino de los colombianos? Hasta miembros de la clase dominante tradicional, asustados por el Frankenstein que crearon, tardíamente quieren someterlo con los heroicos esfuerzos de la Corte Suprema de Justicia. ¿Cómo pensar sobre Colombia sin esta horrible pesadilla que la ambición de algunos compatriotas autoritarios han fraguado? Los culpables están a la vista y en el poder. Realmente no se lo merecen. Los otros culpables siguen matando.

En este contexto, la esperanza también puede cifrarse en un Congreso renovado y valiente, que no se deje domeñar por intereses tan bastardos. Pero se ha visto envuelto en los sudarios de Ralito. Si las cosas vuelven a sus sitios, por lo menos a las condiciones del idealismo constructivo de la previolencia, podríamos pensar aquí otra vez en procesos incompletos y frustrados, como la Reforma Agraria de 1936 o las leyes ambientales de 1993. Y el Congreso podría considerar, por vigésima vez, una ley madura y consensuada, nueva en su expresión, sobre el ordenamiento territorial.

No obstante, la terapéutica se ve difícil, aunque no tan lejana. No hay cuerpo que aguante cien años, decían nuestros abuelos. Aunque hay graves problemas de gobernabilidad, abundan propuestas de solución. Nuestra juventud parece despertar de su letargo modernista, ya atrasado, y de ellos mucho depende que salgamos del pantano. El factor de la ilegitimidad de origen, complicado con la grave crisis moral, la estabilidad, la eficacia y la imagen del régimen. Ya le es difícil ser elusiva y el teflón ha perdido su

peluche. El pueblo empieza a descubrir, por fin, que el rey ha estado marchando desnudo, sin darse cuenta. Al mandatario desnudo no le queda sino apelar a improperios y a la resurrección del trasnochado macartismo americano, como lo ha venido empleando contra compañeros de mi partido el Polo Democrático Alternativo (PDA), del cual tengo el placer de ser presidente honorario. Me solidarizo con mis compañeros de lucha y con su labor en el Congreso.

La situación del país es tan crítica que no cabe sino pensar en actos heroicos y totales, como cuando Catilina inventó la subversión moral al encabezar la justa rebelión de los esclavos contra Cicerón y los otros miembros corruptos del Senado Romano. Abrigo aún la esperanza de nuestra superioridad tropical, la inventiva de nuestros pueblos originarios, las bases organizativas de nuestra propia democracia radical, la que el Polo ha venido proponiendo hacia un nuevo socialismo raizal. Allí encajaría mejor el ordenamiento territorial que hemos venido buscando.

III

Para terminar, no sobra repetirlo: los aspectos morales de la actual crisis afectan negativamente las decisiones institucionales sobre ordenamiento territorial y muchas de otra índole. De allí surge la esperanza de que el Congreso histórico —el de Nariño, Uribe Uribe, Gaitán y Molina— complete su necesaria purga y pueda volver por sus fueros primigenios, como lo quiere la mayoría de los compatriotas preocupados por el futuro. No podemos seguir como vamos, ni gobernados como vamos, en un país que tirios y troyanos ven ya como una nación paria. Es el mayo descrédito universal para Colombia, como ya lo estamos viendo y se repite en las cancillerías últimas, que tienen largos rabos de paja, y como lo han percibido los cuatro millones de compatriotas inteligentes que decidieron emigrar.

Por supuesto, es muy honroso recibir esta medalla, pero cuando ocurra aquella vuelta por los fueros del Congreso, me colocaré otra vez esta espléndida condecoración, con doble emoción: la del generoso recuerdo de ustedes aquí; y la de la misión cumplida que

realicemos con nuestros pueblos fundantes con el pulcro liderazgo del renovado Congreso popular.

Por eso hago más las reflexiones de Alberto Lleras sobre el “propósito nacional”. Como él, yo soy más adepto a figuras honradas y rectas como el radical Aquileo Parra, presidente de Colombia en 1876, y Pedro Justo Berrío, del Estado Soberano de Antioquia desde 1864, que son de mayor calado que las calculadas movidas de un Rafael Núñez en la desfigurada versión mediática del actual presidente de la República.

Colombia y su Congreso democrático sobrevivirán estas catástrofes producidas desde arriba, desde mansiones y palacios. Ustedes alcanzarán a verlo si trabajan por la vía del renacer huitoto, el *Kaziyadu*. Que Colombia os premie por vuestros esfuerzos de renovación. Y que las luces de la dignidad y de la rectitud vuelvan a ser guías supremas de nuestra conducta personal y colectiva, en bien de la patria común.

Autonomía territorial y ubicuidad militar

Me perdonará el señor gobernador y amigo don Angelino Garzón, por añadir la dimensión del pasado a la tarea que me puso para la presente reunión. Aunque me resulte más largo, veo que para entender lo que al respecto nos está pasando hoy debo recalcar el punto de partida histórico. Encuentro aquí razones importantes para rechazar aspectos de la política de ocupación militar del espacio que acaba de enfatizar el Presidente de la República, política que, en mi opinión, frena la consideración del tema que hoy nos ocupa, al ir a contrapelo de la tradición de nuestros pueblos originarios que es justamente autonomista. Desgraciadamente tal es el caso de los campesinos de Urabá y de las 52 “comunidades de paz” desperdigadas por buena parte del país como baluartes para detener la maquinaria de la guerra civil que nos afecta desde hace tiempo. Por esta causa, como lo explicaré enseguida, tengo dudas sobre la viabilidad del ordenamiento territorial en el Valle del Cauca y en Colombia, en el momento actual.

Me refiero a los cuatro pueblos fundantes de nuestra nacionalidad, como son los siguientes: los indígenas desde los tiempos precolombinos; los negros cimarrones rebeldes contra los esclavistas desde el siglo XVII; los campesinos-artesanos pobres de la época colonial y los colonos agrícolas en expansión desde el siglo XIX. Todos ellos, mezclados o por separado, en su momento y a su manera, ocuparon el espacio territorial de la futura Colombia como aspiración voluntaria, con base en derechos consuetudinarios universales por la vida y el trabajo en comunidad, con los cuales lograron resolver los problemas de la ocupación, producción y reproducción económica y social de los habitantes. Estos pueblos originarios están en las raíces históricas de las comunidades de paz y de muchas otras del campo que se favorecen de nuestro rico y excepcional entorno tropical que es envidia del mundo.

Aquellas tareas, que expresan el derecho natural por la vida, se realizaron entre nosotros casi sin coacción superior o externa. Para ello han contado con líderes informales que encarnaron la historia oral y la cultura ancestral. Las autoridades ciudadanas, por regla general, sólo han tomado descuidada nota de tales procesos lejanos. De allí ha nacido el sentido de autonomía civil y el estímulo a la creatividad de aquellas comunidades.

Lo interesante del asunto es que de esta manera aislada y pacífica han venido creciendo los lugares escogidos, con sus propias y suficientes prácticas y normas. Y que cuando allí irrumpieron por fin agentes del Estado, por lo regular armados, se sembró entonces la violencia estructural exógena, y muchas veces desbarató la sosegada atmósfera local de paz y ayuda mutua que se había formado. Ésta no es tesis nueva, y contradice mucho de lo que escribió Hobbes sobre el Leviatán. Aquí hay que apelar a otros observadores menos pesimistas, como Rousseau, Kropotkin y Thoreau, padres de las teorías modernas sobre participación popular, cooperativismo y anarquismo filosófico o libertarianismo, que son las columnas que sustentan los principios sobre autonomía territorial funcional y real de comunidades rurales como “las de paz”. Se trata de un derecho reconocido como inalienable por las Naciones Unidas en

su Declaración sobre Derechos de los Pueblos, y por la Organización de Estados Americanos en su Corte Interamericana para los Derechos Humanos, como se nos hizo recordar hace pocos días.

El pasado

Lo que acabo de decir queda confirmado por la dinámica propia e inventiva señaladas de los grupos originarios. En primer lugar, desde antes de Colón los aborígenes han ocupado y hecho producir nuestros territorios de manera comunal y colectiva, en ricas formas tribales, sin producir serios conflictos entre ellos. Quizás había suficiente espacio para todos, como en el Valle del Cauca, donde cohabitaba una docena de tales tribus, luego reconocidas como resguardos por los españoles. En general, nuestros indígenas mantuvieron estas normas solidarias de organización social, aguantaron la hecatombe de la Conquista y del liberalismo ilustrado después, y se sostuvieron semiaislados sobre la tercera parte del territorio nacional. Allí siguen dando lecciones impresionantes de resistencia civil, como también en otros países de Norteamérica y Sudamérica con el respetable concepto de “nación indígena” que es autonómico.

Por otra parte, de los cimarrones hemos heredado los ideales libertarios de sus palenques, a partir de la invención de éstos por Domingo Bioho en Matuna al sur de Cartagena, idea salvadora de la raza y cultura negras que fueron extendiéndose por los recovecos geográficos de la otra tercera parte del país, hasta llegar a las montañas del río Palo en Puerto Tejada y del río Patía en el Cauca. Los palenqueros se organizaron solos con su “rey del arcabuco”, “cabildo de negros” y tierras colectivas, casi intocados por las autoridades. Por supuesto, para estas se trataba de rebeldes, díscolos o pecaminosos. Pero leyendo entre líneas lo que sobre los palenques del río San Jorge, por ejemplo, escribió Fray Joseph Palacios de la Vega, se nota que estaban contentos con el género de vida en su libertad selvática. No necesitaban que los blancos les “civilizaran” con la cruz y la pólvora.

A los campesinos payeses y artesanos pobres de la Hispania que llegaron acá como polizones escondidos en los navíos de la colonización debemos los colombianos la fundación de muchos pueblos, incluso vallunos. Como valiosa mano de obra, trasladaron de la España medieval la fuerte tradición antiseñorial de los fueros que hasta los reyes debían obedecer. También nos trajeron los cabildos de vecinos, el municipio y la provincia. Fueron ellos los comuneros que nos demostraron cómo muchas veces “las leyes se obedecen pero no se cumplen”, los que organizaron revueltas contra virreyes y audiencias, los que mestizaron a la población y enseñaron los valores de dignidad de los pueblos.

Por último, los colonos internos fueron llenando con su brío aquellos intersticios en valles y vegas tropicales que quedaban entre las ciudades donde se cocinaban las guerras civiles, el gamonalismo y el ambicioso juego por el poder estatal. Los colonos huían con frecuencia de esas guerras fratricidas y buscaban reconstruir sus comunidades en paz y en aislamiento relativo, por donde no les encontrarán los reclutadores de los ejércitos partidistas. Y lo hicieron con la sola autoridad de sus patriarcas carismáticos y con sus comités de trabajo colectivo y distribución de tierras, sin apoyos ni interferencias del gobierno. Produjeron así en piedemontes centrales como los del Valle del Cauca, con orgullosa independencia, la más próspera clase media rural de las Américas y un aceptable ordenamiento del territorio.

Tal es el pasado autonomista, libre y mayormente pacífico de donde todos provenimos, donde se fue creando, en nuestro paraíso ambiental, la nación colombiana.

El presente

Del trabajo y la energía creadores de estos cuatro grupos originarios de nuestra nación surgió la actual estructura administrativa de corregimientos y veredas, municipios, provincias o subregiones y departamentos. De los mismos antiguos grupos y de su iniciativa, podrán organizarse las nuevas Regiones Autónomas que propone la Constitución de 1991 como convenientes metas de

desarrollo nacional. Todo ello se ha hecho prácticamente sin la intervención de autoridades centrales, con frecuencia ignorantes de la realidad local. Desafortunadamente, esta intervención central ha sido fuente de errores, violencias y abusos, como ocurrió en los primeros años del actual conflicto, cuando prácticas criminales se convirtieron en política oficial. Y en muchas localidades antes quietas y pacíficas, la violencia llegó para quedarse y desorganizarlas.

Todavía ocurre así. Es lo que veo que se pretende repetir hoy con herederos y actores de nuestra tradición democrática raizal, como son las llamadas comunidades de paz. Ahora al contagio violento se le quiere dar una justificación disfrazada: la de la doctrina de la “ubicuidad militar” con una ambigua tesis de que no debe haber espacios vedados para la fuerza pública en el territorio nacional, sin un solo centímetro vacío de tropas. No se percatan quienes así sostienen que, aparte de sus falacias ahistóricas y fallas éticas, dicha doctrina convertiría al Ejército Nacional de un consagrado instrumento de defensa territorial en un espantoso ejército de autoocupación.

No hay tiempo ahora para examinar los efectos que esta doctrina tendría sobre el curso de asuntos normales, como los relacionados con el ordenamiento territorial que interesan al señor gobernador del Valle. Debo limitarme a los deletéreos efectos que la tesis de ubicuidad militar tendría en aquellos lugares donde se supone que lleve el propósito de desarrollar la sedicente “seguridad democrática”.

Expresada como viene dicho por el presidente Uribe, esta tesis es totalmente hipotética y equivale a calcular, en otro campo y desde el medioevo, cuántos ángeles cabrían en la cabeza de un alfiler. Teóricamente es posible concebirlo. Pero aceptar aquella doctrina lleva al absurdo de la plenitud disfuncional: si se necesitara colocar un policía en cada centímetro del territorio, el sólo pensarlo como política de Estado, aún con toda su imposibilidad física, induciría a la ilusión de un gobierno tiránico, como el del Gran Hermano de la antiutopía de Orwell con su ojo vigilante en cada esquina. Esto sólo puede ser concebible en regímenes policivos de ingrata memoria.

Sin embargo, en la práctica real —como bien lo recuerdan recientes artículos de Jesús Abad y Francisco Gutiérrez Sanín en

la gran prensa— los estadistas serios saben que aquella doctrina de la ubicuidad militar debe estar sujeta a las circunstancias y a la necesidad de su justificación, esto es, depende de la conveniencia pública. Pero como ocurre con la serpiente del Uroboro, la tesis de la ubicuidad de la fuerza pública termina mordiendo la cola. Porque lo público es lo que da sentido y sabor no sólo a los centímetros ya ocupados por la población trabajadora, sino lo que justifica la existencia misma de las Fuerzas Armadas, así como la legitimidad del monopolio estatal de la violencia.

En esencia y en últimas: en una democracia funcional es el pueblo mismo el que debe definir dónde, cuándo y cómo quiere y/o necesita la presencia de agentes del Estado. Desde este ángulo, la autonomía territorial equivale a lo opuesto de la ubicuidad militar, y ésta llevaría paso a paso hacia el abismo de una tiranía centralizada, que llevaría a su vez a la disolución de la nación colombiana.

Esta razón primaria contra el espectro de la tiranía, que es tan antigua como la clásica doctrina de san Ambrosio y san Agustín sobre la justicia, es lo que me lleva a rechazar por inconveniente y peligrosa, la “nueva” Doctrina Uribe a que he hecho referencia. También esta razón nugatoria lleva a exigir que las guerrillas, los paramilitares y los narcos y otros grupos armados deben igualmente respetar ese inalienable derecho de las gentes a gozar de sus propias instituciones con el ordenamiento territorial resultante. Pero no sería aceptable ni ético —aun si las guerrillas se “metieran” en las comunidades de paz, como se aduce para San José de Apartadó— que el gobierno nacional siguiera este mal ejemplo con sus propias armas y con personal del estamento público, que los colombianos pagamos con nuestros impuestos; o que el gobierno actúe a través de terceros abiertos o encubiertos, por virtud de “razones de Estado” sólo conocidas por cerrados y misteriosos Consejos de Seguridad.

El futuro

Con la doctrina de la ubicuidad militar aplicada al milímetro en Colombia y con tropas de ocupación interna, incluidas las de

fuerzas irregulares, no parece posible desarrollar ninguna norma general constructiva sobre grandes temas políticos normales, como el del ordenamiento del territorio, que llevarían a la paz, el orden y el sosiego necesarios para progresar. No habría futuro para nadie. Primero deberíamos trabajar la paz con justicia social, bien y a conciencia, como se ha dicho repetidas veces en el desierto de la opinión ilustrada.

Me permito entonces preguntar, con todo respeto: ¿Hacia dónde podrán dirigir sus ojos los dirigentes del Valle del Cauca con el fin de crear, digamos, una región autónoma constitucional? Tal proyecto quedaría incongruente con aquella atmósfera policiva generalizada, porque las unidades vitales del ordenamiento territorial provienen de los grupos originarios. El ordenamiento no es primordialmente para asegurar la gobernabilidad de las ciudades: también implica una reforma justa de los campos labrantíos.

En el Valle del Cauca, las realidades circundantes son problemáticas. Por el norte, estaría un Chocó secesionista y sujeto a megaproyectos impuestos por ejércitos enfrentados por el control del espacio. Por el oriente aparecerían comunidades orientadas hacia el eje cafetero con soldados campesinos-informantes descomponiendo con el rigor castrense la esencia de las familias paisas y el confiado espíritu abierto de los viejos pueblos. Y por el sur aparecería una nueva y pujante región surcolombiana, pero con naciones indígenas, comunidades afrocolombianas y pueblos campesinos asediados por un ejército oficial exterminador del virus de la paz autonómica. La situación sería intolerable para el Valle y en el resto del país.

En consecuencia, lo más apropiado para el Valle, en tan trágicas circunstancias, sería seguir como está y proclamarse él mismo como Región Autónoma, en desarrollo de los Artículos 285, 287 y 300 de la Constitución Política. En este caso, se podría reorganizar internamente los espacios territoriales del actual departamento, y crear en ellos provincias sumando municipios u organizándolos en asociaciones, entidades y resguardos indígenas, comunidades colectivas afrocolombianas y reservas campesinas y de colonias dirigidas, de acuerdo con disposiciones existentes que elevarían la productividad agropecuaria

y harían un mejor gobierno de seguridad democrática, incluso ante los retos de la globalización que ha puesto sus codiciosos ojos en el trópico. Se podrían corregir los defectuosos límites municipales, con consulta popular sobre preferencias socioeconómicas y vínculos demográficos, según el artículo 290 constitucional y leyes vigentes.

Además, se podría reorganizar la Asamblea Departamental y convertirla en Consejo Regional con base en círculos electorales provinciales que quedarían allí representados, que cubrirían mejor la extensión regional evitando el sesgado monopolio de la ciudad de Cali sobre las actuales diputaciones. También se aliviaría el gigantismo de esta gran ciudad equilibrando hacia el campo parte de su economía y revirtiendo los excesos de la gente pobre desocupada sin culpa y desplazada por la violencia, que sólo espera una segunda oportunidad sobre la tierra para sobrevivir y volver a ser ciudadanos productivos.

Y mientras tanto, de continuar la crisis bélica anticipada por el presidente, en el caso de San José de Apartadó y de las otras comunidades homólogas, aparecerían para el Gobierno Central otras 52 nuevas razones para extender la guerra con la doctrina de la ubicuidad militar, y tolerar nuevas muertes, desapariciones y desplazamientos como ha ocurrido sin que se hayan hecho investigaciones ni castigos satisfactorios. Tal no puede ser el propósito de ningún gobierno o gobernante cuerdo. La tanatomanía no debe seguir siendo política de Estado entre nosotros.

Nos hallamos, pues, ante un peligroso juego entre la autonomía histórica de nuestros pacíficos pueblos fundantes y una incendiaria posibilidad de aplicar un desorbitado derecho armado. Si se aplicara tan desastrosa política, estaríamos entrando a una era de autoritarismo inusitado hasta para la Colombia de hoy, e inaceptable a nivel general para la mayoría de las naciones del mundo y de nuestro hemisferio.

Por lo tanto, muy respetuosamente recomendaría a los anfitriones trabajar por un ordenamiento territorial más adecuado en el Valle y en el país, impulsando circunstancias estructurales de la Nación que resulten más propicias para tan impostergables tareas.

CAPÍTULO IV

SOCIOLOGÍA E INVESTIGACIÓN ACCIÓN PARTICIPATIVA

- **El neohumanismo en la sociología contemporánea**
- **Situación contemporánea de la IAP y vertientes afines**
- **La hora de la antiélite**

El neohumanismo en la sociología contemporánea

Me complace compartir hoy el lanzamiento de la nueva Red Colombiana de Facultades de Sociología, feliz iniciativa que llena un vacío profesional en nuestro país, y departir con ustedes sobre el importante tema inaugural que enfoca a la sociología con lo cognitivo. Espero que las presentes reflexiones puedan ser de utilidad en el valioso esfuerzo de transformar y crear conocimiento en un alto nivel académico. Los asuntos que nos competen como educadores y educandos son apremiantes en un país en crisis como el nuestro. Saber confrontarlos y entenderlos son pruebas reinas de la justificación del esfuerzo que todos realizamos.

Permítanme iniciar estas reflexiones recordando el ya medio gastado tema de la ruptura epistemológica que nos ha llevado a retar algunos paradigmas en nuestra disciplina. Éste ya parece ser un hecho difícil de negar. El enfoque que deseo proponerles al

respecto es sencillo: se trata de preguntarnos si podemos adelantar un tipo de educación universitaria que sea más humanista que la actual, dando por sentado que la que tenemos está cada vez más ligada al dominio de la mentalidad instrumental y al pragmatismo. No se sorprendan de que en esto me salga de las normas imperantes que han venido presionando a nuestras instituciones para que se privaticen y se vayan convirtiendo en negocios. Porque, por supuesto, no estoy de acuerdo con tan degradante alternativa que cierra puertas a la ciencia y a la investigación básica, así como a las clases menos favorecidas. Por algo debemos respetar la ideología universalista que ha caracterizado a nuestras instituciones desde hace siglos como actividades eminentemente públicas.

Esta posición neohumanista se basa en las evidentes tensiones y destructivos conflictos y procesos que el modelo capitalista dominante nos ha traído. La crisis, ya extendida y extendiéndose por el mundo, ha llevado a reexaminar a la persona humana y a ideales altruistas como pivotes del esfuerzo contemporáneo del cambio social.

Nada nuevo, dirán ustedes, y ello es cierto aunque a veces la crisis se disimule o disfrace con falsas modalidades de progreso y modernidad, y con estadísticas y encuestas doctoradas. En los últimos tiempos han surgido matices que dinamizan aquel antiguo ideal que exige no sólo educar para transmitir sino para transformar. Entre estos matices sobresale el énfasis que se adjudica en instituciones de vanguardia a una educación que muestre y valore las diversidades culturales, étnicas y de género, y no preserve los consensos del viejo mundo jerárquico, exclusivista, rutinario y a veces dogmático. La nueva educación humanista sería subversiva y amorosa al mismo tiempo, lo primero —la subversión— por cuanto desarraiga por las bases aquello que es congruente con las utopías; y lo segundo —el amor— porque no puede hacerlo con simple afán destructivo o egoísta.

En este contexto, la educación humanista sigue cultivando el desarrollo de la razón, pero también reconoce capacidades intuitivas, extraacadémicas y hasta esotéricas. Estas son las que

proviene de vivencias y experiencias con frecuencia espontáneas, originadas en la historia de los pueblos y en el sentido común, en esa inteligencia raizal que siente e imagina porque se abre al goce de la vida. ¡Cómo sería de agradable trabajar en una institución que permita estas expresiones, donde no se privilegien las ciencias llamadas “duras”, la objetividad autoreferenciada y lo mensurable, aunque sin desconocerlo en lo necesario! Recordemos que ahora, en la época cuántica, los físicos, los teóricos de sistemas abiertos y los teóricos del caos se han acercado con creciente respeto a nuestras ciencias llamadas “blandas” y están aplicando, con inesperados resultados, principios de origen sociológico, como los que los mismos físicos han llamado “antrópicos”. Parece, pues, adecuado combinar estas vías distintas de obtención de conocimientos, con lo que se enriquece la ciencia en sus varios niveles de producción y con la suma de saberes diversos.

El humanismo educativo tendría que ser no sólo social, vivencial y múltiple, como lo vengo sugiriendo, sino referido a las mayorías populares y a sus historias de base. La universidad y las aulas tendrían que deselitizarse, dejar de ser espacios monopólicos, y ampliarse a contextos comunitarios cuyos problemas y cuestionamientos se incorporaran a la educación superior. También en el pregrado, por supuesto. Las tesis que se desarrollen aquí podrían reflejar esta preocupación por la justicia de las mayorías hoy ausentes, explotadas, ignoradas y sin voz, lo cual llevaría a trabajos bastante originales y, ante todo, útiles para la sociedad.

Por lo mismo, la excelencia de nuestra profesión no podrá medirse con los estándares de especialización de Harvard o de Oxford — muchos de cuyos egresados son de infame memoria entre nosotros como gobernantes y dirigentes — sino en cuanto al nivel de pertinencia que adquieran en su sintonía con lo propio, en concreto, con el trópico que, por fortuna, es nuestro entorno vital. Hay que trabajar con alegría y construir con orgullo el ethos tropical que es propio nuestro.

No predico un absurdo aislamiento sino un equilibrio con referentes endogenéticos. Me parece que nuestros indicadores

de excelencia podrían relacionarse con la manera como nos acercamos a nuestra exuberante y fascinante realidad tropical, que va desde los páramos hasta la selva pluvial en una miríada infinita de sistemas abiertos, y a la forma como analizamos y acumulamos el conocimiento derivado de estos semidesconocidos mundos. En esta forma, una buena escuela científica social sería capaz de realizar una tarea de valor universal, y al mismo tiempo crear conciencia de transformación con vocación regional y conexas con las necesidades prácticas y aspiraciones de nuestras mayorías populares.

Por eso los actuales países dominantes no pueden seguir siendo nuestros modelos, aunque lleguemos a aprender de ellos sobre procedimientos y herramientas técnicas para estudiar e investigar en el terreno, como muchos colegas ya lo están haciendo con buen juicio. Las sociedades dominantes han confesado su propio fracaso en relación con la modernidad capitalista. La idea de progreso humano, la del viejo iluminismo, resultó demasiado ambigua. Acá no nos ha servido mucho. La razón instrumental de este tipo no nos ha satisfecho. Debemos tener la valentía de saber independizarnos y volar con nuestras propias alas.

Hoy podemos ya presentar, de manera convincente, sobre la realidad de una ciencia social activa, la de la Investigación Acción Participativa de reconocimiento universal, con experiencia de campo, servicios sociales significativos en comunidades pobres y marginales, prácticas profesionales reinventadas y adaptadas a las circunstancias del medio ambiente natural. Todo lo cual permitiría cambiar la tradicional percepción académica “pura” o “no contaminada” de nuestra realidad al rebotar, aquellos trabajos, en el medio universitario mismo. Así, a la explosión de la salida al terreno de la realidad, se añadiría la implosión institucional hacia dentro, que podría llevar a otro tipo de universidad, más ligada a los pueblos.

¿Será mucho pedir? Apelo a vuestro optimismo: no nos dejemos dominar por la inaceptable negatividad de Hegel para quien el mundo comenzaba y terminaba en el estado Prusiano y en su “Espíritu”. No creo que los pueblos del Sur del mundo estemos condenados por naturaleza a ser eternos subdesarrollados o malos

repetidores de modelos foráneos de desarrollo en el fondo inaplicables aquí por razones contextuales.

En resumen: el problema cognitivo por ustedes planteado en las ciencias sociales y el de la educación neohumanista tienen que ver con el cambio de paradigmas. Éste ha avanzado. Pero, más que eso, se trata de un problema de praxis formativa cuya solución escapa a la institución elitista y aislada, y pasa a esa alianza de sujetos activos como sería la conformada por los pueblos con su saber y por los disciplinados sociólogos y otros intelectuales comprometidos con su pueblo y con una ciencia útil y más universal.

Situación contemporánea de la Investigación Acción Participación. Vertientes afines

Difusión y aceptación actual de la IAP

Aquella propuesta de “investigar la realidad para transformarla” por la praxis, que algunos articulamos en la década de 1970 en países del Tercer Mundo, ha empezado a institucionalizarse. ¿Esto avanza o retroceso? Todavía no podemos contestar la pregunta, excepto para observar que se ha cumplido la etapa inicial de la implantación y difusión de aquella idea, proceso quizás inevitable cuando la idea demuestra su bondad, así se pierdan un poco sus aristas de nacimiento.

No sobra recordar las principales razones que tuvimos al sembrar aquella semilla de rebelión intelectual como búsqueda alterna en nuestros países. Un propósito fue protestar contra la castrante y fútil rutina universitaria, colonizada por la cultura del Occidente euroamericano, con una subordinación tal que no nos permitía descubrir ni valorar nuestras propias realidades; ello nos hizo trabajar de manera independiente y fuera de los claustros, lo cual, en balance, todavía nos parece positivo. Otra razón, algo quiijotesca y más utópica, fue la de corregir entuertos para mejorar la forma y el fondo de nuestras sociedades en crisis, combatiendo sus injusticias y buscando erradicar la pobreza y otras plagas socioeconómicas producidas por los sistemas dominantes. Lucha dura, cruel

y a veces peligrosa, que en verdad no ha terminado, aunque puedan verse hoy los atisbos de un nuevo horizonte y de otro mundo, quizás más aceptable que el que sufrimos en mi generación.

Describamos, pues, la situación contemporánea de la Investigación Acción Participación (IAP), por lo menos en sus expresiones principales como se presentaron en el 8° Congreso Mundial de Cartagena, en 1997. Al vencer las viejas dudas de académicos y funcionarios, se calcula que la IAP se enseña y/o practica hoy en por lo menos 2.500 universidades de 61 países. La cooptación del método participativo es aún mayor, demostrable al recordar que ha llegado hasta el Banco Mundial y las Naciones Unidas, y que se ha convertido en factor central de planes de gobierno, muchas veces visto como alternativa al concepto de “desarrollo económico y social” que ha ido de crisis en crisis desde hace tiempo.

Tales avances también se expresan en el auspicio y en la continuidad de los congresos mundiales sobre la materia, que se han realizado a partir del de Cartagena (Colombia) en 1977. Ha habido diez congresos mundiales, el último en la Universidad de Pretoria (Sudáfrica) en el año 2003. El próximo será un congreso doble y simultáneo en Holanda y México, el año entrante. A partir del tercer congreso en Calgary (Canadá), los sitios de encuentro han sido en campos académicos. Ahora hay muchas universidades que aceptan tesis de grado sobre temas de IAP y en algunas, como en Ithaca, Uppsala, Bath y Melbourne, se han instituido como programas de postgrado.

El núcleo disciplinario principal de la IAP ha sido sociológico-antropológico, pero se ha extendido su empleo y su filosofía a las disciplinas más diversas, tales como Agronomía y Veterinaria, Medicina y Enfermería, Odontología, Ingeniería, Administración de Procesos, Educación, Trabajo Social, Derecho, Economía, Historia, Pintura y Música, Periodismo y Comunicación, Literatura y Etnomatemáticas.

Puntos de partida y avances teóricos

¿Ha habido avances teórico-prácticos en esta impresionante expansión institucional de treinta años? En mi opinión, sí, y conviene enfatizar que lo alcanzado en este campo ha sido, con

claridad, construido sobre las bases generales propuestas en el Primer Congreso de 1977, a saber:

1. Búsqueda de una ciencia/conocimiento interdisciplinario centrado en realidades, contextos y problemas propios, como los de los trópicos y subtrópicos.
2. Construcción de una ciencia/conocimiento útil y al servicio de los pueblos de base, buscando liberarlos de situaciones de explotación, opresión y sumisión.
3. Construcción de técnicas que faciliten la búsqueda del conocimiento en forma colectiva, la recuperación crítica de la historia y la cultura de pueblos raizales u originarios y otros grupos, y la devolución sistemática y fácil de entender para la gente del común del conocimiento así adquirido.
4. Búsqueda mutuamente respetuosa de la suma de saberes entre el conocimiento académico formal y la sabiduría informal y/o experiencia popular.
5. Transformación de la personalidad/cultura del investigador participante para enfatizar su vivencia personal y compromiso moral e ideológico con las luchas por el cambio radical de las sociedades.
6. Estas bases fueron, en general, producto del ritmo reflexión-acción y de la experiencia de investigadores activos conscientes de los problemas de pobreza y explotación en sus países, así del Sur como del Norte del mundo. Según los análisis que se hicieron en el 8° Congreso Mundial (1997) en el que se contaron 32 vertientes de investigación-acción (11 de ellas participaron en un fructuoso intercambio previo por Internet), la IAP se ha ido desarrollando en oleadas sucesivas de teóricos y activistas, en las que la composición Norte-Sur ha ido cambiando, pasando poco a poco al manejo de las instituciones norteamericanas.

El idioma inglés es hoy el elemento principal de comunicación universal en nuestro campo, el de las grandes visiones comparativas y de conjunto. Pero siguen saliendo contribuciones en lenguas y dialectos que son indispensables para la lucha y el trabajo local,

aunque adolezcan muchas veces de suficiente sistematización, que también va produciéndose aunque lentamente.

En la primera oleada de los años 70, que es la de los pioneros gigantes, hubo predominio claro de los países meridionales: Paulo Freire, Camilo Torres y el equipo colombiano, Rodolfo Stavenhagen, G.V.S. de Silva, Myles Horton y Marja Liisa Swantz. Para la segunda ola, en la década de los 80, se observó un gran repunte con cierto equilibrio regional. En los años 90, el Norte tuvo ya una mayor presencia, con importantes trabajos de colegas universitarios. Aparecieron también trabajos pertinentes en otras vertientes convergentes en varios sentidos, de Robert Chambers, C. Argyris, Bill Torbert, Alain Touraine y David Cooperrider que enriquecieron el campo de la Investigación Acción Intervención rápida o de procesos, y de manera general.

Para terminar el recuento, las siguientes son las principales fuentes en las que, en mi opinión, se observan hoy avances teórico-prácticos sumamente interesantes:

1. El informe bilingüe sobre el 8° Congreso Mundial titulado, *Participación popular: retos del futuro* (Bogotá-New York-Londres 1998).
2. El manual *Handbook of Action Research*, editado por Peter Reason y Hilary Bradbury (Londres 2001).
3. El manual *Handbook of Qualitative Research* editado por Norman Denzin e Yvonna Lincoln (Londres 2000).
4. La revista *Action Research* editada en las Universidades de Bath (Inglaterra) y Western Reserve (USA), por Peter Reason e Hilary Bradbury, a partir de 2003.
5. La revista *Systemic Practice and Action Research*, editada por Robert L. Flood, en la Universidad de Hull (Inglaterra) desde 1999.
6. La revista *Concepts and Transformation* editada por H. Van Beinem en la Universidad de Halmstad (Suecia) desde 1998.
7. Obras básicas como las de la escuela escandinava (M. Toulmin y B. Gustavsen, *Beyond Theory*, Ámsterdam 1996),

las de la escuela iberoamericana (Boaventura de Sousa Santos, *La caída del Angelus Novus*, Bogotá 2003), y las de la escuela australiana (Robin McTaggart, *Participatory Action Research: Contexts and Consequences*, New York, 1997).

Retos para la IAP y otras escuelas

Los conceptos y teorías que, en mi opinión, son los que se encuentran en la avanzada y que, por lo tanto, deberían tomarse en cuenta así en la enseñanza como en la práctica y difusión actuales, pueden resumirse de la siguiente manera, haciendo enseguida la aclaración de que no estoy recomendando ninguna resurrección del colonialismo intelectual de derechas o de izquierdas, ni del Norte o del Sur.

Me parece importante que en cada región, y principalmente en el Tercer Mundo tropical y subtropical donde se originó esta metodología, se utilicen raíces propias de explicación, descripción, sistematización y transformación de los contextos y de las condiciones sociales existentes. En estos procesos no sólo se deben poner a prueba los principios ya fogueados y los de avanzada, sino también proponer conceptos propios e invenciones intelectuales adecuadas y vinculadas a las realidades de donde surgieron.

Creo que éste es el reto especial que tienen hoy las universidades e instituciones de investigación científica en nuestros países. Observo que la IAP, en sus diferentes vertientes, aparece como respuesta a la crisis que experimenta hoy la modernidad romántica, desarrollista y neoliberal, instaurada por fuerzas ideológicas, económicas y técnicas de la Europa de los siglos XIX y XX, como lo explicaron y criticaron en su momento los filósofos de la Escuela de Frankfurt, los neomarxistas y los postmodernistas contemporáneos.

En efecto, las investigaciones más fructuosas cuentan hoy con una batería de apoyos teóricos más amplios que los de los dos siglos anteriores, ahora con marcos interdisciplinarios ofrecidos por notables escuelas de pensamiento y acción, como las siguientes: 1) el holismo humanista, inspirado en los escritos de Gregory Bateson

y Fritjof Capra, entre otros; 2) las reglas sistémicas de Churchman, y las de los sistemas abiertos de Checkland, Mayr y Gadamer; 3) las teorías sobre complejidad de Prigogine y Maturana; y 4) las del caos y fractalidad de Mandelbrot y Lorenz.

Pero, en nuestros países atrasados, ojalá no vayamos a depender de esas teorías exógenas, aunque no las desconozcamos. Como viene dicho, me parece preferible que busquemos nuestras propias explicaciones hacia la construcción de un paradigma alterno, estudiando nuestros grupos originarios o fundantes regionales, destacando sus valores de solidaridad humana. Son grupos que se extienden de un país a otro sin respetar actuales fronteras territoriales, como se observan, por ejemplo, en América Latina con los indígenas precolombinos portadores de valores de cooperación y ayuda mutua; los negros cimarrones en sus palenques, portadores de valores de libertad; los campesinos-artesanos antiseñoriales y comuneros llegados de Hispania con sus valores de dignidad; y los colonos de la frontera agrícola interna con sus valores de autonomía en paz. De los valores fundamentales de los grupos fundantes se deriva un *ethos* mayor identificable con un socialismo raizal no violento, que merece ser rescatado para reconstruir nuestro deteriorado tejido social. Es una tarea posible, parecida a la búsqueda de orígenes que intelectuales alemanes del siglo XIX hicieron a su vez con el concepto de *Ur-Sozialismus*. Y también Mariátegui y Arguedas en el Perú y los fundadores de la República Maya de Yucatán en 1921.

Si a estos planteamientos postmodernos añadimos críticas metodológicas y teóricas de fondo como las de Paul Feyerabend y Jürgen Habermas y, en América Latina, las de Pablo González Casanova, Aníbal Quijano, Arturo Escobar, y otros maestros, no es sorprendente pensar que la IAP y las escuelas o “sabores” afines vayan marchando hacia el paradigma alterno mencionado, que definitivamente no sería funcionalista ni positivista ni estructuralista. Estas escuelas clásicas están quedando atrás.

Creo además que la IAP y escuelas afines de punta son ahora capaces de producir teorías novedosas, como la de la “cosmovisión participativa” del británico Peter Reason, que invita a concebir un

mundo superior al existente en el que se resuelvan las duras crisis cíclicas producidas por la entropía capitalista. O como el concepto de la “investigación de simposio” del australiano Stephen Kemmis, que trata de combinar la razón práctica con la razón crítica y avanzar en el chequeo con la cambiante realidad empírica, mediante métodos más sofisticados que los existentes. Aprender de estas nuevas teorías y conceptos y proseguir la marcha parece ser nuestro destino como intelectuales comprometidos con el cambio radical.

Los desafíos para nuestros pueblos

Finalmente, me parece que hemos resuelto, en esencia, las viejas cuestiones del comienzo de la IAP, tales como los problemas sobre validez y rigor científico; los ciclos o ritmos de teoría y práctica; el equilibrio entre sujeto y objeto; y los retos éticos de la ciencia y la conciencia. Ahora nuestra metodología tiene ante sí el desafío creador de entender y combinar, como paradigma alternativo en el contexto regional, las complejidades de nuestras sociedades: lo oral, lo particular, lo local, lo actual y lo espontáneo de éstas. Nuestras sociedades están descubriendo cómo resistir los embates homogenizantes de la globalización para defender nuestras identidades y nuestras vidas como naciones y pueblos autónomos. Además, tenemos ante nosotros, como parte de la tarea científica, el deber político, objetivo y no neutral, de estimular lo democrático y lo espiritual, con el socialismo autóctono.

Lo reitero: he aquí el gran desafío del momento para todos, así en universidades y entidades de formación como en las comunidades urbanas y rurales donde vivimos y actuamos, para llegar a metas de superación y de participación popular. En nuestros países todavía estamos tratando de dejar atrás las taras del modernismo que heredamos y romper las cadenas del atraso estructural. Para ello necesitamos de nuevos movimientos educativos, culturales, políticos, sociales y económicos en los que cuenten más los grupos raizales de origen, los excluidos, los sin voz y las víctimas de los actuales sistemas dominantes. Así lo observo, esperanzado, en la bienvenida ola socialista mejor enraizada, que ha avanzado desde

el sur del continente suramericano hasta el Ecuador y Venezuela. Nos justificaremos como investigadores vivenciales, decididos y sentipensantes sólo si nos vinculamos a fondo con estas transformaciones fundamentales.

Para ello los griegos nos dieron una buena regla: complementar la praxis directa con la frónesis ética, esto es, que al simple activismo que no puede ser suficiente hay que combinarle la guía del buen juicio, en busca del progreso para todos.

Tratemos de llegar a esta bella meta. Aún con el simple intento, ya nos habremos enriquecido y avanzado. Por eso, como dicen ahora en el ciberespacio virtual de las galaxias: “¡Que la Fuerza sea con nosotros!”.

La hora de la antiélite

La IAP y la Subversión moral

Sobre la investigación participativa ya abundan los buenos textos, como el que trajo el profesor de la Universidad de Pernambuco (Brasil) Joao Francisco de Souza (*La IAP, ¿qué es?*), cuya lectura recomiendo. Nuestra metodología ha superado las viejas polémicas sobre científicidad, neutralidad valorativa y validez de resultados, y ha dado suficientes pruebas de su utilidad en los cinco continentes. Hasta sus cultores han retomado el asunto del paradigma alterno en las ciencias sociales que parece estar surgiendo alrededor de sus principios teórico-prácticos, y así se ha percibido y dicho en el presente simposio. Las ponencias han sido magníficas y convincentes, y la Universidad de La Salle, con este evento mundial, ha confirmado su liderazgo como educadores populares y asumido un cierto papel de vanguardia en nuestro medio, por lo que sus directivas deben ser felicitadas.

Para el nutrido contingente colombiano que acudió a estas aulas, queda una seria responsabilidad: la de demostrar en la práctica y en el contexto propio —el de los trópicos— que es capaz de hacer frente a la actual severa crisis de nuestra sociedad, y trabajar con fuerza en transformarla de arriba abajo. Las razones nos están golpeando todos los días: nos gobierna o nos trata de gobernar una

mafia de origen narcoparamilitar que sólo puede aliviarse buscando paz con justicia social. Las anteriores generaciones y los previos y actuales gobiernos han perdido o están perdiendo credibilidad. La urgencia de hacer algo o mucho al respecto crece de día en día. Quienes conocemos la IAP creemos que por ahí va el camino de la transformación. Y ésta debe ser tan profunda que solo el corrupto de *subversión moral* o total puede incluir lo necesario.

De allí mi nuevo y urgente llamamiento a levantar la voz y movilizarnos para aplicar otra vez, como en anteriores períodos críticos de nuestra historia, la teoría y la práctica de la *antiélite*, un concepto que introduje en los libros *Revoluciones inconclusas en América Latina – 1809 – 1968* (México, 1968) y *La subversión en Colombia* (Bogotá y New York 1967-1969).

Teoría de la antiélite

La teoría de la antiélite no es muy complicada. Observa, en primer lugar, que los órdenes sociales estables funcionan mediante un juego interno de cuatro elementos: valores sociales, normas, instituciones y tecnologías. Variaciones significativas en cualquiera de estos elementos llevarán a transformaciones en los otros. Pero los cambios más profundos y duraderos son aquellos inducidos en la escala de valores, que llevan a crear contranormas y cuerpos antagónicos como las antiélites y los disórganos.

Las antiélites se forman por grupos claves de jóvenes de clases media y alta que, al advertir fallas de conducción política en las oligarquías de sus mayores y faltas de orientación ética en instituciones formativas, se rebelan contra sus mayores y proclaman la doctrina de la rebelión justa, sea afirmándose en santos como san Agustín o san Ambrosio, o en seculares anarquistas o de otras tendencias revolucionarias, como Kropotkin y Rosa Luxemburgo.

Cuando las antiélites triunfan y llegan al poder, cambia el orden social. Pero también puede ocurrir una negativa cooptación de sus miembros por los mayores (con puestos o dinero, etc.) en cuyo caso se frustra la rebelión justa. En el primer caso se trata de una antiélite ideológica; en el segundo, de una antiélite generacional.

Casos históricos colombianos

En Colombia no ha habido transformaciones revolucionarias sin la aparición e incidencia de algunas de estas dos antiélites. En los casos ideológicos ha ocurrido una *subversión moral*, positiva para el cambio estructural. Tales fenómenos han sido observables, con o sin cooptación: desde los años de la Expedición Botánica a finales del siglo XVIII con jóvenes como Nariño, Caldas y Lozano; en 1809–1810 con jóvenes rebeldes como José María Carbonell y Juan Nepomuceno Azuero. En los años de la Revolución de Medio Siglo (1850-1854) se encontraban en las Sociedades Democráticas con Rojas, Camacho, Samper, Murillo y con socialistas como Lorenzo M. Lleras, Nieto y Melo; en las primeras décadas del siglo XX, con universitarios como Olaya Herrera, Gabriel Turbay, Juan y Carlos Lozano, María Cano, Germán Arciniegas, Guillermo Hernández Rodríguez, Baldomero Sanin Cano, Luis Tejada, Alberto Lleras, Jorge Zalamea y Jorge Eliécer Gaitán, del llamado Grupo de los Nuevos que desplazaron a la anterior Generación del Centenario. La acción de éstos llevó a la Revolución (liberal) en Marcha, y el Partido Socialista se fundó varias veces. Casos más recientes incluyen a personas como Gerardo Molina, Antonio García, Camilo Torres Restrepo y los movimientos revolucionarios de la Universidad de los Andes y otras partes, que originaron el MOIR y el M-19. Hoy somos, en parte, hijos de la juvenil propuesta antielitista de la Séptima Papeleta y la Constitución de 1991.

Un nuevo orden social no se ha fraguado de manera armónica en Colombia todavía, frustrado en parte por la violencia pero los efectos de previos procesos de revolución y conflicto han introducido contranormas y disórrganos en las instituciones y fuertes innovaciones tecnológicas. La disrupción de la “violencia” y después la de las mafias del narcotráfico y la parapolítica no han permitido dar el salto al nuevo orden que, según parece, sería de naturaleza socialista y raizal. Se han postulado para el efecto doctrinas de democracia radical. Y se han formado partidos nuevos que reflejan la rebeldía antielitista, como el Polo Democrático Alternativo. Las

crisis se sobreponen y hasta las iglesias católicas y protestantes empiezan a dejar su increíble mutismo.

El reto actual

En este importante simposio de La Salle observo síntomas alentadores de una nueva y constructiva antiélite ideológica, alimentada por disciplinas sociales y técnicas como las de la IAP. Ya era tiempo: nuestra situación sociopolítica y económica de bases es intolerable. La crisis moral no puede ocultarse, ni aún con los trucos mediáticos acostumbrados. La urgencia del qué hacer está acendrada.

Ahora se necesita también otro grupo clave debidamente ilustrado y capaz, que ponga para arriba el mundo al revés que hemos heredado. Es la tarea de jóvenes como los aquí presentes, ansiosos de conocimiento útil y de lealtades políticas satisfactorias. Y se rebelan contra los falentes mayores y contra este fatal estado de cosas.

Me parece, pues, que llegó otra vez a Colombia, con la IAP, la hora de la rebelión justa, que ha sonado antes entre nosotros en inolvidables gestas de acción cívica y movilización popular. Ahora se tienen unas herramientas técnicas e ideas más claras que las que yo mismo tuve en mi juventud. No desaprovechen este buen momento de acumulación científica y tecnológica en bien de la colectividad. Denles el alma y sóplenes el hálito de vida que de por sí no tienen. Que sepan a Colombia, con la curiosidad de "El cucarachero", la imaginación de "Una casa en el aire", la profundidad y seriedad de "Mercedes", el dialógico paseo vallenato.

Con la dinámica humana y técnica de la Investigación Acción Participación, en particular, se puede llegar a las metas del renacer, las del *Kaziyadu* de los huitotos, al que me he referido en varios escritos. Y por eso mismo miro aquí este respetable entorno con grande esperanza. Porque nuestras gentes del común son capaces de pensar, crear y luchar. Para este gran equipo de la nueva antiélite, va mi corazón.

Sigamos entonces adelante con nuestros ideales de lucha y de servicio a los pueblos desvalidos y con la difusión del conocimiento necesario para ayudarles a avanzar y progresar con equidad y

dignidad. Ésta es nuestra ideología, con la que hemos tratado de sobrepasar a los reaccionarios, a los capitalistas salvajes, y al gamonalismo corrupto, entre otros factores de la violencia del régimen actual. Sólo así, subvirtiendo éticamente a la sociedad desequilibrada y a la ciencia explotadora o neutra que la sustenta, podremos justificar nuestra existencia.

Y aquí estamos otra vez, algunos como yo envejecidos y limitados, pero todavía mirando con ojo clínico nuestro intolerable sistema sociopolítico, con sus manipulaciones mediáticas; y hay otros como ustedes, que ayuden a resolver problemas cotidianos, que siguen siendo vitales. No es realista hablar de triunfos finales; pero sí vale la pena seguir insistiendo sobre la transformación, como lo hacemos en partidos nuevos y juveniles y con dirigentes intachables comprometidos con la democracia radical, que es otra forma más descriptiva de ver y entender la Democracia Participativa que prescribe la Constitución Nacional; o también la Democracia Socialista, un pleonasma al que hay que añadir que es raizal, como se viene proponiendo en el continente.

De nuevo, en mi propio nombre y en el de mi esposa, María Cristina Salazar —socióloga como yo, comprometidos ambos con los pueblos originarios—, en nombre de los dos quiero repetir nuestro muy sentido agradecimiento por este magno evento y por el doctorado honoris causa. No fue fácil realizarlo, ahora será más fácil añorarlo.

Se pasa así una encrucijada y se voltea una hoja. Allí estarán ustedes, trabajando por el mejor mundo que con el nuevo paradigma se pueda construir. Con la ayuda del Dios omnipotente y de nuestras vigilantes deidades telúricas, retornen a sus hogares con los recuerdos de estos días y que, como siempre, tengan buen viento y buena mar.

CAPÍTULO V

VIVENCIAS REGIONALES

- **De vuelta a Mompox en compañía de Candelario Obeso**
- **En defensa de la costeñidad y la paz: entre la esperanza y la frustración**
- **El Nariño de Zalamea y la protesta de Los Nuevos**

De vuelta a mompox en compañía de Candelario Obeso

La posibilidad de volver a la tierra de mis ancestros durante la Semana Santa del presente año, para participar en el homenaje a nuestro poeta negro, Candelario Obeso, el primero de América, había llenado de calor mi hogar andino. Ésta importante iniciativa de la fundación del mismo nombre que dirige con dinamismo y amor el profesor Máximo Alemán Padilla me hizo feliz al pensar que iba de nuevo a recibir el fuerte abrazo de Ramón Pupo, el herrero fiel que acompañó mis viajes por la Depresión Momposina. Que iba a oír los nuevos cuentos del poeta Gutiérrez, las risotadas del doctor Serrano, los cordiales gruñidos del profe Orlando Ramírez, y los acordes del piano de don Horacio Rojas, así como la trompeta del Santo Sepulcro. Además quería otra vez gozar de los libros del profesor David Ernesto y de la excelente colección de la Academia

de Historia, y pasar por el dulce de limón de doña Inés Castañeda, el guiso de hicoitea sin cojear en la casa de Enrique Pacheco, el pebre de ñeque de la niña Ana Leonor, los quesitos de pera y otras delicias de nuestro paraíso tropical.

Pero aquélla sólo fue una sensación fugaz causada por mis achaques de salud, que me han impedido viajar a la Ciudad Valerosa. Quise entonces sobreponerme con la relectura del tomo sobre “Mompox y Loba” que escribí en la bella casona donde vivió don Juan del Corral, en la calle de las Tres Cruces. La lectura fue de poca ayuda, porque mis ojos se me aguaron con las lágrimas del recuerdo. No pasé de aquellas páginas en las que relato mi vuelta a Mompox en chalupa desde San Martín de Loba, en plena creciente del río Magdalena a finales del mes de noviembre de 1978.

Aquel viaje chalupero me vinculó a la figura del poeta de los bogas, el montaraz y el río de la patria. Obeso expresó su admiración por el Magdalena en el drama “La lucha de la vida” (aparentemente escrito en Magangue); pero también allí plasmó sus temores políticos y como coronel retirado del último conflicto civil. Llegó a comparar el río y su decaído brazo de Mompox con la suerte de nuestro país. Se quejó entonces el vate de la siguiente manera:

*¡Oh majestuoso río!
¡También en ti la suerte despiadada
hondos estragos hizo!
Tal como en ti, sobre mi noble patria
se cebó el infortunio. Estás desierto,
nosotros abatidos.
El caudal de tus aguas ya copioso,
tan ancho, tan profundo, empobrecido
entre abrojos se arrastra. ¡Sólo penas
marcan nuestro camino!*

En efecto, de mi propio viaje recuerdo, con Obeso, que las aguas del Magdalena empezaban a rebosar su cauce y filtrarse por las sinuosidades de las laderas, haciendo que animales menores y no

pocas familias se desplazaran a sitios vecinos. Allí iban las escamosas mapanás y las vaheantes boas seguidas de salamanquesas, iguanas y escorpiones, saltando de las ramas y reptando por calles y vericuetos para posarse en la horqueta de una casa, en el talón de un zapato o en el fondo de una múcura.

Vuelta tras revuelta, al pasar por los rojizos barrancos de Guamal, iba viendo las espiras negruzcas de las capillas inconclusas de San Roque, Chilloa, Troncosito y catorce otros pueblos que constituyen los extramuros de Mompox. Atracamos finalmente ante el mercado público. La albarrada de la ciudad lucía en todo su esplendor, como muralla de las aguas a su paso por los Portales de la Marquesa, pero eran aguas ya tan turbias y hediondas de Aldrín que los mohanes y el hombre-caimán habían tenido que huir y refugiarse en las frescas aguas de algunas ciénagas cercanas. Iba por allí un río sin sábalos, manatíes, tortugas ni caimanes. Pero ahí mismo, ante los Portales, estaba aún el inclinado campano de los Trespalacios, sembrado hacía más de un siglo, el mismo que vio la llegada de champanes y canoas con sus robustos y vocingleros bogas. Había llegado a Mompox, de vuelta a la historia viva y a la muerta.

Hoy ya no existe aquel campano, y la villa se ha rendido al entorno descompuesto del resto del país. Me ha dolido mucho, como a Obeso en su época, ver tan desigual desplome de la sociedad y la cultura. El caudal de nuestra historia reciente, antes tan ancho, profundo y en relativa paz, va ahora "empobrecido y entre abrojos se arrastra". Porque tal como en el Magdalena, "sobre mi patria se cebó el infortunio". Llevamos medio siglo de una guerra interminable que hoy se pretende desconocer, que sólo debemos a nuestros insensibles e inhumanos gobernantes, pasados y presentes. A éstos les ha faltado la voluntad política del altruismo con la que se construyen y reconstruyen sociedades, o han tenido poco de la inteligencia serena que distingue a los verdaderos hombres de Estado, como aquellos que en el santuario de Mompox el 6 de agosto de 1810 proclamaron con dignidad y valentía la independencia absoluta de La Colonia .

Sin embargo, a diferencia del sentimiento de derrota del coronel Obeso, nosotros ahora no podemos sentirnos abatidos. No sólo “penas marcan nuestro camino”. Al cabo de varias décadas de búsquedas y esfuerzos, en las que los momposinos volvimos a alzar la voz de primeros por los derechos de la provincia, nuevas fuerzas políticas y movimientos sociales de renovación ética y justicia económica se han dibujado con claridad en el horizonte. Parece estar llegando ya desde el sur y el oriente del continente el despertar de nuestros pueblos, el *Kaziyadu* de los huitotos. Tal es, por lo menos, la esperanza que me queda todavía en mis últimos días: que seamos capaces de articular estos movimientos con un socialismo raizal inspirado en valores propios de eterna vigencia, formados y transmitidos por nuestros grupos originarios.

Que Mompox vuelva a asumir su histórico papel de capital cultural de la Costa Atlántica, con el redivivo Colegio-Universidad, que llegó a fundar en 1794 el epónimo don Pedro Martínez de Pinillos, por fin funcionando a plenitud; y que vuelva a correr con fuerza el agua por el Brazo de Mompox, cosa fácil de hacer, según los técnicos, si se le conecta el río Cesar por abajo de El Banco: éstos son mis dos grandes deseos postreros para la tierra de mis abuelas. Por eso quiero decirles a mis primos Machados de Pijiño y a los primos Álvarez de San Fernando de Oriente que no se desesperen, que no hay más lugar ni tiempo ni paciencia para los estragos a que alude el poeta sobre nuestra mala suerte como nación. Pero todos tenemos que votar y actuar en defensa radical de nuestros ideales.

Obeso nos lo recuerda en su dramática vida. Al irse a Bogotá sufrió entonces penosa muerte. Nosotros podemos actuar y resistir donde estamos, aquí y ahora y en toda la región, con nuestra rica cultura anfibia bien defendida, con nuestro dejadismo táctico bien hecho, con la informalidad y el buen humor que desarman a los violentos que han llegado y llegan de otras partes. Porque la no-violencia sigue estando en el corazón de nuestra cultura Caribe. No dejemos que se pierda al son de balas, paramilitares y tambores de guerra, ni con los patéticos soldados campesinos que reclutan en nuestros pacíficos pueblos.

Pueda ser que nuestras deidades tutelares —las de los indígenas, cimarrones y campesinos-artesanos antiseñoriales de quienes provenimos—, que los mohanes vernáculos ya sanos de las legañas, carnosidades y erisipelas producidas por la contaminación capitalista de las aguas y los entornos, se apiaden de nosotros. Que permitan que la noble villa de Mompoix siga perdurando con su dignidad y belleza, por los siglos de los siglos.

Reciban, pues, el abrazo Malibú de la amistad, de quien mucho les quiere y recuerda con gratitud.

En defensa de la costeñidad y la paz

Entre la esperanza y la frustración

Tradicional y culturalmente, mi tierra, la costa Caribe, ha sido un reconocido “remanso de paz”. Crecí en ese ambiente plácido de la confianza mutua y del dejadismo, y de la informal y gozosa mamiada de gallo. Con ese *ethos* expansivo y tolerante constituido por valores fundantes integrados por nuestros pueblos originarios, fui al exterior a estudiar, y regresé a Barranquilla en 1948 justo a tiempo para sentir el grave impacto nacional del 9 de abril. Respondí a la tragedia con un recurso recóndito que hallé en el *ethos* costeño: la música. Compuse entonces, en un viejo piano de la iglesia Presbiteriana de la calle del Sello, una pequeña cantata para coro mixto que titulé *Mensaje a Colombia*. Era una ingenua y patriótica invitación a los colombianos para volver a los senderos de la paz.

No recuerdo bien qué hice con aquella partitura. Seguramente la mostré a mis más cercanos amigos de entonces, veinteañeros y músicos principiantes como yo, que me ayudaban en el coro de la iglesia: el violinista Luis Biava (hoy de gran fama internacional), el pianista Luis Rosensweig y mi primo wagneriano y pianista también, Benjamín Anaya. Supongo que les gustó, porque no me hicieron destruir el mamotreto. Pero éste quedó volando inédito y olvidado de gaveta en gaveta. Es posible que mi conmovido espíritu juvenil descansó pronto, porque la temible violencia de la

mariapalito bicéfala que rugía en el interior del país todavía no lanzaba sus mordiscos hacia el norte, hacia mi tierra y mis gentes.

Aquella partitura también descansó, como secreto guardado, hasta el año pasado cuando fue descubierta por algunos curiosos entre los papeles del Fondo Fals del Archivo General de la Universidad Nacional en Bogotá, donados por mí para formalizar el archivo histórico de la institución. Pronto llegó al conocimiento del Conservatorio Nacional de Música, el buen vecino del Archivo, cuyos maestros decidieron interpretarla en su gran concierto semestral, ante toda la Universidad. Ese 28 de mayo de 2003 fue un día sublime para mí, como podrá comprenderse. Pero también fue frustrante. Porque, al escuchar cómo aquel gran coro del conservatorio respaldado por aquella magnífica Orquesta Sinfónica articulaban mi viejo “mensaje de esperanza” de cincuenta años atrás, tuve que admitir que éste se dirigía ya no sólo a los cachacos violentos y “pájaros” del interior del país, sino también a mis coterráneos, salpicados al fin por la sangre y el terror desbordados de los Andes orientales y desde Antioquia.

Como era evidente que mi mensaje musical no había surtido efecto, en aquel día de “estreno mundial” pedí a los músicos y cantantes universitarios que lo interpretaran como una reiteración final por la paz nacional. Siendo jóvenes, pensé, el “mensaje” podía todavía vibrar y vivir en sus mentes y corazones e ir contagiando el ambiente, buscando el efecto multiplicador de la concepción altruista y costeña de la pieza.

Pero, ¿qué había pasado en mi tierra desde 1948? Hubo un primer fatal descuido de la clase dominante por la suerte del campo que era fuente de su riqueza y poder: no sintieron la urgencia de la transformación por la justicia, dejando a las clases trabajadoras al arbitrio de la ley de la fuerza, y de la explotación capitalista más salvaje. Esta ley brutal se aplicó entonces con cierta facilidad por agentes externos comprometidos con la violencia del interior del país: con los que hoy llamamos “paracos” o “paramilitares”, que son hijos bastardos de un connubio inmoral de criminales a sueldo de

terratenientes, empresarios y políticos tradicionales con el Ejército Nacional. En lo que también cayeron los dirigentes costeños.

Hubo guerrillas ideológicas armadas. Pero ante todo chulavitas y paisas paramilitares que, bajo instrucciones presidenciales de “sembrar violencia y no dejar ni la semilla de las chusmas”, se movieron hacia el corazón del Sinú. Cumplieron bien sus diabólicas consignas. Sangre inocente y campesina fue cubriendo poco a poco veredas y playones, y fue subiendo hacia los Montes de María, por un lado, y por el otro por las ciénagas de mis primos, los hombres hicoteas de San Martín de Loba y Magangué, y por los tranquilos rastros de mis abuelas chimilas de Mompox y de Pijiño.

La mancha sangrienta se fue extendiendo más al norte sin que los dirigentes costeños actuaran para atajarla, hasta alcanzar los fabulosos paraísos del Cesar y del Ariguaní, y subió secando los 56 ríos de la Sierra Nevada de Santa Marta, hasta casi saturar con el terror nuestra ancestral cultura del humor y del dejar hacer.

Insistí entonces, con colegas de los Andes, en el análisis del trágico fenómeno de la violencia política. Aquel libro de 1962 causó mucho ruido, pero los culpables lograron sepultarlo, al menos por un tiempo. Las danzas macabras de la destrucción y el sectarismo continuaron. Volví sobre el asunto en la *Historia doble*, destacando en cada tomo el valor de antihéroes caribeños no violentos como Juan José Nieto y Francisco Serpa. Revaloré la resistencia civil local y exalté al San Jorge macondiano con su santoral popular. Todo resultó muy corto para paliar la tragedia desatada, que culminó en las peores masacres de la historia de Colombia, en plácidos lugares como Macayepo, Ovejas y San Onofre.

Sin embargo, aquella violencia extraña a mi terruño natal empezó a ser endógena. Ahora vemos en la costa a “soldados campesinos” y paramilitares “Rambos” o “Amaurys” reclutados en nuestros propios pueblos, que retornan descompuestos por aquella filosofía cuartelaria que nunca floreció en nuestra tierra, actuando como matones desafortados, informantes alérgicos a todo lo “raro”, y despreciando el palo cavador, el surco del maíz y el acordeón. Perdieron o siguen perdiendo las raíces de la costeñidad que tanto

llenaba y alegraba nuestras vidas. Y surgieron monstruos armados como “Jorge 40” o “Macaco” y tristes caciques políticos, traidores a nuestra tradición.

La geohistórica región Caribe está así dejando de ser costeña. Estamos sucumbiendo a la violencia foránea y a la delincuencia resultante. De poco han servido “mensajes” musicales, libros, revistas, sermones y discursos. Tampoco leyes, decretos y bravatas de gobernantes. El gobierno sigue comprando tanques pensando en guerras territoriales obsoletas y se pliega a designios orwellianos del complejo militar-industrial y neoliberal del Norte. De allí que me asocie al grito herido de Armando Benedetti Jimeno en su columna periodística, pidiendo al presidente de la república defender lo que queda de pacífico en Barranquilla. Y también en las fronteras y en el resto del país.

Por eso, mis colegas y amigos, ésta es mi mayor frustración como sociólogo y como ser humano. Pasé casi toda mi vida en guerras múltiples, a veces deformadas por el narcotráfico o sufriendo sus trágicas consecuencias, tratando de entenderlas y explicarlas, combatiendo el belicismo con ideas, propuestas y algo de malicia indígena. Pero ya no tengo tiempo, en mi vejez, de seguir campañeando sobre la Violencia o por la Segunda República, apenas esbozarla, como es mi actual preocupación. Por fortuna están listos y activos los contingentes de relevo gubernamental, como los veo surgir desde abajo, desde afuera y desde el Sur del continente y del país. Ésta es la nueva esperanza, porque mi generación de la violencia fracasó: muchos compañeros murieron, algunos de manera cruel e injusta. Yo mismo no sé cómo me salvé de la muerte, cuando a ésta la vi cerca en una calle de Montería. Porque Córdoba se ha estado volviendo andina, como su nombre.

El esfuerzo de reconstruir nuestra sociedad y el *ethos* de tolerancia y paz queda ahora en las manos y en los corazones de las nuevas juveniles generaciones y antiélites, que veo más aptas, liberadas, informadas e imaginativas que la mía. Las guerras, la intolerancia, la estulticia gobernante deben terminar en esas buenas manos. Según mis orígenes presbiterianos de la Arenosa, parece

que tendré licencia de seguimiento de estos reclamos y de la contradictoria vida terrenal, desde el sitio del otro mundo que el hado me asigne. Tengan la seguridad de que me seguiré examinando a los demás para que los colombianos lleguemos por fin a ganar la paz con justicia y dignidad, prosperidad general que nos merecemos por lo menos desde la misteriosa llegada de Bochita a estos trópicos. No sigamos siendo los “dejaos” del paseo de la historia.

El Nariño de Zalamea y la protesta de Los Nuevos (2005)

Disponemos hoy, otra vez, del injustamente olvidado informe sobre el Departamento de Nariño preparado por la Comisión de Cultura Aldeana en julio de 1935 y publicado por la Imprenta Nacional en Bogotá en 1937. Escrito por el “relator literario y perito en sociología” de esta comisión, don Jorge Zalamea Borda (nacido en Bogotá el 8 de marzo de 1905), la reproducción de dicho texto constituye una real oportunidad de aprender de la historia y de gozar al mismo tiempo, en este caso, de la admirable prosa de uno de los hombres más representativos de la “Generación de Los Nuevos” y de la consecuente “Revolución en Marcha” de los años de 1930 en nuestro país. El momento era crucial. Colombia intentaba transformarse a fondo de nuevo, desde las históricas leyes revolucionarias de 1850.

Añadir a ello la reproducción de la “Carta a la juventud colombiana” enviada desde Londres en abril de 1933 por el mismo Jorge cuando fungía como cónsul, completa este gran banquete intelectual. Porque aquella comisión y su interesante viaje por el Departamento de Nariño no pueden entenderse sin las bases ideológicas y políticas que constan en esa Carta valiente y retadora del *statu quo* republicano.

La Carta de Londres se incluye al final de este tomo pero por las razones ya expresadas, creo recomendable empezar a leer el presente libro por allí. Dicho documento es un grito de angustia por el estancamiento de Colombia en manos de la llamada “Generación del Centenario”. Ésta había recibido en 1903, para gobernarla,

a una Nación en paz al cabo de la Guerra de los Mil Días; pero los gobiernos se mostraban temerosos de que el pueblo compartiera, en toda justicia, los procesos de modernidad política y progreso económico que venían realizando los europeos desde mediados del siglo XIX.

Para Zalamea y los jóvenes de la Generación de los Nuevos —que incluía figuras estelares como Alberto Lleras, Germán Arciniegas, Luis Tejada y Baldomero Sanín Cano—, Colombia debía dejar atrás la tradición señorial de la Colonia, con los lastres del autoritarismo de castas, el centralismo administrativo, el latifundio, y el sectarismo consagrados en la Constitución de 1886 e impuestos por el conservatismo en el poder. Por todo ello Los Nuevos, con la pluma de Zalamea, acusaron a los centenaristas de “inconsciencia, debilidad, histrionismo y mezquindad en sus fines... defraudando el destino magnífico que les tocó en suerte, [entregándonos] un Estado artificial que no acierta a producir en nosotros orgullo ni regocijo”.

Los términos empleados por Zalamea para referirse a esta situación de atraso nacional, inadmisible ética y políticamente a sus ojos, son duros aunque expresados con el brillo y la precisión que habrían de distinguir sus posteriores escritos literarios. Se basan además en una inusitada concepción antielitista, repetida varias veces en la Carta, que se expresa así: “Quien no se rebela contra su progenitor y con él lucha y lo vence y supera, defrauda a la especie y se defrauda a sí mismo. Yo, al menos, no puedo concebir en otra forma la dignidad de la vida y la posibilidad del progreso”.

La Carta a la juventud y, hasta cierto punto, el posterior informe de la Comisión Aldeana son por esas causas panfletos en el buen sentido: inducen la emoción e invitan a la acción. Describen tristes realidades, en especial las del campesinado y las de las comunidades indígenas y negras, en lo que los dirigentes tienen responsabilidad. Son lo que hoy llamamos “pueblos fundantes originarios de base” cuya meta ha sido siempre la autonomía territorial con ideales de libertad, dignidad y cooperación pacíficas.

Pero los dos documentos van más allá, al proponer fundamentos para una reinterpretación de la historia y de la cultura nacionales. De esta manera abren un gran portón para vislumbrar cambios sociopolíticos “en la vieja organización capitalista e industrial” que el mismo Zalamea identifica en la Carta con un “liberalismo sin arrequives ni apellidos por alianza”. Es una búsqueda del socialismo autóctono del que hoy se habla con mayor seguridad, distinto de las copias de modelos europeos, un socialismo informado de antecedentes telúricos y de nuestras raíces en el trópico, privilegiando lo que Zalamea identificó como una “nueva definición de cultura”. En ésta cuentan más los elementos del pueblo del común, ya señalados. Es un tema de fondo que elaborará en el Informe de la Comisión Aldeana. Surge así una nueva meta geopolítica para Colombia, algo que todavía nos debe sonar familiar, por lo inalcanzada: la “transformación radical de la república” y creación entre todos de “una nación viable”.

Con tan excelsos propósitos, no sorprenden los énfasis epistolares de Jorge para exigir la reeducación de los colombianos, así los de arriba como los de abajo. Se lanza contra los opresores de arriba, a quienes veía como “atenienses de América” y como colonos intelectuales que “por mirar mucho a Chicago y Manchester, pierden de vista la Sabana de Bogotá y el Valle del Cauca”. ¡Clarividencias de Zalamea que lastimosamente siguen vigentes empeoradas por la vergonzosa genuflexión que hacen los adoradores de los imperios que nos atrofian. Entonces, como ahora, son personas que sólo miran en nuestro pueblo gentes ignaras e insensibles de piel oscura que necesitan mestizarse con el “dolicocéfalos rubio” para crear civilización. Zalamea se duele de que su generación hubiera de “mendigar en casa ajena las sobras de conocimiento y de cultura”; propone que “para considerar a los grandes hombres de la historia nacional desaprendamos primero la lección falsa y miope que nos enseñaron”; exige que “para conocer al pueblo... nos limpiemos los ojos de las escamas con que nos cegaron”. Zalamea, como impulsor de antiélites, se declara “harto orgulloso de tener ni pizca de indio, de latino, de hebreo y español”. Increpa a la tradición

centenarista por haber sido “incapaz de interpretar rectamente la historia del país”. Y termina con las siguientes sentencias: “Como desde hace años tengo la puerta abierta [se refiere a sus evidentes conexiones políticas y vinculaciones con familias del más alto y respetable abolengo bogotano], me duele someterme a ello por sólo ver el paisaje turbio, desolado y pobre de una tierra sin naturales que la fecunden, sin destino que la guíe, sin raza que la sostenga, sin cultura que la diferencie”. Son consejos y actitudes que todavía tienen actualidad, para vergüenza de nuestra pacata sociedad.

Reiterando: hay poco que añadir sobre la desolada situación nacional que aún hoy, al cabo de setenta años, sigue con las mismas o similares características. Y se han añadido otras que empeoran la suerte del país y de sus pueblos fundantes de base. Zalamea lo describió palpablemente en aquellos años de intensa transición política: “[Hay que luchar] contra los simuladores de la democracia, contra las improvisaciones administrativas, contra los falsos políticos, economistas, legisladores y gobernantes empeñados en deformar la estructura propia del país, el esquema ideal de nuestra democracia, el marco natural de nuestra economía”. ¡Como si nos hubiera visto medio siglo más tarde!

Por los fenómenos de la revolución comunista en Bogotá frustrada en 1929, las tentaciones de la cooptación socialista, los errores del régimen conservador y la hábil campaña de Enrique Olaya Herrera, los liberales pudieron por fin llegar al poder en 1930. Los Nuevos empezaron a asumir desde el gobierno algunos de los retos planteados por Jorge en su Carta de Londres. Él mismo fue secretario privado del presidente Alfonso López Pumarejo en 1934 y ministro encargado de Educación Nacional. En este ministerio impulsó la bella iniciativa de rescatar al atrasado campesinado con la creación de la Comisión de Cultura Aldeana en 1935.

Para nuestro caso, esta comisión estuvo compuesta por un rector (Zalamea) y un agrónomo (Antonio Miranda) que tuvieron el buen juicio de comenzar trabajos en el terreno investigando una realidad rural sobre la cual, con excepción del trabajo de algunos geógrafos notables, no se había sistematizado mucho desde los días de la

Comisión Corográfica de Agustín Codazzi y Manuel Ancizar (1850). La de Cultura Aldeana logró un reconocimiento estratégico adicional al escoger, como primer escenario de observación, al fronterizo Departamento de Nariño, cuya lealtad colombianista acababa de ponerse a prueba, con abultado éxito, durante la guerra con el Perú.

Hasta entonces, como lo destacó la Comisión, Nariño había permanecido casi absolutamente aislado del resto del país, con más sensibles vínculos con el vecino ecuatoriano. No había carretables hasta cuando, a toda prisa y por la guerra, se construyó el de Popayán a Pasto. Viajar al sur era toda una proeza, y las exportaciones de productos de Nariño hacia el norte eran igualmente precarias.

Zalamea se preparó cuidadosamente para el viaje. Admitiendo honestamente que era sociólogo sólo “por imputación oficial”, leyó las pioneras obras de Bronislaw Malinowski sobre antropología social, consultó las crónicas de Cieza de León y Sergio Elías Ortiz, analizó las estadísticas elaboradas por Leónidas Coral, y otras fuentes. Llegó por tierra en automóvil, listo a toda clase de aventuras en selvas pluviales, páramos y valles ignotos, ríos embravecidos, puentes colgantes y tarabitas, a lomo de mula y en canoa, y con chinchorro a cuestras, sin inmutarse y haciéndole honor a los compromisos que había suscrito en su Carta de Londres sobre contactos con la realidad nacional.

Pero aún sin haber hecho profesión formal de sociólogo, Jorge fue capaz de desarrollar por sí mismo, gracias a su extraordinaria inteligencia, un aceptable marco de referencia para sus observaciones de campo, que incluyó un método de trabajo cercano a la observación participante. Ésta se basó en “confidencias y decires” al estilo de Malinowski, por contacto directo con las gentes y con el empleo de la empatía en alto grado. Intellectualmente, basado en sus lecturas en Europa, adoptó los principios de la relatividad en la observación social, la diversidad étnica y cultural, y la determinación de comunidad de sentimientos en lo que se conoce hoy como *ethos* o carácter de un pueblo, en este caso el nariñense con toda su complejidad étnica, cultural, geográfica e histórica. Entrevistó

a letrados urbanos e iletrados de la gleba en formas cualitativas y abiertas como las empleadas desde los años setenta en la Investigación Acción Participativa. Y llevó y mostró donde pudo una película sobre la vida rural del sur de Italia, con miras educativas.

El enfoque del estudio de Nariño resultó macrorregional, pero se ejecutaron varios estudios de caso, como los recorridos en La Unión, Barbacoas, Génova e Ipiales, los resguardos indígenas del valle de Atrís y un centenar de escuelas rurales. Zalamea empleó para el efecto un diario de campo o “de viaje” muy minucioso.

Con tales herramientas de investigación social, ¿cuál es el mundo que descubre Zalamea? Descubre, abismado, el infierno verde, feraz y atosigado del minifundio nariñense con todos los síntomas del abuso explotador capitalista y la vida rudimentaria y primitiva, con la persistencia de la servidumbre señorial y de castas y sus terribles efectos sobre el nivel de vida de la mayoría de la población.

Acepta que Nariño es “uno de los más singulares y admirables departamentos de Colombia”, y que es “la única porción de tierra que en Colombia está absolutamente limpia de injusticia en lo que hace referencia a la distribución de la propiedad”. Sin embargo — como lo verá el lector aquí, y yo mismo pude constatar en mi primer viaje al sur en 1959 cuyo informe fue publicado por la Academia de Ciencias —, no alcanzan los adjetivos para describir la pobreza, la oscuridad, fetidez y hacinamiento de la vivienda rural y de la propia escuela, “el pueblo desnudo en su espantable miseria”, las ojeras de los niños trabajadores, la flacidez de mujeres y hombres esclavizados de por vida con el peonaje por deuda. Las tesis de la Carta de Londres toman entonces nueva vida para exigir, desde el punto de vista del minifundio insuficiente, la reforma agraria que habían frustrado los centenaristas, que iba ya discutiéndose en el Congreso Nacional o, al menos, la creación de cooperativas de agricultores. Con los insumos de la Comisión Aldeana desde la periferia, enviados por Zalamea y Miranda, se aprobará el provocador principio constitucional, todavía vigente aunque poco aplicado, de que la propiedad debe tener una función social. Pero el ministro Darío Echandía sólo alcanzará una victoria parcial con la expedición de la

Ley 200 de 1936, que el tiempo y la pérfida voluntad de los terratenientes irán convirtiendo en letra muerta.

Hay, no obstante, un desarrollo sustancial desde el punto de vista teórico entre la Carta de Londres y el Informe de la Comisión: se perfila ahora mejor y se profundiza en el sentido de lo que debe ser un socialismo raizal, propio o autóctono. La fórmula de Zalamea va envuelta en una especial redefinición de lo que es “cultura”, y en su aplicación a lo que llama “nueva escuela rural” enfocada a cada entorno regional, ambiental y climático.

El secreto del nuevo concepto enriquecido de cultura radica en definir a ésta como elemento básico de la paz social, económica y política, como resultado del equilibrio entre razón y naturaleza que debe resolver la falsa dicotomía entre cuerpo y alma. Así una nueva “escala de valores” debe aparecer ante la crisis capitalista mundial, que redefina al trabajo “no como remisión ni rescate ni esclavitud”, sino simplemente como “la realización de una vida plena y digna, en lo que ésta tiene de más gozo, intenso y cierto: la creación y el servicio”.

En esta forma creativa y reconstructora la “cultura naciente” en nuestros trópicos deberá reemplazar a las “culturas agonizantes” que para Zalamea son, esencialmente, la judeo-cristiana y la greco-latina, ambas de lejanos orígenes para nosotros. Como la actual es una exógena “civilización bárbara”, hay que buscar el equilibrio vital local en aquella relación entre razón autónoma y naturaleza propia. Tal es una de las metas macro más importantes en la necesaria transformación social de Nariño, Colombia y el mundo.

Una conclusión contemporánea sobre este pensamiento es posible: que la introspección y mejor manejo sobre lo propio serían entonces fuente y estímulo de la sociedad satisfactoria a la que tenemos derecho todos los colombianos por igual.

Me imagino a Jorge y al agrónomo Miranda regresando a la capital con tal bártulo de ideas y vivencias. Fue un triunfo de la Comisión Aldeana que se repitió a poco en el Huila, y con la publicación de su preciosa biblioteca de muchos títulos, para la “nueva escuela” (idea retomada después activamente por los mismos

educadores). A esta biblioteca que alcanzó a repartirse en buena parte del país, llegó a su vez la publicación del informe sobre Nariño, en el que se observa, de nuevo, la creatividad del “perito sociólogo”: ofrece un diseño comunicativo que combina lo analítico, estadístico y factual con lo literario y cualitativo, con la voz y el sentimiento de los pueblos visitados, a la manera de los Canales A y B que aparecieron después en mi *Historia doble de la Costa*. Los canales aludidos no se turnan en páginas opuestas como en mi obra, sino que van en dos partes sucesivas, como lo observará aquí el lector. La primera sección consta de cuatro partes sobre la tierra, el hombre y la vida; y la otra sección, titulada “Apéndice literario”, ofrece once capítulos cortos que describen desde la Semana Santa en Popayán (comienzo real del viaje) hasta las vicisitudes del retorno a Bogotá.

Este “apéndice”, que combina observación disciplinaria y expresión artística, es un conjunto de joyas literarias sobre la experiencia en el terreno, con todo el sabor, la emoción y el *pathos* de que Zalamea era capaz. Y este apéndice ilustra e ilumina plenamente a las partes técnicas e interpretativas de la obra, que se colocaron antes. Ésta se constituye, pues, en un prolegómeno de la actual y más compleja técnica comunicativa de las metodologías de investigación participante, por lo menos en la intuición de la necesidad de comunicar de manera entendible, al gran público, con eficacia y generosidad, los resultados obtenidos en los trabajos investigativos formales y de campo.

No hay sitio aquí para recordar y valorar los portentosos acontecimientos en que Zalamea se vio envuelto después de aquellas aventuras surianas, en especial por su polémica actuación del 9 de abril de 1948 cuando con Gerardo Molina, Diego Montaña Cuellar, Simón Latino y otros socialistas se tomaron como Junta Provisional de Gobierno la Radiodifusora Nacional, e impartieron consignas organizativas para la toma del poder por el pueblo que fueron seguidas en muchas partes, pero que líderes liberales hicieron abortar después. Éste fue el comienzo del viacrucis que la desagrada élite y la aristocracia bogotana impusieron como castigo a uno de los suyos, que se había convertido a sus ojos en “oveja negra”

de la familia, porque les hacía revolver la conciencia con sus ideas y escritos. Jorge Zalamea vivió entonces el duro suplicio del exilio.

Fue la época cuando volví a encontrarme con él. Era mi cercano pariente: primo hermano de mi madre, María Borda Angulo, hija del ingeniero bogotano Carlos Borda Monroy, tío de Jorge y de Eduardo Zalamea Borda, el otro gran escritor y periodista. En mi niñez, Jorge, su gentil esposa Amelia Costa y su hijo Alberto —también de brillante porvenir como escritor, periodista y político a quien siempre agradeceré haber publicado mi primer libro en español, *El hombre y la tierra en Boyacá*— me habían acogido varias veces en su hogar en Bogotá. Jorge me ayudó a ingresar a la Escuela Militar de Cadetes en 1943, que fue uno de mis formativos caprichos de joven.

La catástrofe de 1948 me llevó otra vez a la capital, pero Jorge ya había partido a la Argentina. Él siguió con dignidad y magnífica productividad literaria y política el curso de su vida. Recordemos aquellas épicas obras contra los tiranuelos fascistoides de los años 50 obsesionados con el terrorismo de Estado: *El gran Burundún Burundá ha muerto*, y *La metamorfosis de su excelencia* (barbaridades que todavía se observan, repetidas y desenfocadas, en el ciclo actual de la *Violencia en Colombia*); y la maravilla descriptiva y poética, de reconocimiento universal, de *El sueño de las escalinatas*. Además recordemos la solidaridad de Zalamea con la lucha mundial de los pueblos, con Vietnam y Cuba, el Premio Lenin Mundial de la Paz, etc.

Mientras tanto, yo completaba el curso de la sociología profesional en los Estados Unidos y regresé sin haber leído los informes de la Comisión de Cultura Aldeana ni la Carta de Londres. Grave falla, no por causa de mi voluntad, sino más bien por el cerrado marco funcionalista en el que me habían formado en el exterior.

Pero al asumir la decanatura de sociología en la Universidad Nacional en 1959, tuve el privilegio de renovar el contacto personal con Jorge hasta su muerte el 10 de mayo de 1969. Desafortunadamente no se me ocurrió nombrarlo entonces como docente en la nueva facultad, como hubiera sido lo apropiado en vista de lo que ahora vengo recordando, comentando y presentando. Lo incorporé

como traductor principal, tarea que realizó con destreza para enriquecer la serie de “Monografías Sociológicas” de la Universidad, lo cual nos permitió intercambiar ideas y libros con alguna frecuencia.

Me recuerda el reconocido pionero de los estudios sobre la violencia en Colombia (Tolima), el profesor Roberto Pineda Giraldo, que él y sus colegas de la Escuela Normal Superior, una vez barridos de allí por el presidente Laureano Gómez —de ingrata memoria por su sectarismo y racismo— se reagruparon en un seminario que se reunía en sus casas, estudiosos formidables que inauguraron sus sesiones con las monografías de Nariño y Huila, de Zalamea. Más tarde, muchos de ellos, incluso el ilustre nariñense Milcíades Chávez, me acompañaron también en la nueva Facultad de Sociología de la Universidad Nacional.

Pero en esta Facultad se nos “pasó” recoger aquel legado intelectual de marca mayor. Mala suerte y mala orientación. Porque Zalamea habría sido, allí y entonces, un fabuloso profesor de sociología colombiana, la de nuestro talante propio, a la que todavía estamos llegando con creces, tribulaciones y esfuerzos no siempre apreciados. Y su informe sobre Nariño, en mi opinión, habría sido lectura obligatoria, como todavía debería serlo en la actual Facultad de Ciencias Humanas que siguió a la de Sociología en el Alma Mater, y en sus congéneres de todo el país.

En cuanto a la suerte final de Zalamea en el contexto nacional e internacional, como se mencionó antes, ha sido evidente la crueldad con la que fue maltratado por poderosos y potentados de su propia clase; por fortuna, algo muy distinto se vio cuando hace poco se celebró en la Universidad Jorge Tadeo Lozano el centenario de su nacimiento, así como en la última Feria Internacional del Libro.

Peor para las élites: ellas, plagadas de egoísmo y arrogancias, son culpables en gran medida por el empeoramiento de nuestras crisis desde la demoníaca invención de la violencia que ellas mismas prendieron desde el palacio de los presidentes, sin consideración para con la patria y sus pueblos. La guerra interna sigue hoy tan dolorosa como antes, aunque se la haya rebautizado con otros

nombres por el actual mandatario. El presidente Uribe Vélez no sólo se ha declarado incapaz de negociarla como el hecho político que es, sino que tampoco ha producido la “seguridad democrática” que ha impulsado con el mayor de los ejércitos de nuestra historia. Todo queda ahora como una frustración mediática para una audiencia pasiva, inmadura y amedrentada, burdamente manipulada.

Colombia y los colombianos de las bases populares nos hemos movido con tenacidad y aguante, y seguiremos moviéndonos con o sin obstáculos, para llegar al nuevo país. Y en la Colombia que querían los Nuevos de la generación anterior, en el país que está emergiendo con los nuevos movimientos sociales, políticos y culturales y con nuevos dirigentes sin rabo de paja —los de la actual Generación Activa y Sentipensante—, Jorge Zalamea Borda tendrá el sitio de privilegio que le corresponde: el gran pedestal que siempre mereció como buen patriota y como un socialista raizal de corazón grande y mente lúcida.

CAPÍTULO VI

POLÍTICA Y ÉTICA HUMANISTA

- **Universidad y sociedad**
- **Unidad, ética y potencia humanista**

Universidad y sociedad

Señor rector, señores vicer, rectores, decanos y decanas, profesores y estudiantes, profesor Alain Touraine, maestra Elsa Gutiérrez y coristas del Conservatorio Nacional que, como siempre, han cantado tan bellamente mi “Mensaje a Colombia”, maestro Carlos Gaviria y señora, amigas y amigos todos.

Los eventos de esta noche son causa de alegría y también de nostalgia. Alegría por los honores, nostalgia por el recuerdo de mi finada esposa, María Cristina Salazar. Pero hagamos la síntesis, seamos fuertes y ayudémonos. Porque vale la pena mirar aún el futuro con optimismo.

Aprovecho para agradecer al arquitecto Fernando Samper Salazar, ganador del concurso organizado por la Facultad de Artes, y a su supervisor, el notable pintor Gustavo Zalamea, por el diseño y ejecución del precioso mausoleo que recibirá los restos mortales de mi esposa, esta noche, construido en el jardín de la Capilla en nuestra Ciudad Universitaria.

Constituye para mí y para mi familia un inmenso honor recibir un doctorado honoris causa de mi Alma Mater, la que resume y traduce la esencia de las naciones colombianas. No puedo articular suficientes palabras para agradecer este honor, que acepto con grande emoción, en especial porque su entrega va vinculada, por voluntad de las autoridades de la universidad y con el impulso de nuestra Asociación Colombiana de Sociología y de su coordinador, el eminente colega y amigo el profesor Gabriel Restrepo, a la colocación de las cenizas de mi compañera, la profesora María Cristina Salazar, en el sitio indicado.

A María Cristina dedico con absoluto reconocimiento, gratitud y grande amor la distinción que hoy recibo. Estoy por lo mismo doblemente conmovido, y este evento me será imperecedero. Todavía más porque está presente mi querido amigo y colega de mucho tiempo, el eminente sociólogo de reconocimiento universal, el doctor Alain Touraine. Mil gracias a todos y todas.

Se acostumbra en estas solemnes ocasiones presentar una tesis especial o reflexión académica pertinente. No obstante, pienso que no es regla absoluta y pido humildemente que se me exonere en esta ocasión. En parte, porque estoy seguro de que lo que diría a ustedes ya lo habrán escuchado de mis labios en alguna otra ocasión, por ejemplo, sobre investigación participativa, ordenamiento territorial, violencia, democracia radical y socialismo del siglo XXI o raizal. Cada uno de estos conceptos requiere capítulos especiales o críticas a fondo. Hay mucho talento y resistencia entre ustedes, acendrados por nuestros sufrimientos para hacer esta tarea, y yo no. Tales experiencias empáticas de riesgo abundan entre ustedes, a pesar de estar actuando y viviendo en uno de los países más descompuestos, conflictivos y desequilibrados del mundo, les dejo este encargo.

Pero todos llevamos la ilustre y trágica carga de nuestros mártires, héroes y heroínas que han sufrido la muerte, maltratos, torturas y desapariciones a manos de agentes de un Estado que no puede verse sino como terrorista. A partir de la confrontación bélica de nuestro fundador Camilo Torres, siguen los maltratos y

torturas a tantos colegas, compañeras y compañeros durante el primer régimen de “seguridad democrática”, y el asesinato de Alfredo Correa y Jaime Gómez con el sinnúmero de colegas indígenas, negros, campesinos y colonos de nuestros grupos originarios, estudiantes y maestros víctimas del actual gobierno de inseguridad antidemocrática. *É pur si muove*: a pesar de este trágico destino para nuestra sociología aquella reflexión de Galileo la hemos proclamado todos ante el pasmo universal.

Repito, pues, que me parece que resulta mejor que esta tarea reconstructora de la sociedad la hagan los colegas. No me cabe duda de que ustedes, con nuevas perspectivas y técnicas, podrán ir más lejos que yo en estas materias y entrar a nuevos y más fértiles campos. Además, hace apenas dos noches y en este mismo sitio expuse más largamente mis ideas sobre el presente y el futuro de la sociología y de la universidad.

Evidentemente, una tarea intelectual y académica en esta forma es lo que estamos necesitando con urgencia en las instituciones superiores, en especial en nuestra Universidad Nacional, donde se está experimentando, como en otras universidades, un impresionante renacer de la investigación crítica. La creatividad nacional ha sido desafiada. Hay conciencia de los límites de la colonización intelectual eurocéntrica. Se buscan y miran, con mayor interés e intensa curiosidad, las raíces de nuestros pueblos fundantes con sus especiales culturas. Se aprecia más lo tropical. Son síntomas positivos que me dan a entender que se está fraguando por fin la “ciencia propia” que pedía en mi libro mexicano de 1970. Si esto es así, como lo espero, ello motivaría para todos el mayor de los triunfos, y le daría al país una certidumbre tecnocientífica propia necesaria para mostrar cómo se suma el saber científico a la sabiduría y experiencia populares. Se buscaría derrumbar los muros que aún separan, más de la cuenta, a la universidad de la comunidad y de los problemas vitales de nuestras once regiones histórico-geográficas.

La descentralización del conocimiento y el acceso de las masas a las técnicas modernas constituyen en esta forma otro gran reto para todos. Ello implica “desbogotanzar” el gobierno y tener mayor

confianza en la capacidad de autonomía de los pueblos de base. Lo que sería otra prueba más de nuestra madurez intelectual y política.

Ya veremos entonces si las universidades colombianas, y en especial la Nacional, se colocan a la vanguardia de esta gran transformación. La universidad viva, la de la participación horizontal sujeto-sujeto, sería más útilmente productiva para las mayorías necesitadas de la población, más que para las élites y clases burguesas condicionadas hoy por el *ethos* de la acumulación capitalista y el egoísmo del prurito personalista.

Quizás yo mismo no alcance a ver esta vibrante evolución. Pero todavía me ha quedado alguna energía para pedir que se realice. Nada me haría tan feliz que observar desde el más allá, junto a María Cristina, cuánto valía la pena el gran esfuerzo. Y desde allí, enviaríamos las lluvias cósmicas de energía solar y lunar para alimentar la savia de los pueblos. Que así sea, es mi final deseo en esta inolvidable y bella jornada con tantos amigos y colegas, muchos de toda la vida, que me vieron crecer con ellos en la búsqueda eterna de la certitud y de lo verosímil.

De nuevo mil gracias por este honor que tanto me complace y que llenará mis futuros días de nuevas esperanzas y de infinitos logros. Hasta pronto y hasta siempre.

Unidad, ética y potencia humanista

la experiencia de estos tres históricos días para las izquierdas democráticas colombianas es inolvidable, ha demostrado cuánto ha avanzado en el transcurso de pocos meses el Polo Democrático Alternativo en el apoyo popular, el potencial organizativo y hasta en la madurez conceptual. Van mis congratulaciones a todas y todos los que hicieron posibles tamañas conquistas, desde el secretario general y su equipo hasta el personal administrativo de apoyo y los coordinadores y relatores de los grupos de estudio.

Son evidentes los progresos en todos y cada uno de los diez temas que la Mesa de Unidad escogió sobre problemas nacionales para la consideración de este Congreso; y los aportes de los delegados fueron sustanciales e interesantes. Para ellos, mis felicitaciones.

Espero que todas las conclusiones, recomendaciones y decisiones se completen y publiquen pronto. Conviene que todo el país las conozca. La presencia de los visitantes y observadores extranjeros fue impresionante y positiva: Los discursos fueron claros y convincentes, y los medios los presentaron con respeto, aunque todavía parcializados. Ya aprenderán pronto a hacerlo mejor.

No puedo menos entonces que expresar mi gran satisfacción, como presidente honorario del Polo, por estos eventos. Me siento como el más feliz de los ancianos de nuestra tribu, al observar los arreboles de tan ansiado despertar.

¡Benditos sean Bochica, Changó y las tres mohanas del Corcovado de mi tierra! ¿Por qué? Porque observo que estamos logrando juntos definir las principales metas de transformación social y económica que se han buscado desde hace mucho tiempo, por lo menos desde 1924 cuando surgió el Partido Socialista Revolucionario de Francisco de Heredia y María Cano. Y, de esta epopeya secular, los aquí presentes —incluyendo los que una vez dejaron las armas por razones de conciencia, con las que habían luchado contra el Estado injusto—, unidos todos en un solo haz de esperanzas, ya somos actores e impulsores.

Como en toda grande gesta, sigue habiendo, además de caudas capaces y sentipensantes, capitanes dedicados y emblemáticos que se relevan pasando las banderas. Así entran a la historia héroes como Torres Giraldo, Jorge Eliécer Gaitán, el padre Camilo Torres (creador del primer Frente Unido de los Pueblos), Jaime Pardo Leal, Antonio García y Gerardo Molina, entre otros. Sigue hoy, en el relevo histórico, la figura serena y visionaria del maestro Carlos Gaviria Díaz, artífice central de nuestra fortaleza actual, sin ambigüedades ni sectarismos. Con el concurso de un excelente equipo representado, entre muchos, por una dedicada Mesa de Unidad y una extraordinaria bancada parlamentaria, un eficiente secretario general como Antonio Navarro, el maestro Gaviria ha sobresalido con los grandes méritos ya reconocidos desde la magnífica campaña del año pasado. Por eso aplaudo la proclamación que este Congreso le ha hecho como presidente del Polo, y abrigo la esperanza de que,

una vez cumplamos los procedimientos democráticos de escogencia que establecen nuestros estatutos, también el maestro Gaviria sea nuestro candidato a la Presidencia de la República. Francamente, no veo ninguna otra figura que se le acerque. Por eso hay que cuidarlo y quererlo. Representa lo mejor de Colombia.

En este positivo contexto, son muchas las cosas que quisiera recomendar, pero debo limitarme y respetar las reglas. En esta clausura, creo conveniente reiterar el rigor ético, o la ética de responsabilidad, no sólo en general, sino también, como es natural, en la conducta individual de los militantes del Polo en cuanto tal. Es la moral que caracterizó a dirigentes del lejano pasado, como los del Olimpo Radical que llegaron a la Presidencia de la República. Conviene aprender a gobernar otra vez como el pulcro Aquileo Parra, o como los sinceros amigos entre sí y del socialismo que fueron don Manuel Murillo Toro en Bogotá y don Pedro Justo Berrío en Medellín. Fueron ejemplos de honestidad y de fortaleza cívica que contrastan con muchos de los recientes y actuales ocupantes del solio de Bolívar y de los palacios de gobierno.

Se han relegado valores humanos que deben ser recuperados y aplicados en estos días críticos en los que un régimen ilegítimo de origen y narcoparamilitar de contenido como es el actual pretende afianzarse en el poder. ¡Ni más faltaba! Los “macacos” y virreyes del terror como “Jorge 40” y sus secuaces en el Estado no pasarán.

Tampoco pasarán sus jefes, cobijados hoy por las piltrafas que quedan de los fueros institucionales y de la banda presidencial que fue colocada al revés de manera tan profética el 7 de agosto pasado. Todas esas personas y funcionarios son culpables de lesa patria y están contraviniendo la Constitución, las leyes y las buenas costumbres. Por eso tantos dirigentes han exigido la renuncia de todos ellos, incluyendo la de Álvaro Uribe Vélez, discutamos a fondo esta disidencia de manera urgente.

No podemos tolerar más las indignidades, ni las falsedades existentes o planeadas, ni las manipulaciones mediáticas de la llamada “seguridad democrática”, política fallida que ha hecho agua sin ofrecer salidas adecuadas para nuestra castigada sociedad. Esa

no es la Colombia que queremos, y nuestro actual esfuerzo como partido de oposición deberá, en mi opinión, dirigirse contra el monopolio de las mafias dominantes, así abajo como arriba en la escala social. El triunfo de las izquierdas democráticas colombianas puede estar así cercano en las próximas elecciones de octubre de 2007 y confirmado en las de 2010. En esta forma se llenaría un sensible vacío geopolítico en la América Latina, donde sus pueblos de base nos han dado ejemplos rutilantes en siete países hermanos. Colombia debe incorporarse a este impresionante *Kaziyadu*.

Finalmente, no nos asustemos con la búsqueda de la convergencia ideológica y sus fuentes locales, tales como en la democracia radical y el socialismo raizal que presenta la nueva revista *CEPA*. No estoy pidiendo unanimismos, sino comprensión de realidades, apertura y tolerancia civilizadas, que puedan moldearse en un Centro Consolidado de Pensamiento, Comunicación y Acción Políticas. Invito a los colegas e intelectuales para que nos sigan ayudando en este futuro centro con entera libertad. Sin este pegante estructural el partido no podrá sobrevivir. Caerá víctima de egos y arrogancias. La unidad sin pegante no permanece ni se afianza. Y ante los enemigos que tenemos y los peligros que habremos de afrontar, esta unidad de concepciones y sentimientos nos salvará la vida y nos cuidará en las futuras luchas. ¡Cuidado con éstas!

Amigos y colegas: asumamos aquí y ahora la grave responsabilidad de salvar a Colombia, reviviendo nuestros valores fundantes y redimiendo a los empobrecidos pueblos de origen. Es tiempo de esforzarnos para llegar a ser como lo merecemos, con nuestras propias fuerzas y talentos, con nuestros fabulosos trópicos. Acumulamos no sólo riquezas materiales, sino también los valores primarios de la solidaridad, la libertad, la dignidad, y la autonomía con los que nuestros abuelos construyeron de verdad la nación colombiana, con su especial sabor, cultura y personalidad. No es la misma Colombia de las élites eurocéntricas. Es una nueva República Regional Unitaria, como se acogió en uno de nuestros grupos de trabajo. Es en lo que venimos trabajando como antiélite, quizás sin notarlo: síntoma de transformación profunda.

Seamos, pues, auténticos, y así reconquistaremos el respeto del resto del mundo que antes teníamos. Y dejemos de ser la colonia norteña que hoy somos para nuestra vergüenza, con la arrodillada venia del actual gobierno.

Sigamos adelante con confianza y vigor, con las banderas del cambio que enarbola el maestro Gaviria. Se lo pide este añejo soñador que quiere seguir actuando y soñando con ustedes. Ya hay bases para creer en la unidad eficaz y creciente del nuevo Polo y en su brillante futuro.

ÍNDICE

DEDICATORIA	9
PRESENTACIÓN	11
PRÓLOGO	13
CAPÍTULO I SOCIALISMO RAIZAL Y DEMOCRACIA RADICAL	19
Elementos y desarrollos del socialismo raizal	19
Democracia radical: teoría de los pueblos originarios y valores fundantes	23
Camilo vive: vigencia de su ideario	34
CAPÍTULO II GLOBALIZACIÓN Y SEGUNDA REPÚBLICA	39
Hacia la Gran Colombia bolivariana	39
La globalización y los pueblos del Sur	51
CAPÍTULO III ORDEN, TERRITORIO Y POLÍTICA	61
La ley territorial y la crisis política	61
Autonomía territorial y ubicuidad militar	68
CAPÍTULO IV SOCIOLOGÍA E INVESTIGACIÓN ACCIÓN PARTICIPATIVA	77
El neohumanismo en la sociología contemporánea	77
Situación contemporánea de la Investigación Acción Participación. Vertientes afines	81
La hora de la antiélite	88
CAPÍTULO V VIVENCIAS REGIONALES	93
De vuelta a Mompo en compañía de Candelario Obeso	93
En defensa de la costeñidad y la paz	97
El Nariño de Zalamea y la protesta de Los Nuevos (2005)	101
CAPÍTULO VI POLÍTICA Y ÉTICA HUMANISTA	113
Universidad y sociedad	113
Unidad, ética y potencia humanista	116

3000 EJEMPLARES

Se terminó de imprimir en la
Fundación Imprenta de la Cultura

Caracas, octubre 2008

